HARLEQUIN

BIANCA



Obsesión secreta

Charlotte Lamb

330 Ptas

Obsesión secreta

Nerissa había tratado de amar a su esposo, Ben... Pero era su primo Philip el que lo había significado todo para ella desde que era una niña. Ahora Philip estaba en coma y era posible que sólo aquel lazo especial que los unía fuera capaz de hacerle recuperar la consciencia. Nerissa tenía que acudir a Philip... ¿Pero cómo podía decírselo a Ben? Ya lo habían traicionado una vez y era demasiado orgulloso como para permitir que sucediera de nuevo. Pero Nerissa también tenía su orgullo... ¿Debía anteponerlo a su matrimonio?

Capítulo 1

-Volveré el viernes -dijo Ben, de espaldas a ella, aunque su reflejo era visible en el espejo del tocador mientras sus dedos anudaban cuidadosamente una corbata de seda azul y la ajustaban al cuello de su camisa. Cada movimiento era preciso, pausado... como si tuviera todo el día para prepararse.

Era Nerissa la que estaba nerviosa. Sus ojos azules iban constantemente al reloj y los apartaba rápidamente antes de que Ben se diera cuenta. Era demasiado rápido captando señales; podría empezar a preguntarse por qué estaba tan deseosa de que se fuera de casa; podría empezar a hacer preguntas y ella podría asustarse y hablar más de la cuenta. Eso era lo que les pasaba a la mayoría de las personas cuando eran interrogadas por Ben. Nerissa había visto cómo sucedía a menudo en los juzgados; los testigos empezaban a tartamudear, se ponían pálidos, se ruborizaban, se delataban...

Desde el ángulo en el que estaba veía el perfil anguloso, fuerte e intimidatorio de Ben, su boca firme, sus ojos grises e intensos. Se alisó la ceñida chaqueta y miró la hora en su reloj.

« Oh, Dios; ¿por qué tarda tanto en irse?», se preguntó Nerissa.

Tras respirar profundamente para calmar su voz, dijo:

-¡El taxi te está esperando! Ha llegado hace rato; el taxímetro debe estar corriendo.

-He pedido que viniera a las ocho y acaban de darlas. Puede esperar -contestó Ben con su voz profunda y cortante, poniéndola aún más nerviosa.

Si no se iba pronto, ella iba a perder su tren. Inquieta, fue hasta la ventana y miró al exterior a través de la cortina de encaje, contemplando la calle londinense bañada por el sol del otoño, las hojas de los castaños en los jardines de enfrente agitadas por la brisa.

-Va a hacer, un día maravilloso -dijo con melancólica ironía. ¿Acaso no era siempre así? El tiempo siempre se burlaba de uno en momentos como aquellos; nunca encajaba.

Debería hacer un día gris y lluvioso; el viento debería soplar por la ciudad y algún rayo debía caer sobre los castaños, incendiándolos.

En lugar de ello, hacía un día maravilloso, con un resplandeciente cielo azul.

Ben cerró su maleta y la levantó del suelo. Ella no había hecho todavía su equipaje; no se había atrevido. Habría sido demasiado arriesgado. Metería algunas cosas en un bolso de viaje mientras

esperaba a que el taxi llegara a recogerla. Pero aún no había llamado para que viniera, por supuesto. Nada debía hacer sospechar a Ben que ella también se iba.

-Te llamaré esta noche desde Hague -dijo él.

Nerissa ya tenía lista su excusa, pero, de todas formas, su voz tembló ligeramente cuando habló.

-Puede que tenga que trabajar hasta tarde; Gregory, quiere que vaya a Worcester a ver a un cliente. Aún no sabemos la importancia del trabajo y puede que me lleve todo el, día valorarlo: No sé a qué hora volveré.

Todo aquello era cierto. El día anterior, Gregory le había dado aquellas instrucciones, pero ella no le había dicho que no haría el trabajo. Lo llamaría luego, antes de irse.

Ben le pasó los brazos por la cintura y apoyó la barbilla en su cabeza, en la desordenada mata de cabello oscuro que Nerissa aún no había cepillado. Tembló al sentir su cuerpo tocándola, sus manos bajo sus senos, la calidez de su sangre alcanzándola a través de su vestido de lana.

-¿Vas a ir sola, o con Gregory? No me fío nada de él.:.. ¡Espero que no le dejes flirtear contigo. -.Ben sonrió al decir aquello. El jefe de Nerissa era un hombre felizmente casado que nunca había mostrado el más mínimo interés por ella, y ambos lo sabían.

-Es lo último que se me ocurriría -contestó Nerissa, tratando de sonar divertida, pero tan tensa que apenas lo logró.

Sólo llevaban tres meses casados. Fue un romance repentino; como un torbellino. Nerissa aún no había recuperado el aliento. Todo sucedió demasiado deprisa como para estar segura de lo que hacía. Había demasiadas cosas sobre él que no sabía.

El matrimonio era siempre una apuesta arriesgada, por supuesto. Hasta que no vives con alguien no pues estar seguro de nada, pero eso era doblemente cierto en el caso de Ben.

Lo conoció un año atrás, en una fiesta que dio uno de los clientes de Ben que resultó que trabajaba con ella. Nerissa apenas conocía a nadie en el abarrotado salón y se retiró a un rincón con un vaso de vino blanco en la mano. El anfitrión se acercó a ella con Ben y los presentó. Ben le hizo una serie de preguntas sobre su vida a las que Nerissa contestó con tímidos monosílabos.

No pensó que volvería a verlo, pero, pocos días después, Ben la llamó a su trabajo y le preguntó si quería cenar con él. Nerissa aceptó y pasó la tarde con él en un conocido restaurante en Myfair: Hablaron, o, más bien, Ben habló y ella escuchó. Ben hizo preguntas y ella le dio roncas respuestas. Nerissa no era muy habladora pero

eso no pareció importarle a Ben.

Averiguó que Ben Havelock era un abogado rico y de mucho éxito. Tenía muy poco tiempo libre, de manera que se vieron poco durante los primeros meses. Sin embargo, la última primavera, Ben logró estar libre durante quince días que pasaron juntos en Northumberland, donde Nerissa había nacido y pasado la mayor parte de su vida.

Aquello fue idea de Ben. Según dijo, quería conocer mejor sus orígenes. Ya sabía que Londres no era el territorio ideal de Nerissa; a veces parecía como perdida, y le faltaban las habilidades necesarias para la vida en la ciudad. Ben era un londinense de pies a cabeza, un hombre de ciudad, con todo lo que ello implicaba de perspicacia y tenaz sofisticación. Nada lo sorprendía demasiado, pero Nerissa era diferente. Lo intrigaba; quería averiguar qué había tras su fachada, de dónde venía, qué gente la había criado.

Y logró su propósito. Nerissa no quería que visitara su hogar, pero él insistió, y descubrió muchas cosas sobre ella aquellas dos semanas... más de lo que Nerissa quería que supiera.

Tenía secretos que le habría gustado conservar; Ben los averiguó a las pocas horas de su llegada. A pesar de que la inquietaba y preocupaba, a pesar de las dudas y reservas que sentía, Ben la convenció para que se casara con él.

-Funcionará -le prometió-. Todo lo que tienes que hacer es olvidar el pasado. Este es un nuevo comienzo. Para los dos.

Él también tenía recuerdos que quería olvidar. Le habló bastante de ellos, pero Nerissa siguió sintiendo que no conocía a Ben lo suficiente. Pensó que una vez casados llegaría a conocerlo de verdad, pero Ben seguía rodeado de aquel halo de misterio y oscuridad que la mantenía a distancia. Empezaba a temer que aquella barrera siguiera existiendo siempre entre ellos.

El taxi tocó la bocina y Nerissa dio un respingo.

-¡Se está impacientando!

-Que se impaciente- Ben la hizo girar y asió su cabeza. Su boca se apoderó de la de ella. Nerissa sintió que su pulso se aceleraba, que su cuerpo empezaba a arder. Aquel era un aspecto de su matrimonio que funcionaba; eran amantes apasionados. En la cama podía olvidar sus dudas. Era posible que aún no tuviera poder para entrar en la mente de Ben, pero conocía su cuerpo tan bien como el suyo propio.

Ben dejó de besarla bruscamente, alzó la cabeza, tomó el rostro de Nerissa entre sus manos y la miró intensamente, como tratando de memorizarlo.

-¿Te preocupa algo? -preguntó.

El corazón de Nerissa dio un vuelco. Ya sabía que iba a ser difícil engañar a Ben; su práctica en los juzgados había desarrollado su habilidad para leer expresiones, para captar detalles insignificantes.

-No me apetece quedarme aquí sola, eso es todo.

Eso era cierto, y él lo sabía. Nerissa nunca se sentía cómoda cuando tenía que quedarse a solas por la noche en la casa. Londres era una ciudad peligrosa, especialmente para una chica de un pueblo tranquilo a muchas millas de ningún lugar.

Ben frunció el ceño, pero aceptó la excusa.

-¿Por qué no le pides a alguna compañera de trabajo que se quede contigo mientras estoy fuera?

-Puede que lo haga -murmuró ella, sabiendo que no lo haría porque no estaría allí.

El taxi volvió a tocar la bocina y la boca de Ben se tensó impacientemente.

-Será mejor que me vaya, o perderé el avión. Si no hablo contigo esta noche te llamaré mañana.

Volvió a besarla con rapidez y se fue. Nerissa oyó sus pasos en las escaleras y la puerta que se abría y cerraba.

Apoyando la frente en el frío cristal de la ventana, observó cómo caminaba rápidamente por la acera y entraba en el taxi. Ben se inclinó a un lado para mirarla por la ventanilla. Su rostro fue visible unos momentos antes de que el taxi desapareciera; un rostro duro y firme, de fríos ojos grises; con una boca grande y; controlada.

Sería un mal enemigo, pensó Nerissa, poniéndose nerviosa. Cuando Ben averiguara que le había mentido, cuando descubriera que se había ido, comprobaría hasta que punto podía ser un enemigo peligroso.

En cuanto el taxi giró en la esquina, Nerissa se apartó de la ventana. Hizo su maleta de viaje sin preocuparse demasiado por lo que metía; lo que importaba era que la ropa fuera caliente, no el aspecto que tuviera. Haría frío en el norte.

Luego bajo a la cocina y dejó una nota para la chica que hacía la limpieza, que tenía su propia llave. A continuación fue al despacho de Ben, llamó a otro taxi y conectó el contestador para que grabara las llamadas, incluyendo las de Ben o cualquiera de su secretaria, Helen Manners, una rubia delgada cercana a los treinta años que dejó muy claro lo poco que le gustaba Nerissa en el momento en que se conocieron.

Mientras se inclinaba sobre el escritorio, Nerissa fijó su atención

en su foto de boda, que estaba semienterrada por una pila de libros de leyes.

Se casaron un domingo por la mañana. Fue una ceremonia civil con pocos invitados; parte de la familia y algunos amigos. De alguna forma, no pareció una boda real. Nerissa siempre habría creído que cuando se casara lo haría en la iglesia de su pueblo, entre la gente con la que había crecido. Aquel rápido y frío intercambio de solemnes promesas en Londres había carecido por completo de romanticismo, de alegría. Nerissa se sintió totalmente aturdida mientras se casó.

Helen Manners estuvo allí, muy elegante con un vestido de seda verde oliva y su pelo rubio peinado en un moño alto sujeto con un lazo de la misma tela que el, vestido. Sus largas y bien formadas piernas lucían en sus pequeños pies unos zapatos negros de tacón hechos a mano. Tenía gustos caros.

A Nerissa no le gustó y el sentimiento fue mutuo: Helen alzó una ceja perfectamente depilada mientras deslizaba su despectiva mirada por el sencillo vestido color crema de Nerissa y el broche de plata con que lo sujetaba.

Ben no pareció percibir la hostilidad de su secretaria hacia su esposa, y también se mostró indiferente ante el feo que le hizo su hermana, que ni siquiera fue a la boda. Pero tampoco asistió ningún miembro de la familia de Nerissa.

Fue una boda extraña.

Nerissa contempló el rostro de Ben en la foto; duro y distante, ocultando sus secretos.

Se volvió, mordiéndose el labio. Cuando Ben lo descubriera... Ni siquiera quería pensar en lo que le haría. Estaba convencida de que era capaz de matar. La vena oscura de su naturaleza era muy profunda y su orgullo era pétreo e inflexible. Un insulto a su orgullo no era perdonado nunca.

Nerissa tembló, lo que le recordó que iba al norte del país. En aquella época del año haría mucho frío. Subió de nuevo a su habitación y sacó un abrigo de tweed, una bufanda de lana roja y unos guantes de lana tejidos a mano que hacían juego, regalo de Navidad de su tía Grace. Tía Grace siempre hacía los regalos que daba; era muy hábil con sus manos. Durante gran parte de la vida de Nerissa, tía Grace le había hecho la ropa en su máquina de coser, en la pequeña habitación que daba al huerto de la granja.

Nerissa se irguió al oír el inconfundible sonido de un taxi esperando fuera.

Bajó las escaleras y recogió la maleta, abrió la puerta y salió. Era

una joven delgada, casi frágil, con una mata de pelo oscuro en torno a un rostro pálido y triangular, dominado por unos enormes ojos azules.

-¿A dónde va, Blanca Nieves? -bromeó el taxista, volviéndose a mirarla.

-A la estación de King Cross, por favor.

El taxista puso el vehículo en marcha.

-¿Va a viajar lejos, cariño? -preguntó por encima del hombro.

-A Durham -respondió.

Nerissa esperaba que no tuviera intención de hablarle todo el camino. No estaba de humor para charlas. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

-Nunca he estado allí; ¿cómo es?

Nerissa miró por la ventanilla las ajetreadas calles de Londres y pensó en el cielo abierto de los páramos de su tierra, en los contornos de sus colinas verdes y marrones contra el horizonte.

Había echado de menos todo aquello desde que se fue, apenas un año atrás. De pronto sintió lo mucho que deseaba volver a verlo.

-En esta época del año hace mucho frío -contestó-. Está casi en Escocia.

-Lo que yo necesito es el calor del sol, sobre todo en invierno -el taxista empezó a hablarle de sus vacaciones en España y del calor que había pasado en las playas de Torremolinos. Nerissa escuchó una palabra de cada tres.

Tomó el tren por los pelos. Había reservado un asiento, pero su compartimiento estaba semivacío, y se vaciaba aún más mientras el viaje continuaba hacia el norte. El tren era un expreso y sólo se detenía, en algunas estaciones, en las ciudades importantes que había, en aquella ruta. De vez en cuando pasaba un empleado con un carrito con sandwiches, patatas fritas y bebidas, pero Nerissa no tenía hambre, así que sólo tomó un café a media mañana. Pasó gran parte del viaje contemplando el cambiante paisaje que pasaba ante su ventana.

Cuando llegaron a la región central de Inglaterra, el sol estaba alto, calentando con su última llama del verano las praderas y los otoñales árboles, los campos de rastrojos, las distantes y brumosas colinas.

Nerissa no había estado en el norte desde la primavera, desde aquella visita con Ben. Desde que se había casado.

¿Había cambiado?, se preguntó, tratando de recordar cómo se sentía antes de conocer a Ben, antes de hacer su primer viaje al sur para trabajar en Londres.

Hizo una mueca mientras seguía contemplando el paisaje por la ventana. Por supuesto que había cambiado. Le habían sucedido muchas cosas en Londres. Era muy diferente a la chica que dejó la granja muchos meses atrás.

¿Lo notarían? ¿Se apreciaría a simple vista? Se mordió el labio. Philip lo notaría; la conocía mejor que nadie en el mundo. Sabría de inmediato que la Nerissa que había vuelto no era la misma que se había ido para trabajar en Londres.

Aunque era posible que Philip no tuviera nunca la oportunidad de notar si había cambiado o no.

Se asustó ante aquel pensamiento «¡Basta ya!», se dijo. «Ni siquiera lo pienses. No va a morir ».

Miró su reloj. Faltaba muy poco para que el tren entrara en York. Su tío la estaría esperando en Dirham. Él le daría las últimas noticias.

Mientras el tren reducía su marcha al entrar en Durhan, Nerissa recogió su maleta. Poco después bajaba al andén. Sus largas y esbeltas piernas fueron admiradas por uno de los mozos que aguardaba a algún posible cliente.

-¿Quiere que le lleve la maleta, señorita? -preguntó.

Nerissa denegó con la cabeza.

-Puedo arreglármelas sola, gracias -dijo, alejándose con su equipaje. No era muy pesado.

Al ver a su tío a lo lejos, aceleró el paso hacia él.

No había cambiado, lo que resultaba reconfortante. Alto, con el pelo- gris y los ojos color azul pálido, John Thornton era un hombre que pasaba la mayoría de sus días al aire libre, y se notaba: El sol y el viento habían dado a su piel una tonalidad oscura, a sus ojos la lejana mirada de un marinero y a su actitud la lenta paciencia de un rumiante, como la de los que cuidaba en su granja, las fuertes ovejas de las colinas de Northumberland.

-Gracias a Dios que has llegado, Nerissa. Necesitamos un milagro.

Se inclinó y la besó en la mejilla a la vez que agarraba la maleta.

-Temía que tu marido no quisiera que vinieras.

-Ben está de viaje...

Se miraron a los ojos, intercambiando una comprensión sin palabras.

-¿Cuánto tiempo va a estar fuera?

-Una semana -contestó Nerissa y vio que el rostro de su tío se tensaba.

-¿Una semana? Esto va, a llevar más de una semana.

Nerissa ya lo suponía, y cuando salió de su casa sabía que iba a estar fuera mucho tiempo. Pero no había sido capaz de decírselo a Ben cara a cara; sabía cómo habría reaccionado. Su orgullo no le habría permitido dejarla ir. Lo vería como una traición; una elección entre él y Philip, y, en un sentido, Nerissa suponía que así era, pero, en otro, no había tenido elección. Tenía que ir.

-¿Qué tal está?

-Mal -el monosílabo de John estaba cargado de dolor.

Los ojos de Nerissa se llenaron de lágrimas que no derramó. Mientras salían de la estación, apoyó la mano en el brazo de su tío en un gesto de silencioso consuelo.

John apretó su mano contra su costado, pero no dijo nada. No era un hombre que hablara mucho; había pasado tanto tiempo solo en el campo que casi había perdido el hábito de hablar. Ese era uno de los motivos por los que Nerissa había crecido diciendo tan pocas cosas y la razón de que la inquietaran tanto las ruidosas y ajetreadas calles de la ciudad. El silencio fue su entorno durante muchos años.

-Querrás comer algo. Hoy en día no sirven nada que merezca la pena en los trenes -dijo John mientras ponía en marcha el coche.

-No tengo hambre.

-Tienes que comer algo -dijo él, sonriendo a medias---. Grace me dijo que me asegurara de que lo hacías. No nos hará bien a ninguno que tú también te pongas enferma. Pararemos en algún pub por el camino.

Se detuvieron en un pub que se hallaba a escasos metros del hospital. Tras ocupar una mesa en un rincón, John fue a la barra y encargó un plato de queso con escabeche, ensalada y pan casero.

-¿Qué tal lo lleva tía Grace? -preguntó Nerissa, tomando un sorbo de la rica sidra de la tierra.

-No lo abandona ni un momento -dijo John Thornton con tristeza-. Está sentada junto a su cama desde que sucedió. Está segura de que oirá su voz y empezará a despertarse.

Nerissa sintió una punzada de dolor. Se mordió el labio.

-¿Cuánto tiempo ha pasado?

-¿Desde que entró en coma? Tres días. Pensábamos... esperábamos que saliera del coma antes, pero no ha sido así; y los médicos no pueden asegurarnos si saldrá alguna vez.

-¡Por supuesto que saldrá! No debes pensar así. No es normal en ti rendirte - apoyó una mano sobre la de su tío y la apretó con ternura-. Ya sabes que tía Grace no dejará de hablar hasta que Philip despierte para no tener que oírla más.

John rió haciendo un esfuerzo.

-No seas mala chica. Tienes suerte de que no pueda oírte.

Nerissa sonrió.

--¿Has terminado tu bebida? ¿Nos vamos?

Sólo tardaron unos minutos en llegar al hospital. Nerissa ya lo conocía; pues años atrás tuvo que pasar unos días en él cuando se operó de las amígdalas. El olor a desinfectante y a jabón le resultó familiar. Sus pasos resonaron en el suelo mientras caminaban por interminables pasillos y subían escaleras hasta llegar a la unidad de cuidados intensivos en la que estaba Philip Thornton.

Su madre estaba sentada junto a la cama, mirándolo. Por unos segundos, Nerissa y su tío permanecieron en el umbral de la puerta, observándola, percibiendo la intensidad con que miraba a su hijo.

Nerissa también lo miró, pero apartó la vista enseguida; consternada por lo que vio. Todo lo que le había dicho el padre de Philip se hizo repentinamente real frente a ella. Hasta ese momento no había llegado a creerlo por completo. Ahora no le quedaba más remedio que hacerlo.

En contraste, era un alivio mirar a su tía. Grace Thornton era lo opuesto a su marido. En lugar de alta era baja; en lugar de delgada era gordita. Su piel era suave como la de un pétalo, y tan colorada como la de una manzana. Sus ojos no eran azules, sino castaños y ligeramente saltones, y en su cabello rizado y castaño no había una sola cana.

Su voz era suave y cálida; fluía incesantemente mientras Nerissa y John escuchaban. Grace había hablado siempre por toda la familia, mientras su marido, su hijo y Nerissa escuchaban, y era reconfortante oírla en aquellos momentos; hacía que el frío ambiente del hospital resultara más hogareño.

-La próxima semana segarán el campo de arriba, si tu padre se anima a ello de una vez. Los nabos están creciendo muy bien este año, y cuando las ovejas hayan comido toda la hierba podremos subirlas para que se coman los rabos, y también los nabos, si es necesario. ¿Te he contado ya que el veterinario vino a ver a la oveja que creíamos que estaba preñada? Pues no lo estaba. Apenas merece la pena conservarla; no ha criado desde hace dieciocho meses. Es una pena, lo reconozco. Tendrá que ir al mercado con las otras la próxima vez.

John Thornton dio un paso adelante y su esposa dejó de hablar y giró la cabeza. Al ver a Nerissa, su rostro se iluminó.

-Tu padre ya ha vuelto, Philip. ¡Y Nerissa está con él! Te dije que vendría, ¿no? Y está igual que siempre; no ha cambiado nada.

Grace se levantó y alargó los brazos. Nerissa corrió hacia ellos y se abrazaron y besaron cariñosamente. Tía Grace se apartó un poco para mirarla, con los ojos brillantes por las lágrimas.

-Tienes un aspecto estupendo. Aunque has perdido peso. ¡Estás más delgada que nunca! ¿Es que no te dan de comer en Londres? ¿No te ha llevado tu tío a tomar un bocado antes de venir aquí? Le dije que se asegurara de que comieras primero. Sé muy bien que en esos trenes solo dan sandwiches y patatas fritas. En los viejos tiempos daban de comer como era debido; incluso tenían camareros vestidos de blanco y cubertería de plata.

-Hemos parado y hemos picado un poco de queso y ensalada en un pub -dijo Nerissa. Su tía chasqueó la lengua.

-¿Eso es todo? ¿Lo has oído, Philip? ¿No es típico de tu padre? John Thornton, deberías haberla llevado a un sitio mejor. Un trozo de queso con pan es una comida adecuada para un ratón, no para una persona.

-¡Nerissa dijo que no tenía hambre!

-No deberías haberle hecho caso.

Nerissa había dejado de escuchar. Se acercó a la cama y miró a Philip, sintiendo deseos de llorar a la vez que su corazón se encogía. La parte alta de su cabeza estaba vendada y sólo se le veía el rostro. Notó que lo habían afeitado. No había señales de barba en su barbilla y sabía que Philip necesitaba afeitarse todos los días.

Tía Grace había dejado de hablar. Estaba mirando a su sobrina.

-Dile hola, Nerissa. Puede oírte; dicen que puede, aunque no lo parezca. Sabes que está aquí, ¿verdad, Philip? Estás esperando que te hable.

La mano de Plilip reposaba sobre la colcha blanca, una mano morena y fuerte, acostumbrada al duro trabajo manual. Nerissa la tocó suavemente y susurró:

-Hola Philip, soy yo.

-Di tu nombre -la animó su tío-. Di, soy Nerissa.

-Él lo sabe -dijo Grace Thornton-. Ya le he dicho que estaba aquí, Aunque no hacía falta; Philíp habría recomido su voz nada más oírla. Nosotros vamos a irnos a tomar una taza de té mientras tú te quedas aquí hablando con él, ¿te parece bien, Nerissa?

Nerissa asintió sin volverse. Oyó cómo salían y el suave click de la puerta al cerrarse. Se sentó en la silla que había ocupado su tía y tomó la mano de Philip, la acarició suavemente.

-Siento no haber venido hasta ahora. Tu padre me llamó ayer.

Había sido uno de los mayores sustos de su vida. Estaba trabajando y descolgó el teléfono esperando que fuera una llamada

de trabajo, pero al escuchar la voz de su tío se sobresaltó. Desde el primer momento supo que eran malas noticias; de lo contrario, John no la habría llamado al trabajo.

-He venido en cuanto he podido -añadió. No podía superar la palidez del rostro de Philip, la sensación de vacío que le producía. Sus rasgos estaban completamente inmóviles, inalterados.

Ese era el aspecto que tendría si estuviera muerto, pensó Nerissa, y su cuerpo se contrajo de dolor. ¿Y si se estaba muriendo? ¿Qué sucedería si lo desconectaban de la máquina que mantenía sus constantes vitales funcionando?

-¡Despierta, querido! -dijo con urgencia. Tenía miedo de tocarle el rostro, de moverle la cabeza sin querer, de manera qué apoyó la mejilla contra su mano y la besó, Había esperado que su piel estuviera fría, pero no era así. Apoyó los labios contra la parte interior de su muñeca y sintió su pulso firme y regular.

-¡Despierta, Philip! -susurró al percibir aquella señal de vida.

No hubo respuesta, y ella tampoco la esperaba. Philip llevaba en aquella condición desde el accidente de coche en el que sufrió daños en la cabeza. Según le contó su tío, la operación a la que tuvo que ser sometido alivió la presión que sufría su cerebro, pero le dejó en aquel estado de coma profundo.

Nerissa no podía soportar la idea de que Philip muriera. Habían crecido juntos, tan cercanos como si hubieran sido gemelos. Durante casi toda su vida, Philip había sido la persona más importante del mundo para ella.

Al oír que la puerta se abría a sus espaldas, se irguió rápidamente, sin soltar la mano de Philip.

-Usted debe ser su prima -dijo una voz amistosa. Nerissa se volvió y vio a una enfermera-. Hola, soy la encargada de cuidar a Philip durante el día. Por la noche viene otra enfermera. Soy la enfermera Courtney.

Nerissa sonrió tímidamente.

-Hola.

-¿Qué le parece el aspecto de su primo? -preguntó la enfermera, mirándola fijamente-. Supongo que asusta un poco verlo así, pero su estado se ha estabilizado; no se ha deteriorado en los dos últimos días.

-¿Eso significa que está mejorando? -preguntó Nerissa, esperanzada.

-No exactamente. Sólo significa que no está empeorando, y eso es esperanzador.

El rostro de Nerissa mostró su desencanto.

-También podría significar que va a mejorar en cualquier momento -añadió rápidamente la enfermera-. Su madre está haciendo un trabajo maravilloso y ahora usted está aquí también. No deje de hablarle; necesita todo el estímulo que pueda obtener, cualquier cosa que haga que su mente siga funcionando.

La enfermera salió al cabo de unos minutos y Nerissa volvió a sentarse junto a Philip, tomándole la mano.

-¿Te gusta tu enfermera? -preguntó-. Tiene una cara muy bonita que hace juego con su voz. Creo que te gustará cuando la veas. Ella es la que te afeita todos los días. Lo hace muy bien.

Los padres de Philip volvieron mientras ella le decía que había empezado a llover.

-Es lo típico. Hacía un tiempo maravilloso en Londres, pero en cuanto vuelvo aquí empieza a llover. La verdad es que me extraña que no tengamos aletas y branquias con lo que llueve aquí.

John Thornton rió a sus espaldas y Nerissa se volvió.

-Tu padre y tu madre han vuelto, Philip.

Se sentaron cerca de la cama y empezaron a hablar como si Philip estuviera despierto. Al cabo de un rato pareció tan natural que Nerissa empezó a hacer lo mismo.

Ya había oscurecido cuando Grace miró su reloj y dijo:

-Creo que deberías llevar a Nerissa a casa para que duerma algo, John. Ha hecho un viaje muy largo; tendrá que descansar bien esta noche.

Nerissa no podía negar que estaba cansada, pero protestó de todas formas.

-¡Quiero quedarme! Por si se despierta.

-No puedes quedarte todo el tiempo -dijo su tía -Grace-. Es agotador. Lo sé por experiencia. Pero si quieres servirle de algo a Philip tienes que estar fresca y despejada; y para eso tienes que dormir. Yo iré a casa más tarde. Volveremos mañana por la mañana.

Nerissa se quedó dormida en el coche durante el trayecto a la granja de su tío: Se despertó al oír a los perros ladrar y comprendió que el coche se había detenido en el patio.

-Creía que iba a tener que llevarte arriba en brazos -dijo animadamente John Thornton-. Grace tenía razón; estás, agotada.

-Creo que iré directamente a la cama -admitió Nerissa, bostezando-. No tengo hambre.

-Eso dijiste antes -dijo John mientras abría la sólida puerta de roble y encendía la luz del pequeño recibidor-. Desvístete y métete en la cama y yo te llevo un chocolate caliente y un sandwich dentro

de un rato. ¿Qué te parece?

Nerissa lo abrazó.

--¡Cuánto os he echado de menos en Londres! Es maravilloso volver a casa.

Nerissa captó el destello de tristeza en la mirada de su tío y supo lo que estaba pensando. Pero no podía dejarle decir nada, así que subió rápidamente las crujientes escaleras. Su nariz se llenó de las familiares fragancias de su infancia; cera para los muebles y una mezcla de las rosas y la lavanda del jardín.

No era una casa grande, pero sí sólida y bien construida con piedra de la zona, cuidadosamente situada para evitar los fuertes vientos de las colinas de Northumberland, protegida por los cuatro costados por viejos árboles y un fuerte muro de piedra. La granja Lantern había pertenecido a la misma rama familiar desde que fue construida, en el siglo diecisiete. Los Thornton no eran ricos, pero siempre habían vivido holgadamente, llevando las ovejas a los pastos cercanos, manteniendo además algunos cerdos, gansos, caballos y yeguas para redondear sus ingresos.

El mobiliario era antiguo pero estaba muy bien conservado. Había cuatro habitaciones. Nerissa siempre había ocupado una pequeña en un lado de la casa que daba al huerto. Se desvistió y se metió en la cama, temblando un poco porque hacía mucho más frío que en su casa con calefacción central de Londres. En Lantem Farm aún conservaban las estufas de leña, y en aquella habitación no se había encendido desde que se había marchado.

Las antiguas cortinas que cubrían la ventana estaban gastadas; el viento soplaba con fuerza contra las ventanas de celosía, haciendo que la puerta se moviera ligeramente. Sobre la cama había una colcha de parches hecha por la madre de John Thornton a base de docenas de trocitos de viejas camisas de algodón, vestidos y cortinas. Los colores estaban desteñidos, pero a Nerissa le encantaba. Deslizó la mano sobre ella, recordando su adolescencia, los años pasados en aquella casa que tantos recuerdos le traía.

Su tío llegó al cabo de unos minutos con una bandeja en la que había un plato lleno de pequeños sandwiches, un vaso de agua y un tazón de chocolate caliente. Bajo el brazo llevaba una botella de agua caliente envuelta una funda de felpa. Fue lo primero que le entregó a Nerissa.

-0h, gracias -dijo, agradecida, empujando la botella bajo las mantas y sintiendo de inmediato el calor que empezó a circular por sus helados pies y piernas.

-Debería haber encendido el fuego aquí. ¿Quieres lo haga ahora?

-preguntó John.

-No hace falta -dijo Nerissa, y mordió uno de los sandwiches-. Mmm, está buenísimo. Te has acordado que me gusta el jamón.

-Siempre te gustó -dijo John, con el rostro radiante-. Buenas noches, cariño. Si necesitas algo, llamame.

Diez minutos después, la luz estaba apagada y Nerissa taba medio dormida.

Fue extraño despertar en aquella casa de nuevo. Extraño ponerse los vaqueros y un jersey grueso y salir al fresco de aquel amanecer de otoño, con el viento soplando con fuerza a su alrededor y agitando su cabello como si fuera un estandarte. Corrió, sorprendiendo a los caballos que pastar cerca de la casa. Tras trepar al muro y saltar al otro lado, buscó nuevas setas en la alta hierba donde siempre habían crecido.

Cuando volvió a la casa encontró a su tía pelando tomates.

-Te he visto desde la ventana recogiendo setas; las tomaremos con una tostada -dijo Grace-. Tu tío está en la parte alta de la granja, trabajando en uno de los muros; se vino abajo en la última tormenta. Se ha llevado el desayuno y un termo con té. Nada lo anima más que tener que rehacer una pared caída.

Nerissa recordó que su tío solía ir a trabajar en el muro cuando estaba confundido por algo; aquella tarea lo calmaba.

Después del desayuno, ella y su tía condujeron al hospital. La enfermera Courtney les comunicó que no se había producido ningún cambio.

-Eso no tiene por qué ser necesariamente malo -dijo, y Nerissa deseó poder creerla.

Cuando finalizaba el día se preguntó cómo lograba mantenerse animada su tía viendo a su hijo en aquel estado. Se habían turnado en hablar a Philip. Cuando su madre se cansaba, salía a tomar un té y a dar una vuelta en un pequeño jardín cercano a la sala, de manera que siempre estaba cerca por si la necesitaban. Nerissa también salió varias veces ese día y dejó a Philip a solas con su madre.

Su tío llegó por la tarde, y a las seis, Grace Thornton los envió a los dos a casa.

-Y haced el favor de cenar de verdad -dijo-. ¿Te has acordado de meter el recipiente en el horno, John?

John asintió.

-Lo he metido a las dos, como me dijiste. ¿A qué hora tengo que

sacarlo?

-En cuanto queráis comer. No se estropeará, pero está listo para cuando queráis.

Cuando llegaron a la granja, Nerissa dijo:

-Yo me encargo de la cena.

John Thornton negó con la cabeza.

-No, pequeña. Tu tía me ha dicho que lo haga yo y será mejor que le haga caso.

-Entonces yo pongo la mesa.

Comieron en la cocina, una habitación con paredes de piedra pintadas de blanco y ventanas pequeñas cubiertas por alegres cortinas blancas y rojas y una antigua cocina de leña que daba calor en los días fríos. La mesa era de madera y estaba llena de señales e iniciales echas con cuchillos. En las repisas de las ventanas había muchos tiestos con geranios que Grace cuidaba amorosamente y con los que había ganado varios premios en los concursos de flores de la zona.

La comida que tía Grace había dejado preparada consistía en cordero con vegetales y patatas. Todo de la granja y tenía un sabor delicioso.

Después de cenar, fregaron y guardaron la vajilla dejando un poco de comida en el horno para Grace cuando volviera. John Thornton salió al patio a alimentar a sus animales y Nerissa encendió la radio para escuchar poco de música.

Se sentó acurrucada en un sillón, pensando en Philip, ocupada, recordando su rostro pálido y demacrado, la mirada ciega de sus ojos cerrados.

¿Despertaría alguna vez? Y, si lo hacía, ¿sería una especie de vegetal humano? Nerissa sabía que esa idea aterrorizaba a sus tíos. No habían dicho nada, pero ella los conocía. Había captado las miradas que se lanzaban, las palabras que empezaban a pronunciar pero dejaban a medias.

Se llevó las manos al rostro. ¡No era justo! ¿Por qué le había sucedido aquello a Philip? ¿No había soportado ya suficiente dolor?

El teléfono sonó junto a ella, sobresaltándola. Tuvo un repentino presentimiento de que eran noticias sobre Philip, de que su tía llamaba del hospital para decir... ¿qué? ¿Que había salido del coma? ¿Que estaba muriendo?

Descolgó el teléfono con mano temblorosa y susurró:

-¿Sí, hola?

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

-¿Hola? Aquí Lantern Farm -dijo Nerissa-. ¿Eres tú, tía Grace?

El teléfono fue colgado repentinamente. Nerissa sostuvo el auricular, escuchando la señal continua. Quien fuera que hubiera llamado había colgado sin decir palabra.

El silencio era elocuente. Nerissa sintió que se le helaba la nuca. Podía haber sido una confusión de número, por supuesto. Pero temía que no fuera, así.

Temía que hubiera sido Ben. Habría llamado a su casa en Londres y al encontrarse con el contestador habría tratado de ponerse en contacto con sus amigos, con su jefe. Sabía que, antes o después, Ben averiguaría que no estaba en Londres. Había esperado que le llevara más tiempo descubrirlo, pero sabía que acabaría sucediendo, y también, que no la perdonaría por haber ido a ver a Philip sin decirle que tenía pensado hacerlo.

Su corazón latió, aterrorizado. Si había sido él, ¿qué haría ahora?

De momento, nada, se dijo rápidamente. Estaba en La Haya representando a un cliente en el Tribunal de los Derechos Humanos. No se podía ir; era un caso importante para él. Había estado trabajando con aquel asunto mucho tiempo; no lo dejaría así como así. Le llevaría al menos una semana concluir el caso, tal vez más. No tendría que esperar allí a que el tribunal dictara sentencia, lo que llevaría varías semanas, o incluso meses, pero no había duda de que aún no podía irse.

Nerissa tenía un tiempo de respiro. Unos días. Una semana tal vez, o más. Pero antes o después Ben llegaría y le pediría que se fuera con él, y cuando ella se negara, como sabía que debía hacerlo, su matrimonio habría terminado.

Capítulo 2

Nerissa no durmió mucho esa noche, y cuando su tía la vio a la mañana siguiente la miró con gesto preocupado.

-Tienes un aspecto terrible. ¿No has dormido bien? Tus ojos parecen dos agujeros en una bolsa blanca de papel. No puedo dejarte ir al hospital con ese aspecto. Cuanto te vean te mandarán a casa por si tienes algo contagioso.

--Estoy bien --dijo Nerissa, sentándose a la mesa - y mirando sin demasiado interés la fruta, los cereales y el café que la aguardaban.

-¿Bien? Tonterías -bufó Grace Thornton-. Te conozco bien. Si estás disgustada no duermes ni comes y acabas poniéndote mala. Mira lo que te pasó cuando competiste en los campeonatos de natación del condado; no podías dejar de devolver horas antes de la carrera. ¿Y qué me dices del año que tuviste los exámenes finales? En esa ocasión acabaste con neumonía. Eres una de usas personas que no pueden soportar la tensión mucho tiempo.

Nerissa la miró con expresión dolida.

-Estaré bien. No me impidas ir a ver a Philip; puedo dormir luego, cuando vuelva. Eso es todo lo que me sucede... tenía algo rondándome la cabeza que no me ha dejado dormir.

Grace Thornton frunció el ceño.

-¿Algo en la cabeza? ¿Qué? ¿Philip?

-Por supuesto. No puedo evitar preocuparme por él.

-No debes permitir que la preocupación te venza; tienes que estar en forma para poder sentarte junto a su cama todo el día. Debes entrenarte para no pensar demasiado.

Nerissa rió amargamente.

-Ese serla un buen truco. Cuéntame como hacerlo.

Se sirvió un poco de café y tomó una manzana.

-Pero no sólo tienes a Philip en la cabeza, ¿verdad? ¿Qué más te preocupa? -tras una pausa, Grace añadió-. ¿Tu marido?

-A veces pienso que eres una bruja -dijo Nerissa, sonriendo irónicamente-. ¿Como puedes leer así en mi mente?

-Te conozco -dijo Grace, y suspiró-. Nunca debiste decírselo -añadió, con la voz más tensa por el recuerdo del dolor y el orgullo-. No puedo comprender por qué lo hiciste, ¿por qué hablaste de un asunto tan íntimo y familiar con un desconocido como ése?

Nerissa dejó la manzana e inclinó la cabeza; ocultando su rostro con su negra melena.

-No se lo dije. Lo adivinó.

Grace bufó.

-¿Cómo pudo averiguarlo? Sólo pasó aquí dos semanas, y si la gente que nos conoce desde hace años no lo ha averiguado nunca, ¿cómo pudo descubrirlo él? ¿Qué podía saber sobre gente como nosotros, en especial viniendo de Londres, donde ni siquiera se conocen los vecinos entre sí y no son capaces de echarse una mano en los momentos difíciles? No, hija. Si lo adivinó fue porque tú se lo revelaste. Debiste decir algo que le dio una pista.

-Pero no se lo dije -insistió Nerissa-. Lo dedujo de algo que dije, o lo leyó en mi rostro, o en el tuyo... o... -su voz titubeó-. O en el de Philip.

-No creo -dijo Grace secamente-. No es posible.

-Ben es muy perspicaz. Recuerda que es abogado; está entrenado para averiguar el carácter de la gente, a sentir si dicen la verdad o si mienten, si mienten por completo o si se limitan a ocultar la verdad. Yo no le mentí, sólo... dejé de mencionar algunas cosas... de todas formas, acabó adivinándolo. Es como si tuviera una especie de antena de radio y pudiera captar que se dice en el aire.

Grace Thornton se puso pálida y miró a Nerissa con tristeza.

-Es un hombre duro. Lo supe desde el momento en que entró por la puerta contigo. Ya sé que viviendo en ciudades como Londres hay que desarrollar una capa de piel para sobrevivir. No debe ser fácil vivir ahí, pero no puedo decir que Ben me gustara. N o es de nuestra clase. Pero es tu marido, y eso, no es posible olvidarlo -permaneció un momento en silencio y luego añadió-. ¿Eres feliz con él, Nerissa?

No preguntó. «¿Lo amas, Nerissa»? Aquello habría vio demasiado delicado para las dos.

-Si -dijo Nerissa con rapidez, con demasiada rapidez.

Pero Grace Thornton no se dejó engañar.

-Me sentiría mucho mejor si supiera que eres feliz, querida -dijo, y suspiró.

Nerissa nunca podía engañarla. No había conocido otra madre; el lazo de afecto entre ella y Grace Thornton era muy fuerte, basado en años de cariño y seguridad. Hubo un tiempo en que todo ello se tambaleó, la confianza... pero las raíces de su afecto eran muy firmes y profundas y con el tiempo la recuperaron.

Los padres de Nerissa murieron cuando era muy pequeña, demasiado joven como para recordarlos con claridad. Su madre era la hermana de Grace, pero no podían haber sido más diferentes. Ellen había sido pequeña y delicada; de ella había heredado Nerissa su constitución. Ellen murió de leucemia tres años después de que

naciera su única hija. Su marido, Joe, llevó a Nerissa a Northumberland con su tía, y ese era el primer recuerdo de Nerissa. Su padre entraba con ella en una cálida cocina con el fuego encendido y su tía la tomaba en brazos, besándola, murmurándole cosas mientras ella miraba por encima del hombro a Philip; que tenía una año más que ella y estaba sentado en el suelo jugando con unos cochecitos.

-Ese es tu primo; es mi Philip -dijo Grace Thornton-. Vete a jugar con él corazón -dejó a Nerissa en el suelo y le dio un suave empujón hacia el niño. Plilip sonrió ofreciéndole uno de los cochecitos. Nerissa lo agarró, se dejó caer en la alfombra y empezó juguetear con él, empujándolo atrás y adelante, haciendo los mismos ruidos que Philip.

-Brmmmm… Brmmmm…

Nunca había olvidado aquel momento. En cierto sentido fue el comienzo de su vida. No recordaba nada de lo de aquel momento; de aquel día. Los tres primeros años de su vida se habían esfumado; el rostro de su madre, dónde vivían... todos los detalles.

Sólo recordaba el momento en el que entró en la cocina de su tía en brazos de su padre. Éste se fue al día siguiente y nunca volvió. Le dijeron que se había ida a Australia y que algún día volvería para recogerla; pero nunca lo hizo. Cuando tenía siete años le dijeron que había muerto en la despoblada zona interior de Australia, a causa de una herida infectada. No había ningún doctor cerca y ya era demasiado tarde cuando finalmente se le diagnosticó.

Nerissa lloró cuando se lo dijeron, sobre todo porque sintió que debía hacerlo. Incluso a esa corta edad ya tenía un fuerte sentido de lo que debía hacer, decir o pensar. La muerte de su padre no afectó a su vida. Para entonces ya sentía que pertenecía a la familia de su tío, su tía y su primo Philip.

Ellos eran su familia. Había olvidado que una vez tuvo otra. Su vida estaba allí, en la granja, en aquellas remotas colinas azotadas por el viento. Su aislamiento los haría estar más unidos que la mayoría de las familias; no tenían vecinos cercanos. Había otra granja a media milla a través de los campos, pero el granjero y su mujer eran mayores y sus hijos ya no vivían con ellos.

El pueblo más cercano estaba a dos millas de distancia y era pequeño. Tenía un pub, una antigua iglesia y una tienda en la que se vendía de todo. En una época tuvo escuela, pero ya hacía años que los niños tenían que tomar el autobús para ir a la del pueblo cercano.

Nerissa y Phílip fueron allí juntos, en el autobús de la escuela

que los recogía al final del sendero que llevaba a su granja. Con el tiempo tuvieron que ir a estudiar aún más lejos.

En vacaciones, y durante las tardes y los fines de semana, no les quedaba más remedio que ayudar en la granja. Tío John necesitaba toda la ayuda que podía obtener.

El trabajo de la granja era duro, pero también podía ser divertido; ayudar a limpiar las acequias, llevar carretillas llenas de piedras para arreglar paredes, preparar la comida para los animales, vigilar a las ovejas y tenerlas controladas con la ayuda de dos perros pastores...

Hacerlo a solas no habría sido tan divertido, pero siendo dos, hablaban, se hacían bromas, reían, y el tiempo pasaba tan rápido que apenas notaban lo que hacían.

Además, siempre había algo nuevo que hacer. Cada día traía un nuevo trabajo, y eso hacía que sus actividades no resultaran monótonas.

A Nerissa y a Philip no les importaba tener que hacer los trabajos de la granja. Todo lo hacían juntos. Siempre fueron inseparables. Cabalgaban en los caballos por las praderas para llevarlos al herrero, saltaban muros y zanjas, y en verano jugaban sobre el heno en el granero, hablando y discutiendo, o en el campo, masticando trigo mientras tío John manejaba la cosechadora.

Parecía que había pasado hacía muchos años. Nerissa parpadeó sintiéndose perseguida por el recuerdo de Philip en la cama del hospital.

-Odio pensar en él tumbado día tras día en esa cama. A Philip nunca le gustó estar quieto. Estaba lleno de energía.

-¡No hables en pasado! – exclamó Grace-. ¡Y no va a morir así que deja de hablar así!

-Lo siento -dijo Nerissa-. Si al menos pudiera hacer algo útil.

-Estamos haciendo todo lo que podemos -.dijo Grace - No dejes que la situación te venza, Nerissa. No ayudarás a Philip a base de preocuparte -sonrió para animar a su sobrina y miró su reloj-. Será mejor que nos pongamos en marcha.-empezó a retirar las cosas del desayuno y se levantó para ayudarla.

¡Era posible que Philip hubiera mejorado!, pensó más tarde, mientras conducían al hospital. Después tendría que abrir los ojos. No podía permanecer como estaba, como una estatua viviente en su propia mente, muerto para ellos.

Pero no se había producido ningún cambio. Aquel día fue muy parecido a los dos anteriores. Hablaron mientras Philip permanecía inmóvil, sin expresión. Nerissa le leyó parte del periódico y también

empezó a leerle La isla del Tesoro que siempre fue uno de los libros favoritos de Philip.

John Thornton llegó por la tarde y pasó una hora con su hijo, luego ti Grace los envió a los dos a la granja.

-Vete a la cama y trata de dormir; Nerissa –dijo cuando salían –Prometeme que lo harás.

-¡Yo me aseguraré de ello! –dijo John y su esposa asintió, palmeándole el brazo.

-Muy bien.

-Nerissa sintió una oleada de afecto por su tía; era una mujer sorprendente, fuerte y orgullosa, y llena de ternura y calidez hacia los suyos. Los mantenía unidos; sin ella, estarían perdidos.

Cuando llegaron a la granja, Nerissa preparó té, y ella y su tío tomaron una taza en la cocina. Cuando terminaron, John se levantó, suspirando.

-El trabajo de un granjero nunca termina, especialmente si cuida ovejas -dijo-. ¡Estúpidos animales! A Veces no sé por qué me preocupo por ellos.

John salió a la húmeda niebla que había surgido repentinamente de ningún lugar y Nerissa subió a su habitación, donde comprobó agradecida que su tío había encendido la chimenea. Se desnudó ante ella y se metió en la cama, bajo la vieja colcha de parches. Suspirando, contempló las relajantes llamas que iluminaban las paredes de la habitación mientras la lluvia golpeaba rítmicamente el tejado de la casa.

Un sonido la despertó. Abrió los ojos. Adormecida, se preguntó qué había oído; no había sido un ruido fuerte. ¿El de una brasa cayendo a través de la parrilla? ¿O un tronco partiéndose en fuego? ¿El lejano tractor de su tío en las colinas?

¿Qué hora era? Se dio la vuelta para mirar el reloj y se quedó helada al encontrarse frente a los ojos de Ben. Durante un segundo pensó que lo estaba imaginando, que era una visión surgida de su inconsciente debido al miedo que tenía a volver a verlo.

Pero no estaba imaginando, nada. Ben estaba allí, sentado junto a su cama, mirándola como si llevara allí bastante rato, observándola mientras dormía.

Nerissa sintió que su cuerpo se quedaba sin sangre.

Miró a los ojos de Ben y sintió que contemplaba un árido paisaje invernal, gris y helado, impenetrable.

Estaba tan anonadada que dijo lo primero que se le vino a la

cabeza.

-Creía que ibas a pasar una semana en La Haya.

Los fríos labios de Ben se entreabrieron lo suficiente para murmurar unas palabras.

-Así que has vuelto corriendo a él.

Nerissa parpadeó.

-No comprendes... -empezó a decir, pero fue interrumpida.

-Por supuesto que comprendo. Aún estás obsesionada con él; no has podido mantenerte alejada.

-No, estás equivocado, yo...

-¿Te has acostado con él?

-¡Philip está en el hospital! -gritó Nerissa, irguiéndose en la cama y tirando de la colcha para cubrirse-. Está en coma. Ni siquiera sabe que estoy aquí.

Silencio. Ben la miró fijamente.

Nerissa se apoyó contra el respaldo de la cama y continuó hablando.

-Tuvo un accidente de coche hace una semana. Sus heridas eran bastante graves. No llevaba el cinturón de seguridad; su cabeza sufrió... -tragó con esfuerzo, sintiéndose incapaz de pensar en lo que le había sucedido a la cabeza de Philip-. Fue necesario operarlo para liberar la presión de su cerebro y está en coma desde entonces. No saben si... cuando despertará. Podrían pasar días, semanas o meses; no lo saben.

La cara de Ben se relajó ligeramente.

-Lo siento. No lo sabía -dijo en voz baja y ronca-. No me extraña que parezcas tan preocupada.

-Todos estamos preocupados -murmuró Nerissa, apartando un mechón de cabello de su frente-. Su madre está en el hospital con él ahora. Hemos estado todos. Vamos todos los días, pero hoy me ha mandado antes porque me veía muy cansada.

Los ojos de Ben se deslizaron por el delicado rostro de Nerissa. Las oscuras sombras que había bajo sus ojos azules contrastaban con la palidez de su piel.

-Por eso estoy en la cama a esta hora del día; he estado durmiendo -añadió, muy consciente de la mirada de Ben, sintiendo el familiar cosquilleo de la sensualidad que despertaba en su piel. Desde el primer minuto que se conocieron sintió aquella incontrolada reacción ante él, no ante el hombre en sí mismo, al que ni siquiera conocía, sino ante el animal macho que enfundado en aquel caro traje de sastre, ante aquella poderosa masa sexual de músculo, carne y hueso. Las mujeres siempre se fijaban en Ben;

Nerissa había visto como sucedía una y otra vez. Su atractivo hacía que flotaran hacia él incluso en una habitación abarrotada. Había sentido varias veces una extraña punzada por el efecto que ejercía Ben en otras mujeres, dándose cuenta de que aquella fue su primera reacción hacia él.

No era amor; después de todo, ¿cómo podía serlo? lo que sintió, y aún sentía, fue puro deseo sexual, se despreciaba por ello porque sucedía cada vez que lo veía, incluso en aquellos momentos, cuando se sentía preocupada por Philip.

Siempre había creído que sólo se sentía aquello por el hombre al que se amaba. Aún no sabía exactamente que sentía por Ben, pero no creía que pudiera llamarse amor.

Sin duda, se había vuelto casi imprescindible para ella. Lo quería, pensaba en él cuando no estaba con él, pero no lo entendía como entendía a Philip. No lo conocía como conocía a Philip. El cálido e indudable amor sin palabras que sentía por Philip estaba muy lejos del inquietante poder que Ben ejercía sobre ella.

Si hubiera podido casarse con Philip... Su corazón se encogió al pensar en lo distinta que habría sido su vida.

Pero el destino les jugó una mala pasada; fueron apartados el uno del otro para siempre, sin que quedara esperanza o futuro, para ellos.

-¿Cuánto tiempo llevas aquí? -preguntó Ben secamente, sentándose en el borde de la cama.

Nerissa no pudo mirarlo a los ojos. Al cabo de un momento, susurró:

-Desde el día-que te fuiste a La Haya.

-¿Te llamaron para contarte lo del accidente después de que me fui?

Nerissa tragó con esfuerzo. Un sudor frío cubrió su frente.

-No, me llamaron el día antes.

Ben no se movió ni habló, pero el silencio reinante vibró con violencia. Nerissa permaneció donde estaba, temblando, temiendo mirarlo.

-Y no me lo dijiste -la voz de Ben destrozó los nervios de Nerissa; quiso gritar, pero no pudo-. Dejas que me vaya sin decir palabra y en cuanto salgo por la puerta vienes aquí disparada, sin molestarte en dejarme una nota diciendo dónde estás -se levantó repentinamente y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación. Nerissa casi podía oír la rabia que bullía en su interior.

Aquella era la reacción que había esperado. Sabía lo que sentía Ben respecto a la traición. Su primera esposa tuvo relaciones con su

mejor amigo durante un año antes de que Ben lo averiguara. Un día volvió a casa y se los encontró juntos en la cama. Hubo una lucha entre los dos hombres; Ben mandó a su «amigo» al hospital con la nariz rota. La mujer de Ben se fue con el «amigo» en la ambulancia, acusando a Ben de abusón. Dos años después estaban divorciados; pasaron otros seis años antes de que Ben conociera a Nerissa.

Sabía que aún llevaba consigo la amargura y el desengaño. El día en que Ben vio a su mujer en la cama con su mejor amigo se convirtió en un hombre duro e inexorable, decidido a no a enamorarse nunca más. Todo lo que quería era que le diera placer en la cama. El amor no estaba en el trato.

Se detuvo junto a la cama y la miró con ojos penetrantes.

-,Qué ibas a hacer el fin de semana? ¿Volver conmigo sin mencionar que habías estado fuera? ¿De verdad creías que ibas a poder engañarme?

-¡Por supuesto que no! Sabía que lo averiguarías, de todas formas, puede que Philip siga en ese estado semanas o meses, y yo... -Nerissa se interrumpió, mordiéndose el labio.

-No tenías intención de volver -concluyó Ben por con voz lenta, sin dejar de pensar mientras la miraba- Ibas a quedarte aquí -dijo, pensando en alto-. No tenías intención de volver conmigo.

Nerissa aferró la colcha con fuerza y alzó la barbilla a él, mirándolo con gesto desafiante.

--Él me necesita --susurró-. No puedo dejarlo en ese estado. Y no es sólo por Philip; tia Grace y tío John también me necesitan. Ha sido un golpe muy duro para ellos.

La boca de Ben se curvó en un gesto cruel.

-¡Tío John! -repitió, riendo.

-¡Basta! -exclamó Nerissa, enrojeciendo de rabia.

Ben maldijo entre dientes y se alejó hacia la ventana.

Apartó la cortina y miró al exterior. Un destello de luz gris y lluviosa penetró en la habitación.

-¿Dónde están? He llamado a la puerta y no ha contestado nadie, así que he entrado por la cocina, pero no he visto a nadie abajo.

-Tía Grace sigue en el hospital con Philip. Tío John está en algún lugar en la granja, trabajando. Ha pasado tanto tiempo en el hospital que se ha retrasado en el trabajo. Dice que tendrá que contratar a alguien para que lo ayude una temporada, pero la granja da lo justo para que vivan dos o tres de ella... será una carga muy pesada pagar un sueldo a un trabajador.

-Y, además, odian a los extraños -dijo Ben con rabia; volviéndose a mirarla.

Nerissa se mordió el labio.

-Eso es un poco exagerado. Yo no diría tanto; lo único que sucede es que son... un poco conservadores.

-Me odiaron desde el momento en que me vieron.

-Eso no es cierto. Sólo se... se sorprendieron cuando te traje. No esperaban...

-¿Que encontraras a otro hombre?

-¡Iba a decir a alguien como tú! -replicó Nerissa, airada-. La vida aquí es tan distinta a la de Londres... Tu no puedes comprenderlos; mis tíos no se parecen a ninguna de las personas que sueles tratar -su mirada se suavizó y su voz se llenó de afecto mientras Ben la observaba intensamente, frunciendo el ceño-. Casi nunca conocen a forasteros --continuó Nerissa-. No salen mucho. Yo voy al mercado una vez al mes, y a Durham en Navidad, pero, aparte de eso; casi nunca salgo. Ellos lo más lejos que viajan es a Scatborough, para pasar unos días junto al mar, y eso ni siquiera lo hacen todos los años, cuando Philip puede hacerse cargo de la granja mientras ellos están fuera pueden permitirse el lujo de viajar. Los granjeros de esta zona no ganan lo suficiente para pasar sus vacaciones en el extranjero. Ni siquiera creo que tío John haya estado en Londres alguna vez.

-¿Por qué sigues con esta comedia? –preguntó Ben con dureza –Ya va siendo hora de que todo salga a la luz. ¿Qué sentido tiene seguir con estas mentiras y verdades a medias? Todo este asunto es tan retorcido… Si te enfrentaras a los hechos de una vez tal vez, descubrieras algunas cosas sobre ti misma.

-¿Crees que no lo he hecho? -dijo Nerissa con voz ronca, emocionada-. Cuando lo supe... comprendí que debía irme, y lo hice. Lo sabes muy bien.

Ben hizo una mueca de desagrado.

-¿Cómo pudieron mentirte todo ese tiempo? Eso es lo que no comprendo. Las mentiras. ¿Por qué no pudieron contártelo hace años?

-Por orgullo -dijo Nerissa con tristeza-. Ya te he dicho que no los comprendes. ¿No te das cuenta? Fue su orgullo lo que les impidió decírmelo.

-¿Su orgullo? -estalló Ben-. Te engañaron por egoísmo; creciste sin saber que tu padre vivía, que no había muerto. Si te lo hubieran dicho cuando eras pequeña...

-¡No podían soportar la idea de tener que hacerlo!

-¡Al diablo con lo que no podían soportar! ¿Y qué me dices de ti? Mira lo que te hicieron con su orgullo y sus mentiras. Si se

hubieran preocupado verdaderamente por ti, hace años que te habrían dicho la verdad, y te habrías librado de mucho sufrimiento.

-Si hubieran sabido que iba a ser algo importante para mi vida me lo habrían dicho. ¿Pero cómo podían adivinarlo? No podían ver el futuro.

Los ojos de Ben destellaron desprecio.

-Eres una víctima nata, ¿no? Te hicieran lo que te hicieran, les perdonas. ¿Dónde está tu orgullo, por Dios santo? ¿Dónde está tu auto-estima?

Nerissa observó el rostro duro e implacable de Ben y supo la expresión que debió tener el día que descubrió a Aileen, su primera esposa, en la cama con su amante. Ben no era la clase de hombre que perdonaba fácilmente; en aquel momento terminó su matrimonio. Y aunque le contó lo sucedido cuando se conocieron, no había vuelto a mencionar el nombre de su primera esposa desde entonces. La había arrancado de su vida para siempre.

Nerissa no dudaba que haría lo mismo con ella. Sería muy fácil; Ben nunca, la había amado. Sospechaba que su capacidad de amar había muerto con la traición de Aileen. Una herida fue suficiente para Ben; en aquel momento decidió que nunca más volvería a ser vulnerable a aquel dolor.

-No puedo dejar de quererlos porque fueran humanos -susurró, haciendo un confuso gesto de impotencia con las manos. La colcha cayó a un lado, dejándola medio desnuda, revelando sus hombros desnudos, sus senos, visibles bajo el delicado encaje de la combinación blanca y del sostén a juego que llevaba debajo.

Los ojos de Ben se fijaron rápidamente en ello. Nerissa oyó cómo se aceleraba su respiración a la vez que su propio pulso adquiría un peligroso latido.

Quiso agarrar rápidamente la colcha, pero Ben se le adelantó, apartándola a un lado.

-Oh... -Nerissa fue a protestar, pero fue incapaz de hacerlo al ver la hipnótica mirada con que la observaba Ben.

De pronto estaba muy cerca, a escasos centímetros de ella. Alargó un dedo y le tocó el hombro; deslizándolo hacia abajo por su brazo desnudo, haciendo que la sangre circulara con más rapidez por sus venas.

Sabía en qué estaba pensando Ben, no pudo impedir que su propio deseo despertara para unirse al de él, encendiendo su pálido rostro.

Aquel era el único terreno de encuentro que tenían: el apasionado, ciego e instintivo deseo. Habían acordado desde el

principio que el amor no entraba en su acuerdo. Ben fue muy claro al explicarle los motivos por los que quería casarse con ella. Era un abogado conocido y respetado. Había logrado manejar con discreción el asunto de su divorcio sin que se produjeran demasiados cotilleos, pero sabía que no podía permitirse el lujo de verse envuelto en ningún escándalo, de ser objeto de rumores. Trabajó obsesivamente tras su divorcio; Nerissa sospechaba que trataba de olvidar, de enterrar el recuerdo de su esposa. Pero Ben era un hombre muy sensual y tenía una personalidad compulsiva. Su éxito profesional se había basado en su empuje para lograr lo que se proponía, para conquistar, para poseer. Fue esa determinación la que lo impulsó a hacerse con Nerissa. Fue brutalmente franco con ella. Dijo que no podía pensar ni trabajar a menos que la tuviera, y no de forma esporádica. Ben también era un hombre posesivo. No podía soportar la idea de que Nerissa saliera con otros, de que perteneciera a ningún otro. Él tenía que ser el único hombre en su vida.

No le habló de amor, y eso facilitó las cosas para que Nerissa también fuera franca con él. Le dijo que no tenía amor que darle, que ya lo había dado todo a otro hacía tiempo. Pero le gustaba Ben, admiraba su fuerza de carácter, su irónico humor, su inteligencia, su frío control. Si no le hubiera gustado no habría podido pensar en casarse con él. No necesitó decirle que podía darle la satisfacción física que buscaba porque la antena mental de Ben ya se había dado cuenta de ello hacía tiempo. A veces, Nerissa pensaba que él había sabido que lo deseaba incluso antes que ella misma. La fuerza de la pasión de Ben le dio una liberación que necesitaba desesperadamente.

Pero no podía hacer el amor en aquellos momentos, en aquella casa. ¿Cómo podía esperar Ben que lo hiciera?

Angustiada, dijo:

-¡No, Ben! No puedo...

El rostro de Ben se ensombreció.

-¿Te refieres a que no puedes hacerlo bajo este techo? -preguntó, enfadado.

Nerissa también se enfadó. ¿Como se atrevía a mirarla así; a hablarle con aquel desprecio?

-¿Has olvidado que Philip está muy enfermo? ¿Cómo puedes pensar que me apetezca tener relaciones sexuales sabiendo que en cualquier momento... podría morir? -la voz de Nerissa se rompió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Odiaba mostrar sus emociones ante él; aquellos fríos ojos suyos

la observaban con tal aversión... como si su muestra de dolor fuera de mal gusto. Se cubrió el rostro con las manos y trató de controlarse, reprimiendo sus sollozos. Aspirando con fuerza, Ben la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí. Nerissa se resistió brevemente, temiendo que tratara de hacerle el amor, pero acabó cediendo porque el esfuerzo consumía su reserva de energías y le hacía llorar con más fuerza. Ben le pasó la mano tras la cabeza y le acarició el pelo suave y rítmicamente, como si fuera una niña.

Cuando Nerissa notó que no había nada sensual en su caricia, se relajó contra él, apoyando el rostro contra su pecho.

Cuando dejó de sollozar, Ben le inclinó la cabeza hacia atrás poniendo un dedo bajo su barbilla y miró sus grandes y húmedos ojos.

Se inclinó y besó con suavidad sus temblorosos labios.

-Lo siento, Nerissa. He perdido el control. He olvidado lo enfermo que está Philip y lo disgustada que estás por ello.

Nerissa no recordaba haber oído a Ben disculparse antes. Puede que se burlara del orgullo de sus tíos, pero el suyo no era menor, era un hombre duro y muy seguro de sí mismo al que no le gustaba nada perder un caso.

-¡Trata de oomprender! -dijo Nerissa con voz ronca.-. Ha sido un golpe muy duro, Ben. Si al menos pudiéramos hacer algo, pero sólo podemos sentarnos y verlo cubierto de tubos y vendado como una momia egipcia. No parece Philip el que está en la cama... él está en algún otro lugar, lejos de todos nosotros, donde no podemos alcanzarlo -alzó las manos en un gesto de impotencia-. Su madre se sienta a su lado sin parar de hablar y él no puede oírla, aunque ella está segura de que sí puede. Me rompe el corazón verla; es todo tan inútil...

-No necesariamente -dijo Ben seriamente-. Creo que lo que más necesita un paciente en coma es estimulación, voces familiares, oír su música favorita, los programas de televisión que más le gustan... todo ayuda. Y en cuanto a tu tía, estoy seguro que a ella le viene muy bien estar con su hijo y hablarle, le escuche o no. Puede que pienses que no está haciendo nada útil, pero ella cree que sí y eso la consuela. Así que, en cualquier caso, sus largas charlas no son inútiles.

-Sí, por supuesto --dijo Nerissa, suspirando-. Comprendo todo eso con la cabeza, pero... ¡oh! Supongo que me da miedo tener esperanzas.

Ben la miró a los ojos.

-Has aprendido a no tenerlas -interpretó, con su agudeza

habitual. Nerissa le había contado muy pocas cosas sobre sí misma; no comprendía cómo se las arreglaba para leer su pensamiento con tanta facilidad.

-El destino te golpea cuando menos lo esperas y no puedes hacer nada al respecto -murmuró, mirando al vacío.

-Eso es lo que trataba de hacerte ver -dijo Ben con calma-. Si te lo hubieran dicho cuando eras pequeña no habrías tenido por qué sufrir como sufriste. Todo podría haberse evitado. Fue su orgullo lo que te hizo daño, no el destino.

-Puede que tengas razón -admitió Nerissa, con la cabeza inclinada y el pelo cayéndole sobre el rostro-. Pero son humanos, no son perfectos. Nunca dije que lo fueran. Hicieron lo mejor que pudieron, en circunstancias tan difíciles, y los admiro por la forma en que se enfrentaron a una decisión tan difícil.

-¿Quién creó el dilema?

-Lo sé. Y durante una temporada me sentí amargada y enfadada, pero no se puede apagar el amor como si se tratara de una vela. Seguía queriendo a mis tíos. Cuando pensé sobre ello con más calma, comprendí por qué hicieron lo que hicieron. No podía negarme a perdonarlos; no podía soportar la idea de hacer sufrir a tía Grace.

-Tu tía es una mujer extraordinaria -dijo Ben seriamente-. Si yo hubiera estado en su lugar no creo que me hubiera portado tan bien. Es una especie de santa. Pero sigo pensando que deberían habértelo dicho, dejando a un lado su orgullo.

Nerissa lo miró con gesto irónico.

-Pero tú eres perfecto, ¿no, Ben? Tú nunca cometes errores, nunca perjudicas a nadie y nunca haces nada estúpido o equivocado. Debe ser maravilloso ser tan perfecto, pero las personas normales no suelen lograrlo. Pasan por la vida tratando de hacer lo correcto y fallando todo el rato porque su humanidad se interpone en su camino.

Ben frunció el ceño y su mirada se oscureció.

-No te gusto mucho, ¿no?

Nerissa sostuvo su mirada con gesto desafiante.

-No mucho, en este momento no.

-Pues lo siento, Nerissa -dijo él con voz áspera-, Te guste o no, eres mi esposa y vas a seguir siéndolo. Vas a volver a Londres conmigo.

Nerissa estaba esperando aquello.

-¡Mis tíos me necesitan! ¡No puedo abandonarlos en estas circunstancias!

Ben la miró con dureza.

-Puedes quedarte unos días más, pero yo me quedo contigo. No voy a dejarte aquí sola.

Nerissa sintió un escalofrío. Si Ben se quedaba sabía lo que pasaría; pretendería compartir aquella habitación con ella, aquella cama. Insistiría en hacerle el amor y ella no podía soportar la idea.

-¡Puede que Philip no salga del coma en meses! No puedo volver a Londres dejándolo en ese estado.

-¡No vas a quedarte aquí sola varios meses! ¿Tengo que recordarte que estás casada conmigo, no con él?

-¡Quiero el divorcio, Ben! -dijo Nerissa con firmeza, y la habitación se cargó de una tensión intolerable.

Ben apretó la mandíbula y su boca se curvó en un gesto de crueldad que asustó a Nerissa.

-Lucharé con todas mis fuerzas para impedirlo -dijo-. Emplearé todas las armas que tenga a mi alcance, aunque eso signifique utilizarlo a él. ¿Qué crees que hará eso a tu orgullo familiar?

Capítulo 3

Nerissa se irguió, mirándolo, aturdida.

-No serias capaz -susurró finalmente.

-¿Por qué no? -preguntó Ben con rabia-. Sería la verdad.

-¡Eso es mentira! ¡Te he sido totalmente fiel desde que nos casamos!

-¡Eso depende de lo que entiendas por fidelidad! No dudo que me hayas sido físicamente fiel -la boca de Ben se curvó en un gesto cínico-. Te he mantenido lo suficientemente ocupada en la cama como para que no te quedaran energías para otro.

Nerissa se ruborizó hasta la raíz del pelo.

-Pero hay otras formas de ser infiel; Nerissa, ¿verdad? Me has traicionado en tu corazón cada día de nuestro matrimonio.

-Sabías lo que sentía antes de casarte conmigo. Te dije que no te amaba.

-Pensé que con el tiempo te olvidarías de él, pero no ha sido así, ¿verdad? -dijo Ben con voz ronca-. Cada vez que te tomaba en mis brazos sabía que él estaba en la cama con nosotros. Siempre entre nosotros. ¡A veces incluso tenía la sensación de que sentías que le estabas siendo infiel!

Nerissa se sobresaltó. ¿Cómo lo hacía? Leía sus pensamientos más íntimos como si pudiera meterse en su cabeza.

Ben la observó con cinismo.

-Sí. Lo imaginaba -dijo entre diente--. ¡La única forma de apartarlo de nosotros era haciéndote el amor con tal fuerza que no pudieras pensar en nada más!

Nerissa tembló, recordando aquellas noches en las que Ben le había demostrado una pasión casi brutal.

-Y tú siempre respondías -continuó Ben-. No puedes negarlo.

No, no podía negarlo. De hecho, casi lo había necesitado, aquel deseo que llegaba al borde de la barbarie, conduciendo sus cuerpos a un frenesí de sensualidad.

Ben observó un momento el ruborizado rostro de Nerissa y siguió hablando.

-¡Y ahora quieres que te deje ir para que puedas volver con él! ¡Me parece increíble que pienses que voy a dejarte! Yo mantuve mi parte del trato; nunca te pedí tu amor y no te lo estoy pidiendo ahora, pero todavía te deseo, Nerissa. Aún no me he cansado de tu cuerpo. No vas a dejarme así como así.

-¡No puedes arrastrar a Philip a un caso de divorcio! --dijo

Nerissa, medio rogando, medio acusando-. Sería una mentira, y lo sabes.

-No alegaré que seáis amantes --dijo Ben secamente-. Sólo tengo que decir la verdad; que estás enamorada de él y que me has abandonado para volver a vivir bajo su techo -hizo una pausa y luego añadió con una calma mortal-: Y entonces tendré que explicar por qué me resulta tan inquietante esa circunstancia.

Nerissa lo miró, horrorizada.

-¡No serás capaz! ¡Destruirías a mi familia si hablaras sobre ello en un juzgado!

Ben permaneció impasible.

-Entonces no vuelvas a mencionar el divorcio.

En la planta baja de la casa se oyó un golpe y luego el ruido de unos pasos subiendo las escaleras.

-¿Es tu tío? -murmuró Ben, levantándose.

Nerissa tuvo que tragar con esfuerzo antes de contestar.

-Probablemente -su voz sonaba tan normal; no comprendía cómo era capaz de hablar. Salió de la cama rápidamente y tomó su bata. Ben observó cómo se la ponía sin intentar ayudarla, cosa que ella agradeció. No quería que la tocara. El estómago se le encogía sólo con pensarlo. Se volvió hacia él, atándose el cinturón con manos temblorosas.

-No le digas de qué hemos estado hablando. No le digas nada sobre el divorcio.

Ben la miró a los ojos, pero no contestó. Un segundo después se oyeron los pasos de John Thornton tras la puerta y luego su llamada a la habitación.

-¿Nerissa? ¿Estás despierta? Hay un coche desconocido aparcado en la entrada; ¿ha venido alguien a casa?

Nerissa abrió la puerta.

-Ben está aquí -dijo, y vio la sorpresa reflejada en el rostro de su tío.

-Oh. ¿Es el coche de Ben? -John miró por encima del hombro de Nerissa-. Hola Ben, ¿cómo estás?

Aquellos dos hombres aún eran unos desconocidos, aunque Ben fuera el marido de Nerissa. Las dos semanas que Ben pasó allí antes de que se comprometieran fue un intento para que la familia de ella lo conociera, pero fue Ben el que más aprendió. Era tan rápido captando el ambiente, conectando con lo que la gente pensaba o sentía, con lo que realmente pasaba... No le llevó mucho tiempo desenredar la maraña de su familia.

Su familia era gente de campo, tranquila, apegada a la tierra,

que rumiaba las cosas y las digería antes de llegar a una conclusión. No les gustó Ben. Era un hombre de ciudad, un forastero que no conocía su forma de pensar. Tal vez esperaban que Nerissa eligiera para casarse a un hombre de su clase, no a aquel inteligente e inquietante extraño.

Observándolos mientras se estrechaban la mano, Nerissa notó de repente que había ciertas similitudes entre Ben y su tío. Ambos eran altos, anchos de hombros y estrechos de caderas. Las diferencias eran más sutiles; Ben tenía un empuje del que carecía John Thornton, su rostro era más duro, más decidido.

-Siento enterarme de lo que le ha sucedido a tu hijo -dijo Ben-. Debes estar muy preocupado.

John Thornton asintió sin sonreír y Nerissa intuyó que no le agradaba que Ben hablara de Philip, que no quería hablar de su hijo con el extraño que se había casado con ella.

-Sí -dijo brevemente, cambiando enseguida de tema-. Nerissa nos había dicho que ibas a pasar una semana en La Haya ocupándote de algo relacionado con un caso en el extranjero.

-Sí, es un caso del que se encarga el Tribunal de Derechos Humanos -dijo Ben-. Pero de momento se ha retrasado. Después del primer día decidieron que hacía falta más información sobre ciertos aspectos del caso. Tendré que volver dentro de un mes, más o menos. Aunque la burocracia europea es tan lenta que puede que se retrase aún más.

-A mí me parece que la ley siempre es lenta en todas partes -dijo John Thornton.

Ben sonrió con frialdad.

-Eso me temo.

John Thornton volvió a cambiar de tema.

-¿Has comido? Estaba a punto de servir la cena; mi esposa ha dejado algo para nosotros en el horno. No es nada especial, sólo pollo y verduras, pero hay de sobra para los tres, y mi esposa es una gran cocinera.

-Gracias, estoy seguro de que me encantará -dijo Ben, pero antes de que John se volviera para bajar a la cocina, añadió-: Como no tengo otros compromisos en Londres esta semana había pensado quedarme aquí, si no resulta inconveniente. Sé que Nerissa no querrá irse mientras vuestro hijo siga malo, y como está tan tensa y preocupada creo que debo quedarme aquí con ella. Pero imagino que, dadas las circunstancias, no es lo más conveniente cargaros con la presencia de un invitado; no querría ser una molestia para vosotros. ¿Qué te parece si Nerissa y yo nos trasladamos al pub del

pueblo? Recuerdo que tienen un par de habitaciones para los visitantes.

John Thornton frunció el ceño.

-¡No podemos permitir que tú y Nerissa hagáis eso! -dijo, mirando a Ben con cara de pocos amigos--. ¡Qué dirían en el pueblo! No, muchacho. Os quedáis aquí; hay sitio de sobra.

-Gracias -dijo Ben educadamente-. Estoy seguro de que tienes razón. Puede que no cause buena impresión que nos quedemos en otro sitio. En ese caso, me gustaría hacer algo útil mientras estoy aquí. Puedo cocinar y fregar, e incluso pasar la aspiradora por la casa o dar de comer a los animales, si me enseñas -sonrió mirando al hombre mayor-. Pero tengo que decir que la cama de esta habitación es un poco pequeña.

Nerissa se puso colorada como un tomate.

John Thornton miró la cama e hizo una mueca.

-Tienes razón. Lo es.

-No sería demasiado cómodo estar apretujados en una cama de ese tamaño -murmuró Ben y John rió.

-Ya haremos algo al respecto. Hay sitio de sobra para otra cama en esta habitación y hay una que está libre; lleva tiempo sin usarse, pero podemos airearla unas horas frente a la chimenea y colocarla, junto a esta. ¿Qué te parece?

Nerissa se mordió la parte interior del labio para reprimir un grito de protesta.

Estaba indefensa; Ben sabía que no se atrevería a decir nada con su tío allí delante. La aterrorizaba sacar a la luz la realidad de la situación y él lo sabía.

-Me parece perfecto, gracias -dijo Ben, sonriendo--. ¿Puedo ayudarte a traer la cama aquí?

-Me vendrá bien que me eches una mano; la cama es metálica y pesada. Será mejor que lo hagamos ahora.

-Nerissa, anima el fuego, cariño. ¡Está a punto de apagarse!

John Thornton y Ben salieron de la habitación y Nerissa se acercó a la chimenea. Removió las brasas con cuidado, eligió un par de troncos y los colocó en el hogar. Luego tomó el antiguo fuelle que colgaba a un lado de la chimenea y lo utilizó para avivar el fuego. Los hombres volvieron al cabo de un momento con la cama.

Nerissa colocó una silla a cierta distancia de la chimenea y el colchón fue colocado frente a ésta. Ben y John montaron el armazón de bronce de la antigua cama. Era de la época victoria y brillaba como el oro tras las innumerables veces que había sido frotada.

Cuando la cama estuvo lista, John Thornton la contempló con gesto de aprobación.

-Así está bien. Nerissa sabe dónde guarda mi mujer los juegos de cama. Yo voy a bajar a vigilar el horno. Será mejor que te vistas, Nerissa. Os espero abajo dentro de diez minutos, ¿de acuerdo?

John salió, cerrando la puerta a sus espaldas. Nerissa sintió que sus nervios se alteraban al quedarse a solas con Ben en la habitación que iba a compartir con él, muy a su pesar.

Ben se arrojó en la cama de Nerissa. Apoyó la cabeza en una mano y la miró perezosamente.

-¿Por qué no bajas y bebes algo antes de comer? -preguntó Nerissa.

Ben sonrió sarcásticamente.

-Prefiero quedarme a ver cómo te vistes.

-¡Pues yo no quiero que me mires! --dijo Nerissa, enfadada.

-Ya lo sé -dijo Ben, arrastrando las palabras.

-¿Es que no tengo derecho a un poco de intimidad? -murmuró Nerissa, agarrando su ropa y dirigiéndose a la puerta.

-¿A dónde vas? -Ben saltó de la cama y se situó entre ella y la puerta en una fracción de segundo.

Nerissa se detuvo y lo miró con gesto de rebeldía.

-Al baño.

Ben le quitó la ropa de las manos antes de que ella pudiera impedirlo.

-Puedes ir al baño, pero tienes que volver aquí a cambiarte.

-¿Por qué estás haciendo esto? -preguntó Nerissa, irritada-. Me he vestido y desvestido delante de ti cientos de veces. ¿Por qué insistes en mirarme ahora?

Ben la miró a los ojos con gesto frío y burlón.

-Porque tú no quieres que lo haga.

Nerissa contuvo el aliento y se mordió el labio inferior.

-Cuando nos, casamos eras muy tímida e inhibida, pero ya superamos esa fase, ¿recuerdas? -continuó Ben-. Hace meses que no te importa que te vea desnuda y ya has dejado de ruborizarte cada vez que me desnudo delante de ti. De pronto estás aquí y vuelves a comportarte como hace seis meses. Y los dos sabemos por qué, ¿verdad?

Nerissa no podía soportar hablar más de aquel tema. Pasó junto a Ben con decisión y abrió la puerta, temiendo que la detuviera en cualquier momento. Pero no lo hizo. Permaneció donde estaba, mirando cómo salía.

A salvo en el baño, se sentó en el borde de la bañera y pensó en

su situación con una creciente sensación de pánico. Ben era implacable y despiadado. Iba a castigarla por lo que consideraba una infidelidad, una traición del corazón, no del cuerpo.

Sabía lo que Ben sentía respecto a la traición. Por el oscuro brillo de sus ojos sabía que se había sentido profundamente herido en su orgullo, casi tanto como cuando su esposa lo engañó.

Ben odiaba la idea de que la gente se riera de él, sobre todo ahora que había llegado a tener un nombre en el mundo del derecho. En los últimos años había sido objeto del interés de la prensa en numerosas ocasiones porque se había ocupado de varios casos famosos, incluyendo el de una mujer acusada de matar a su brutal marido. Aquel caso ocupó los titulares varias semanas; la convincente defensa de Ben atrajo la atención de los periodistas y su posterior boda también tuvo resonancia en la prensa. Su matrimonio también provocó numerosas especulaciones entre sus amigos; todos esperaban que se casara con alguien de su mundo; con dinero y posición, alguien que lo ayudara a llegar a lo más alto. Nerissa fue una sorpresa para ellos. Era una persona desconocida y, sin dinero; no encajaba en su mundo.

Pero Ben se casó con ella, ignorando la reacción de todos los que lo rodeaban. Ahora, si ella lo dejaba, se sentiría humillado, y no faltaría gente dispuesta a reírse de él a sus espaldas. A Ben no le gustaría nada aquello. Odiaba el fracaso; no podía soportar no ganar en el juzgado. Luchaba hasta el último segundo para lograr un veredicto favorable a su cliente.

En esta ocasión él era su propio cliente y necesitaba ganar por razones más complejas que las habituales.

Nerissa contempló su reflejo en el espejo del baño; sus ojos estaban ensombrecidos por el dolor, el temor y la preocupación. «¡Yo no le mentí!», pensó, enfadada. « Le dije que no lo amaba cuando me pidió que me casara con él. Y cuando adivinó lo de Philip dijo que comprendía y que no me pediría nada que no pudiera darle; quería mi cuerpo, no mi corazón. El tampoco pretendió amarme».

¿Por qué no dejaba que se fuera?

¡Por su ego!, pensó Nerissa. ¡Su maravilloso ego! Nadie podía hacer quedar mal a Ben Havelock, el gran abogado. Tenía un sentido muy fuerte de su identidad. Con razón. Era una figura pública con un gran futuro ante sí. El Cruzado con la lengua de oro, lo habían llamado en un periódico hacía unos meses, cuando ganó un caso por el que sólo obtuvo el dinero asignado a los abogados de oficio. Conmovido por la desesperada situación de un niño, decidió

aceptar el caso.

Nerissa no podía negar que Ben tenía corazón además de cerebro, pero también era cierto que nunca había dejado que las emociones afloraran en su matrimonio. Lo que él quiso, y ella le dio, fue la sensualidad de sus noches juntos.

Nerissa apartó la mirada del espejo y frunció el ceño. Todo aquello era cierto, pero había un aspecto de la verdad que ella no estaba admitiendo, y lo sabía.

Cuando recibió la llamada comunicándole que Philip estaba en coma no se lo dijo a Ben porque temió que le impidiera ir. Sus instintos, su intuición femenina, le advirtieron que a Ben no le iba a hacer gracia que fuera corriendo junto a Philip, estuviera o no enfermo. Por eso no había dicho nada, por eso había ido en secreto, sabiendo que Ben averiguaría antes o después dónde estaba.

Al pensar en las posibles reacciones de Ben había adivinado que iba a enfadarse mucho con ella, pero se equivocó al suponer lo que haría al encontrarla. Creyó que acabaría con su matrimonio allí mismo, que le diría que no volviera, que iba a divorciarse de ella. Pensó que su orgullo le haría romper con ella; pero, en esa ocasión, su orgullo estaba teniendo un efecto muy distinto.

Volvió a mirarse en el espejo. ¿Y ella? ¿Qué quería?

Después de todo, nada había cambiado. El fondo de su situación seguía siendo el mismo. Se casó con Ben porque se sentía sola y perdida en Londres, y no conocía a casi nadie. Sus ojos azules lanzaron una mirada de enfado a su reflejo. «¡Y porque lo deseabas!», pensó. ¿Por qué no reconocerlo?

«Cada vez que te besaba, que te tocaba, cada vez que te hacía el amor, querías más».

Había descubierto que el placer era adictivo. Mientras estaba con Ben en la cama podía olvidar todo lo demás. En la pequeña muerte del orgasmo alcanzaba un dulce olvido hasta que terminaba y tenía que volver a la tierra y recordar.

Tal vez no fuera una razón lo suficientemente buena como para casarse con alguien a quien no amaba: Pero su futuro había parecido tan desolador, tan vacío, y Ben le ofreció un hogar, además de compañía. Y, a fin de cuentas, ella estaba separada del hombre al que amaba por un abismo insalvable. No podía casarse con él y sabía que nunca querría casarse con ningún otro por amor. El amor no volvería a ser una de sus opciones.

No tenía intención de volverse a enamorar. Se lo dijo a Ben y él

le contestó que sentía lo mismo. Su primer matrimonio lo había curado de volver a enamorarse. En realidad, tenían mucho en común, comentó irónicamente.

Así que le dijo que sí a Ben y las cosas salieron bien, como él había profetizado. Hasta ahora.

Ambos estaban muy metidos en sus trabajos. Ben trabajaba mucho; a veces, hasta altas horas de la noche. En algunas ocasiones tenía que ausentarse de casa varios días, pero trataba de mantener un mínimo de vida social y prefería pasar, sus ratos libre con Nerissa. Siempre era generoso con ella, comprándole vestidos para llevar en ocasiones especiales, regalándole flores a menudo, y también alguna joya de vez en cuando para celebrar la victoria en alguno de sus casos.

El trabajo de Nerissa no era tan espectacular como el de Ben, pero a ella le gustaba y ganaba un buen sueldo. Trabajaba para una empresa especializada en diseño de muebles para oficina. Nerissa era una de las vendedoras de la empresa que más éxito tenía. Se encargaba de sugerir a los clientes los muebles que mejor irían a sus despachos. Si conseguía un contrato, se encargaba de tomar todas las medidas necesarias hasta que el despacho quedaba debidamente amueblado.

Ben no estaba seguro de que le gustara aquel trabajo tanto como a ella. Nerissa debía mostrarse demasiado amistosa, simpática y comprensiva con sus clientes.

-Te usan como cebo -le dijo una vez en tono hostil-. Te tienen para seducir a los clientes. Por eso no contratan hombres en la sección de ventas. Cambia de trabajo, Nerissa. No es adecuado para ti.

Pero a ella le gustaba su trabajo y la gente para la que trabajaba; tenía los días tan ocupados como Ben y nunca se aburría.

A lo largo de los meses habían llegado a conseguir un frágil pero agradable entendimiento. El accidente de Philip lo había desbaratado. Si se recuperaba, ella se quedaría para ayudar a sus padres a cuidarlo, pero no podría quedarse para siempre; tendría que irse de nuevo.

¿Pero para qué? ¿Para volver a vivir sola, con todo lo que eso significaba? Londres debía ser el lugar más solitario del mundo en aquellas circunstancias. Nerissa era tímida y le costaba hacer amigos. No le había gustado nada vivir sola en aquella gran ciudad; chocando con los hombros de desconocidos día tras día, volviendo a un vacío y pequeño apartamento, tumbándose a solas en la oscuridad, temerosa de cada ruido, de cada sombra.

¿Pero qué alternativa tenía? ¿Volver con Ben? Gruñó en alto, mirándose al espejo como tratando de leer en sus propios ojos lo que realmente pensaba, lo que realmente quería.

Ben acababa de decir cosas que la habían inquietado, preocupado. Aún no lo conocía de verdad. La secreta oscuridad que lo rodeaba era más profunda de lo que había imaginado.

¿Pero qué sentido tenía pensar en todo aquello? No lo sabía. No lograba decidir qué hacer. Tendría que esperar para tomar una decisión; al menos, hasta que Philip saliera del coma. Si salía, añadió su mente, produciéndole un sobresalto.

Se lavó rápidamente las manos y los dientes, se cepilló el pelo y volvió a la habitación.

Ben se había vuelto a tumbar en la cama. Había doblado cuidadosamente la ropa de Nerissa en un extremo.

Evitando la mirada de su marido, Nerissa fue a tomarla y se sentó en una silla para cambiarse de medias y braguitas antes de quitarse el camisón. Ben no dejó de mirarla. Ella sintió deseos de pegarle; su descarada mirada le producía un hormigueo en la piel. «¡Ignóralo!», se dijo. «Sólo lo está haciendo para fastidiarte; no dejes que lo consiga».

Se quitó el camisón y se levantó para ponerse una falda negra y un jersey rosa. Mientras ceñía un cinturón en torno a su esbelta cintura, Ben aplaudió lenta e irónicamente.

Nerissa le lanzó una mirada furiosa.

-No ha sido la mejor interpretación del mundo; podría haber sido más sexy y menos inhibida, pero lo he pasado bien -se burló Ben.

-¿Por qué no me dejas en paz? --dijo Nerissa con rabia.

Los ojos de Ben brillaron.

-Nunca haré eso, Nerissa. No mientras te quiera en mi cama.

Se miraron el uno al otro como duelistas con las espadas entrecruzadas, pero sin que desapareciera aquel constante y enloquecedor destello de sexualidad entre ellos, como si la habitación estuviera iluminada por rayos, no por el fuego de la chimenea.

-Y te deseo -susurró Ben, haciendo que un escalofrío de excitación recorriera la espalda de Nerissa-. Ahora, Nerissa, te deseo ahora.

La voz de John Thornton llegó de la planta baja.

-¡La cena está servida!

Nerissa salió silenciosamente de la habitación y se dirigió a las escaleras tratando de no pensar en lo que Ben acababa de decir. Él

la siguió lentamente hasta la planta baja. Tenerlo allí, bajo aquel techo, le hacía sentirse rara. La presencia de Ben interfería con los recuerdos de los años que pasó allí con Philip, subiendo y bajando aquellas mismas escaleras; escapando a las colinas y a los páramos. Aquellos años se conservaban en su mente como un estanque de agua pura y cristalina; el reflejo de Ben en la superficie rompía la calma del estanque, superponía su imagen a los recuerdos que tenía de Philip.

¿Lo hacía a propósito?, se preguntó Nerissa. ¿Era eso lo que pretendía? ¿Por eso la había seguido hasta allí? Empezaba a pensar que ése era el motivo de su presencia. Al principio, cuando Ben averiguó lo de Plilip, mucho antes de que se comprometieran, se mostró muy comprensivo con los sentimientos de Nerissa. Le aseguró que no le importaba si amaba a otro; lo único que quería era que le diera placer en la cama.

Nerissa no pensó ni por un momento que Ben estuviera enamorado de ella. No; era su negro orgullo lo que lo impulsaba, no el amor. Ella era su esposa. Esperaba poseerla por completo, en cuerpo y alma. La esposa de Ben Havelock no podía pensar en otros hombres o amenazar su posición en el mundo de ninguna manera. Podía amenazarlo con el divorcio, cosa que no le gustaría nada; no sólo la publicidad, aunque ésta podría perjudicar su carrera si se divorciaba por segunda vez, sino sobre todo la idea de que todo el mundo supiera que su segunda mujer también lo había dejado por otro.

-Ya está -dijo su tío, mirando la mesa dispuesta-. Será mejor que comamos antes de que se enfríe la comida.

-Siento el retraso -murmuró Nerissa, sentándose a la mesa. Al percibir el aroma de los alimentos se dio cuenta de que tenía hambre-. Mmn... que olor más bueno.

-Grace hace muy bien el pollo -dijo John, mirando a Ben con orgullo-. Mi esposa es una maravillosa cocinera.

-Tu esposa es una mujer maravillosa -replicó Ben con un claro matiz irónico.

John Thornton se puso rígido, se ruborizó y lanzó una mirada de reproche a Nerissa. Pero ésta no pudo responder a aquella mirada; no podía decir delante de Ben que ella no le había dicho nada, que él lo había adivinado, que lo sentía.

Tras un silencio cargado de tensión, John Thornton asintió y dijo en tono solemne:

-Tienes razón, lo es. -a continuación señaló la fuente que ocupaba el centro de la mesa-. Servíos vosotros mismos.

Comieron en silencio. El pollo estaba muy tierno y delicadamente condimentado con cebolla, zanahorias y puerros, y acompañado de arroz y guisantes.

Ben insistió en recoger la mesa y poner el lavavajillas mientras Nerissa preparaba el café. Grace Thornton llegó del hospital mientras lo bebían. Al ver a Ben no ocultó su sorpresa.

Ben se levantó y la besó en la mejilla.

-Hola, Grace. ¿Cómo estás?

-Sobreviviré --dijo ella, encogiéndose de hombre-. Nerissa no nos dijo que ibas a venir. Dijo que estabas fuera, trabajando.

-Estaba. Mi caso en La Haya se ha pospuesto y he venido a reunirme con Nerissa. Siento mucho lo del accidente de tu hijo. ¿Cómo estaba cuando lo has dejado?

Grace sonrió con gesto cansado.

-Me temo que no ha habido ningún cambio, pero los médicos parecen bastante satisfechos con su estado, aparte del coma. Dicen que si lográramos despertarlo se recuperaría pronto. Físicamente, ha reaccionado muy bien a la cirugía -miró en torno a la cocina-. ¿Habéis cenado ya?

-Sí. El pollo estaba delicioso, perfectamente cocinado. Tío John ha hecho arroz y guisantes para acompañarlo -dijo Nerissa-. Hemos dejado un poco para ti; está en el horno. Siéntate Tía Grace. Yo te lo sirvo.

Dando un suspiro, Grace Thornton se sentó y Nerissa le sirvió el resto del pollo.

-Acabo de darme cuenta del hambre que tengo--dijo Grace, aspirando el aroma de la comida

-Pareces cansada -dijo Ben y Grace lo miró de soslayo.

-Estoy agotada. Y lo irónico es que no he hecho nada en todo el día. Sólo estar sentada en una silla junto a la cama de Philip, hablando.

-Tal vez deberías descansar más -dijo Ben con amabilidad-, pasar menos tiempo en el hospital.

-Eso mismo le digo yo -dijo John Thornton-. No puede seguir así mucho tiempo.

-Estoy perfectamente -protestó Gres.

-¿Qué le pasaría a tu hijo si te vinieras abajo? --preguntó Ben.

Grace Thornton desestimó aquella posibilidad con un gesto de la mano.

-Eso no sucederá.

Ben la observó un momento, ladeando su oscura cabeza. Luego sonrió cálidamente.

-No, creo que no -dijo-. Eres una mujer dura, ¿verdad?

Grace rió.

-No me ha quedado más remedio que serlo.

John Thornton respiró audiblemente, con el rostro tenso.

-Será mejor que suba a hacerte la cama -dijo rápidamente Nerissa, sin mirar a Ben-. El colchón ya debe estar bien aireado -miró a su tía y explicó-: Hemos sacado la cama de bronce del cuarto vacío. El colchón ha estado frente al fuego las dos últimas horas.

-Espera a que termine de cenar y te echaré una mano para hacer la cama -dijo Grace, pero Ben se levantó de inmediato.

-Yo la ayudaré; tú quédate donde estás y descansa -dijo-. He hecho un viaje muy largo desde Londres y creo que voy a irme directamente a la cama. Buenas noches.

-Buenas noches -dijo Nerissa roncamente, evitando mirar a sus tíos, como si temiera que pudieran leer en sus ojos lo que estaba pensando.

El momento había llegado; la noche se cernía sobre ella. El pánico y una salvaje excitación recorrieron sus venas. Temía a Ben y lo deseaba, pero, por encima de todo, se sentía muy incomoda ante la perspectiva de hacer el amor con él bajo aquel techo.

Aquella casa era el hogar de Philip. Ella y Ben nunca habían hecho el amor allí. Nerissa no creía poder soportarlo; no con la muerte rondando a Philip y los recuerdos que se agolpaban en torno a ella como mariposas nocturnas a una llama.

Sacó sábanas y una funda de almohada del armario en el que estaba la ropa de cama y la preparó con la ayuda de Ben. Luego tomó su camisón y fue al baño a lavarse y cepillarse los dientes.

Ben la observó irónicamente cuando volvió, deslizando la mirada por el camisón de algodón estilo victoriano que llevaba puesto.

-No te duermas. Estaré de vuelta en un minuto-dijo antes de entrar en el baño.

Nerissa apagó la luz y se acurrucó bajo las mantas tirando de ellas hasta su barbilla y volviéndose hacia la pared, de manera que su espalda estuviera hacia Ben cuanto este saliera del baño.

Apenas había tenido tiempo de acomodarse cuando la puerta volvió a abrirse. Ben se detuvo en seco al ver la luz apagada y luego cerró la puerta silenciosamente. El corazón de Nerissa empezó a latir tan rápido que se sintió enferma. Permaneció tumbada en la oscuridad, escuchando intensamente mientras Ben cruzaba la habitación.

Se colocó junto a las dos camas y, por un momento, Nerissa

pensó que iba a meterse en la suya, pero se sentó en la de ella.

-¿En tu cama o en la mía?

Nerissa notó que se le erizaba el vello de la nuca.

-Estoy casi dormida -susurró roncamente-. Estoy tan cansada, Ben... Esta noche no, por favor.

-Muévete -dijo él, apartando las mantas y metiéndose en la cama junto a ella.

Nerissa tembló al sentir el cálido contacto del cuerpo de Ben junto al suyo. La rodeó por la cintura con un brazo y apartó con el rostro el pelo de su cuello para besarla en la sensible piel de la nuca. Un hormigueo de excitación recorrió la piel de Nerissa cuando Ben subió las manos lentamente y las apoyó sobre sus senos:

El calor de sus palmas atravesó el delgado algodóndel camisón.

Nerissa sintió que se le secaba la boca. Cerró los ojos; estaba temblando y el calor aumentaba entre sus muslos.

Lo deseaba; siempre le sucedía cuando la tocaba. Su cuerpo lo encontraba irresistible. Pero si Ben le hacía el amor allí, esa noche, en aquella habitación, en el hogar de Philip, destruiría el delicado equilibrio de su vida.

Una cosa era casarse con Ben, vivir con él, dormir con él todas las noches, en Londres. Londres era otro mundo, otro planeta. Lo que sucedía allí no afectaba al lugar en el que estaban en ésos momentos.

Allí era donde ella y Philip crecieron. Era un precioso globo de cristal que contenía un mundo encantado que nunca cambiaría, que conservaría siempre una felicidad recordada que era a la vez real e ilusoria.

Si Ben le hacía el amor esa noche, rompería aquel globo; la vida desaparecería en aquel mundo encantado y Nerissa no podría soportarlo.

La rabia se acumuló en su interior y se apartó de los brazos de Ben. Se irguió en la cama y encendió la luz de la mesilla.

Ben permaneció tumbado, mirándola, con los ojos entrecerrados e intensos.

-¡Ya te lo he dicho! ¡No quiero hacer el amor esta noche! -dijo Nerissa con voz ronca.

-Pero yo sí -replicó Ben entre dientes. Alargó el brazo y volvió a apagar la luz; la oscuridad envolvió a Nerissa-. Y por una vez -continuó él con aspereza-, no pienso compartir mi cama con el amante de tus sueños. ¡Esta noche sólo vamos a ser tú y yo!

Cuando fue a agarrarla, Nerissa trató de apartarse, pero Ben fue más rápido. La tumbó sobre la cama y se colocó encima de ella.

Nerissa jadeó al sentir el impacto su cuerpo. Un segundo después sintió la boca de Ben sobre la suya.

Sus labios se habían entreabierto en aquel jadeo; no pudo evitar que, Ben la invadiera con su lengua. No pudo luchar contra la fiera e insistente exigencia de aquel largo beso; casi la estaba ahogando. Su cabeza empezó a dar vueltas; sintió que estaba a punto de desmayarse.

Ben deslizó las manos por su cuerpo, explorándolo bajo los suaves pliegues del camisón; tiró de éste hacia arriba y la acarició íntimamente, atormentándola con las yemas de sus dedos.

Nerissa gimió bajo su boca, arqueándose hacia él, prisionera de sus instintos. Ya hacía meses que Ben era su amante; conocía tan bien su cuerpo como ella el de él. Sabia exactamente cómo tocarla, como excitar su sensualidad, como hacerla responder, y sus senos estaban plenos y palpitantes mientras Ben los besaba, haciendo que sus oscuros pezones se endurecieran.

Alzó la cabeza y la miró con ojos brillantes y la respiración entrecortada.

-¡Dime ahora que no me deseas!

Nerissa fue incapaz de decir nada, temblando, ruborizada y sin aliento, y Ben no esperó a que se recuperara.

De pronto, estaba desnudo; volvió a tumbarse sobre ella, separándole las piernas, colocándose entre ellas, revelando la urgencia de su cuerpo. Deslizó las manos por sus nalgas, acariciándolas con fuerza; la alzó y la penetró, y Nerissa cedió con un gemido salvaje, arqueando su cuerpo instintivamente para recibirlo.

Desde el principio fue así; la sensación de tener a Ben en su interior le hacía sentirse completa de una forma que no podía entender, pero que tampoco podía negar.

Era posible que amara a otro, pero su cuerpo necesitaba a Ben como si fuera una parte de ella que le faltara y lo necesitara para estar cómoda, se había despreciado por sentir aquello por un hombre al que no amaba como a Philip; no comprendía por qué podía hacerle Ben siempre aquello a pesar de que su mente decía que no; pero sucedía cada vez... estaba sucediendo en esos momentos.

Ben se movió dentro de ella, llevándola hacia el florecimiento de su placer con vigorosos movimientos, despertando en Nerissa un primitivo impulso que enlazaba con el de él; cuanto más fieramente la penetraba, más placer le daba. Nerissa salió al encuentro de sus profundas acometidas, atrayéndolo hacia sí, rodeándole la espalda

con los brazos, clavándole las uñas en la carne. Cuando hacían el amor siempre le dejaba marcas en las espalda; la primera vez que sucedió se sintió abochornada y sorprendida, pues no se había dado cuenta de lo que estaba haciendo, pero Ben le lanzó una velada mirada de ánimo cargada de sensualidad.

-Lo siento; no sabía lo que estaba haciendo. Debo haberme vuelto loca -susurró ella, y él sonrió extrañamente.

-No te disculpes. Quería que te volvieras loca. Me gustas así.

Y también le gustaba ahora. Nerissa oyó sus pequeños jadeos de placer, pero, en esos momentos, ella ya había dejado de preocuparse por nada. El ritmo salvaje y compulsivo crecía y crecía; sus cuerpos se estaban transformando en una sola carne, su sudor en uno sólo.

Era como ser consumido por el fuego. Nerissa sintió su cuerpo retorciéndose en las llamas a la vez que un deseo agónico se agitaba en su interior; Ben jadeaba entre sus brazos como un hombre sediento y sus largos gruñidos de placer eran como gritos de dolor.

Después permanecieron tumbados en un silencio que contenía ecos de los sonidos que acababan de hacer. Nerissa volvió poco a poco a la realidad, a través de graduales estadios de sensualidad, sintiendo que su cuerpo se enfriaba poco a poco, al igual que su mente.

La habitación de sus tíos estaba al otro lado del pasillo; ¡seguro que los habían oído! El mero pensamiento de que alguien pudiera oír sus gemidos le hizo sentirse enferma.

Pero aún era peor saber que el encantamiento de su pasado había sido roto. Era lo que Ben pretendía, y lo había logrado. Nerissa sentía que acababa de traicionar a Philip entre sus brazos; que había roto las ilusiones doradas de su infancia, las punzadas del primer amor, el dolor de la separación, cuyo único consuelo había sido el sentimiento de íntima fidelidad. Lo había traicionado todo y nunca volvería a ser lo mismo. El encantamiento había terminado, el embrujo se había roto.

Deseó estar muerta.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, Nerissa despertó bruscamente al oír el timbre del teléfono en la planta baja.

Su adormecido cerebro registró el sonido como el de la alarma de un despertador; saltó de la cama y sólo al estar de pie comprendió qué la había despertado, dónde estaba, y, sorprendida, que se hallaba completamente desnuda.

Entonces recordó la noche anterior.

Vio su camisón en el suelo y se lo puso rápidamente, temiendo que Ben la estuviera observando.

Pero no era así. Estaba en su cama, dormido, con su morena cabeza plácidamente apoyada en la almohada. Paría más joven cuando dormía; Nerissa no se había fijado en ello hasta ese momento. Lo contempló, asimilando el cambio que se había producido en él; su poderoso rostro parecía el de un muchacho y sus mejillas estaban ligeramente ruborizadas por el sueño.

Nerissa sintió un extraño remordimiento. Apartó rápidamente la mirada y entonces se dio cuenta de que el teléfono seguía sonando. Nadie había respondido. Era extraño, porque a esa hora sus tíos ya solían estar levantados. Al mirar su reloj vio que eran más de las ocho y media.

Era posible que tía Grace estuviera ya en el hospital y tío John hubiera salido para hacer algún trabajo en la granja. Debían haber salido sin hacer ningún ruido para que ellos siguieran durmiendo tranquilos.

Tomó la bata de detrás de la puerta, se la echó sobre los hombros y bajó las escaleras.

Fuera quien fuera el que llamaba estaba siendo muy insistente, y eso le preocupaba. ¿Habría empeorado Philip? ¿O habría... ? ¡No! Se negaba a pensar en algo peor

-¿Hola?

-Hola. Usted no es la señora Thornton, ¿verdad? ¿Es su sobrina?

-Sí, soy Nerissa Havelock -la voz le resultaba vagamente familiar, pero no podía recordar de dónde la conocía.

-Oh, hola -la voz al otro lado de la línea adquirió un tono de simpatía-. Creía haberla reconocido. Soy la enfermera Courtney.

El corazón de Nerissa estuvo apunto de detenerse.

-Oh, sí -dijo tras reponerse-. ¿Ha... ha sucedido algo?

Nerissa oyó a sus espaldas un ruido en la escalera. Al volverse vio a su tía en ella, con su bata verde de siempre, aferrada a la

barandilla, pálida de temor.

Quiso correr a consolarla, pero entonces comprendió lo que le estaban diciendo y aferró el auricular con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

-¡No se preocupe tanto! ¡No son malas noticias! -dijo la enfermera Courtney, riendo-. De hecho, es lo contrario. ¡Acaba de abrir los ojos! Hace diez minutos, mientras le lavaba la cara. Estaba hablándole, diciéndole que necesitaba otro afeitado y haciendo bromas tontas sobre lo rápido que le crecía la barba, cuando de repente ha abierto los ojos, me ha mirado y ha dicho algo como «Siento ser una molestia», o algo parecido. ¡Casi me desmayo en el sitio!

Nerissa se apoyó contra la pared para evitar caerse.

-Oh, Dios -dijo con voz temblorosa.

Grace Thornton estaba junto a ella.

-¿Qué? ¿Qué? -preguntó, frenética-. ¿Qué te han dicho, Nerissa?

-Ha salido del coma -contestó Nerissa, riendo y llorando al mismo tiempo mientras le alcanzaba el auricular a su tía.

-¿Ha salido del coma? -repitió Grace, temerosa de no haber entendido bien-. ¡Oh, Nerissa! -se llevó el auricular a la oreja-. ¿Hola? ¿Enfermera? Soy Grace Thornton.

Nerissa vio por el rabillo del ojo que Ben bajaba las escaleras y se encaminaba hacia ellas. Estaba en pijama y llevaba echada sobre los hombros una bata marrón que Nerissa le había regalado hacía dos meses, por su cumpleaños. El rubor que tenía su rostro mientras dormía había desaparecido. De hecho, estaba bastante pálido, pensó Nerissa frunciendo el ceño.

Parecía casi tan sorprendido como ella se sentía.

Debía haberse despertado al oír las voces; era evidente que había oído lo que Nerissa acababa de decirle a su tía. Sus ojos se encontraron; la dura mirada de Ben buscó en el rostro de Nerissa indicios de lo que estaba pensando. Ella apartó la mirada, negándose a dejarle leer en su rostro como si fuera un libro abierto.

Ni siquiera ella misma estaba segura de lo que pensaba todavía. De momento, sólo sentía una gran alegría al saber que Philip había recuperado la conciencia, y también se alegraba por sus tíos y por el alivio que la noticia suponía para la tensión que habían experimentado durante aquellos días.

Nerissa fue a la cocina. Sentía que le faltaba azúcar en la sangre; necesitaba una rápida inyección de energía.

Se concentró en detalles triviales para tratar de tranquilizarse. Moviéndose lentamente, casi como un robot, llenó la cafetera, sacó

platos y tazas y preparó la mesa para el desayuno. En el fregadero había una taza y un cuenco usados y supuso que tío John habría bajado temprano esa mañana para salir a trabajar.

Evidentemente, tía Grace se había quedado dormida; ¿o habría desconectado tío John el despertador para que descansara un rato más? A Nerissa no le sorprendería. Su tía parecía agotada la noche anterior.

Si no hubiera dormido hasta tan tarde, a esas horas estaría en el hospital. Tal vez debería haber estado allí cuando su hijo despertó. Después de haber pasado tantas horas a su lado sin parar de hablarle, resultaba irónico que Philip hubiera salido del coma durante su ausencia.

Aquel pensamiento entristeció a Nerissa. Tía Grace merecía haber estado allí cuando su hijo despertó. El destino siempre jugaba aquella clase de malas pasadas a la gente.

Mientras Grace seguía hablando con la enfermera por teléfono, Ben entró en la cocina, cerró la puerta y se apoyó en ella.

-Así que por fin ha salido del coma -dijo, cruzándose de brazos-. ¿Saben ya si ha sufrido algún daño en el cerebro?

La pregunta sobresaltó a Nerissa; frunció el ceño. Era una posibilidad y debían enfrentarse a ella. Philip había sufrido heridas graves y había estado en coma varios días; ¿volvería a ser el mismo? ¿Y si se convertía en un vegetal humano para el resto de su vida?

Miró enfadada a Ben. ¿Por qué tenía que sacar aquel tema? ¿No podía permitirles unos momentos de alegría?

El café empezó a salir. Nerissa se volvió para apagar el fuego.

-¿Qué quieres para desayunar? -preguntó con frialdad-. ¿Te preparo huevos con beicon y setas?

-¿Qué vas a tomar tú?

-Todavía no lo he pensado. No tengo hambre.

-Supongo que estás demasiado feliz -dijo Ben, y Nerissa sintió un escalofrío en la espalda al percibir el tono de su voz. Pero no estaba dispuesta a reaccionar, a dejarle ver que sus pequeñas punzadas le hacían daño.

A veces llegaba a pensar que no le gustaba. Era posible que la deseara, pero también había una oscura hostilidad oculta bajo la burlona forma con que la observaba a veces. Ben era un hombre orgulloso y duro, que ejercía un férreo control sobre sí mismo. ¿La consideraba un error en su vida, una debilidad, una imperfección en su carácter?

-Creo que sólo voy a tomar un huevo -dijo Nerissa secamente-,

pero tú puedes comer lo que quieras.

Ben sonrió.

-Un huevo con una tostada me parece perfecto, gracias.

La puerta de la cocina se abrió mientras Nerissa sacaba una sartén para hacer los huevos. Al volverse vio a tía Grace; tenía el rostro radiante de felicidad.

-¿No es maravilloso? Oh, Nerissa, no sé que hacer conmigo, me siento tan feliz...

Nerissa la abrazó y la besó en la mejilla.

-Será mejor que desayunes algo antes de ir al hospital. Nosotros vamos a tomar huevos con tostadas. ¿Te apetece uno?

-¡No tengo hambre, Nerissa! No sería capaz de comer nada -pero Grace aspiró el aroma que inundaba la cocina-. Mmm... café... justo lo que necesito.

Nerissa hizo que su tía se sentara en una silla junto a la mesa y le sirvió una taza de café.

-Tú quédate aquí sentada mientras yo me encargo de los huevos. No tardo más de cinco minutos. Te pondrás mala si no comes nada.

-Yo hago las tostadas -dijo Ben, sacando de la nevera zumo de naranja y alcanzándoselo a Grace-. Esto también ayudará. Azúcar natural para tu sangre.

Grace lo tomó, sonriéndole. De pronto, abrió los ojos de par en par.

-¡John! ¡Debo decírselo enseguida! Nunca me perdonará si no lo hago. ¿Dónde estará trabajando esta mañana? Creo que mencionó algo sobre terminar de arreglar el muro de Great Meadow. Luego pensaba trasladar a las ovejas de pasto.

-Yo me acercaré a darle la noticia después del desayuno -dijo Ben.

-Oh, gracias, muchacho -dijo Grade, agradecida-. Pero te advierto que hay qué subir una cuesta bastante pronunciada. ¿Estás en forma para hacerlo?

-Creo que me las arreglaré -dijo Ben secamente.

Grace le lanzó uña pensativa mirada.

-Sí, claro. De todos modos, será mejor que no uses uno de tus mejores trajes para ir, o se te estropeará. ¿Has traído alguna ropa más informal?

Ben sonrió indulgentemente ante la preocupación de Grace.

-Llevaré vaqueros y un jersey, no te preocupes.

El desayuno estaba listo. Se sentaron todos en torno a la mesa y comieron cada uno dos huevos con tostadas con mantequilla. Después, Nerissa dijo con firmeza que ella recogería la mesa y envió

a su tía arriba a darse un baño y a prepararse para ir al hospital.

Ben ayudó a llenar el lavavajillas.

-Cuando nos vistamos puedes indicarme la dirección que tengo que tomar para ir a avisar a tu tío -dijo con frialdad.

-Te dibujaré un mapa; así lo encontrarás fácilmente -dijo Nerissa-. Yo iré al hospital con tía Grace.

-¡Ni hablar! -exclamó Ben, sobresaltando a Nerissa.

-¡No me des órdenes! ¡Pienso ir con mi tía al hospital y tú no vas a impedírmelo!

-¡Ella no quiere que vayas! -espetó Ben, y Nerissa se quedó helada, mirándolo-. Grace ha estado viviendo una pesadilla desde que su hijo sufrió el accidente; debes darle un respiro y dejar que esté un rato a solas con Philip.

Nerissa se mordió el labio, comprendiendo que Ben tenía razón, odiándolo por tenerla.

Se volvió sin decir una palabra, apretó el botón para poner en marcha el lavavajillas, miró en torno a la inmaculada cocina y se dirigió a las escaleras.

Tía Grace ya había salido del baño. Nerissa tomó algo de ropa y entró a lavarse y vestirse. Cuando volvió a la habitación, Ben estaba junto a la ventana, mirando al exterior. Se volvió y la recorrió de arriba abajo con la mirada. Nerissa se había puesto unos pantalones de montar que dejó allí cuando se fue a Londres pero que aún le quedaban como un guante. También se había puesto un jersey de cuello alto amarillo que hacía años que no usaba.

-No había visto antes ese modelo -dijo Ben, arrastrando la voz y sin apartar la mirada de los senos que moldeaba el ceñido jersey de Nerissa.

-Es ropa vieja que no me ponía hacía años. El baño está libre -dijo ella secamente, molesta al sentir que se había ruborizado por la mirada de Ben. Este lo notó, pero se fue al baño sin decir nada.

Nerissa recogió la habitación e hizo las camas. Casi había terminado cuando su tía apareció, con uno de sus mejores vestidos, uno de color rosa suave que sólo se ponía en ocasiones especiales.

-¡Estás muy elegante! -dijo Nerissa espontáneamente, y su tía sonrió, radiante.

-Gracias, querida. ¿Tú estás lista?

Nerissa sonrió, denegando con la cabeza.

-Vete tú, tía Grace. Yo veré a Philip más tarde. Será mejor que yo acompañe a Ben a avisar al tío John, o se perderá.

Supo que Ben tenía razón al ver que el rostro de su tía se alteraba sólo un poco; le brillaron los ojos y su sonrisa se acentuó

levemente.

-De acuerdo, querida. Entonces te veo más tarde.

Nerissa observó como se alejaba su tía, sintiéndose culpable. Quería ver a Philip, se moría por verlo, por saber cómo estaba después del coma, pero aquel momento pertenecía a su madre. «Debería haberlo pensado», admitió, enfadada. «Debería haber sabido cómo se sentiría mi tía. Lo sabía, por supuesto, pero... ¡pero no quería pensarlo!». Saber que era Ben el que se lo había hecho ver le hizo sentirse aún peor.

Al cabo de unos minutos, Ben entró en la habitación vestido con unos vaqueros de color azul claro y un jersey oscuro. Su pelo moreno aún estaba un poco húmedo y acababa de afeitarse. Nerissa sintió que su pulso se aceleraba al verlo y se recriminó aquella instantánea reacción.

-¿Estás lista? -preguntó Ben, y ella asintió.

Hacía una mañana de otoño perfecta. El sol les calentaba la espalda mientras caminaban y el vívido azul del cielo contrastaba con los tonos amarillos y marrones de los árboles.

-Me temo que hay que subir todo el camino -dijo Nerissa.

-Con este tiempo es un placer. Está mañana se puede ver muy lejos en el horizonte.

-Desde Great Medow hay unas vistas maravillosas del muro de Hadrian.

-Me gustaría recorrerlo algún día de un extremo a otro -dijo Ben mientras subía a una piedra para pasar una cerca. Se llevó un sobresalto cuando un zorro saltó frente a ellos, alejándose a gran velocidad entre los matorrales-. ¿Tu tío caza?

Nerissa denegó can la cabeza.

-Solía hacerlo cuando era joven, pero ya no. Hay muchos zorros por esta zona; de vez en cuando se llevan una gallina, pero tío John trata de hacer las cercas a prueba de zorros y, de todas formas, hay que aprender a aceptar una pérdida de vez en cuando.

-Supongo que también pierde algún animal ocasionalmente por causas naturales.

Nerissa asintió.

-Las ovejas son muy propensas a las enfermedades. También son un poco tontas. Siempre están subiendo a sitios que no deben, rompiéndose las patas o el cuello, o comiendo algo que les sienta mal. El problema de los zorros no es nada comparado con los que las ovejas se buscan por sí mismas. Los zorros no suelen atacar mucho a las ovejas, pero deberías ver lo que son capaces de hacer cuando entrea en un gallinero. Se ceban con los más débiles, y eso

no le gusta nada a tío John. Pero la naturaleza es cruel, ya sabes.

-Sí, he oído hablar de las andanzas de los zorros en los gallineros.

Nerissa se detuvo, respirando agitadamente; hacía meses que no hacía aquella subida y no estaba en forma.

-Será mejor que te sientes antes de tener un ataque al corazón -dijo Ben, mirando el rostro enrojecido de Nerissa. Se sentó en un pequeño montículo cubierto de espesa hierba y ella lo imitó.

-Pero los animales sólo matan para comer, y eso es más de lo que puede decirse de nuestra especie -dijo Ben.

-Fíjate en cómo juega un gato con un ratón cuando ni siquiera tiene hambre -dijo Nerissa-. Su instinto es matar, con hambre o sin ella.

-Hay que tener mucho cuidado con los instintos -aceptó Ben, mirándola con los ojos entrecerrados.

Nerissa ignoró el tono sugerente de su voz.

-Un zorro es capaz de matar todas las gallinas de un gallinero dejando el lugar lleno de cadáveres. Les excita el olor de la sangre. Sin embargo, los halcones sólo matan para comer y viven sobre todo de conejos, ratones y ratas, y eso es más una ayuda que un problema para una granja. Cuantas menos ratas hay, más contentos están los granjeros. Por eso tenemos un montón de gatos en los graneros; supongo que te has fijado en ellos y en...

Nerissa se interrumpió al oír un ladrido.

-Debe ser Jess -dijo, poniéndose en pie.

-¿Quién? -Ben también se levantó y siguieron subiendo la colina.

-Uno de los perros pastores, la más vieja. Tío John siempre la lleva consigo, vaya donde vaya. Es su favorita.

-¿Cuántos perros pastores tiene?

-De momento, tres. Jess es la madre de los otros dos. Tío John se quedó con uno de cada camada que tuvo. Sólo la dejó criar dos veces porque es una perra de trabajo, no de crianza. Se quedó con Sally porque le pareció que se parecía a Jess, y con Rocket, que es dos años mayor. Ambos hacen bien su trabajo, pero tío John sigue pensando que Jess es la mejor.

Al cabo de un momento apareció Jess en la distancia, seguida de John Thornton. Nerissa lo saludó con la mano, haciéndole gestos para que se acercara.

John caminó rápidamente hacia ellos, con Jess saltando delante, ladrando y mostrando los dientes al desconocido que estaba junto a Nerissa.

-¡Túmbate, Jess! -gritó John.

La perra se tumbó en el suelo junto a Nerissa, moviendo la cola y con la lengua fuera, mirando servilmente a su amo mientras se acercaba.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó John con gesto preocupado en cuanto llegó junto a ellos.

Nerissa lo tranquilizó rápidamente.

-¡Philip ha salido del coma y ha hablado!

John Thornton dejó escapar un largo suspiro.

-Gracias a Dios. ¿Te han dicho si... si va a estar bien? ¿Lo saben ya?

-Es demasiado pronto para saberlo, pero la enfermera Courtney ha dicho que a ella le ha hablado bastante racionalmente, y tiene experiencia en casos como éste. Creo que ella habría notado si sucedía algo raro.

John Thornton volvió a suspirar.

-¿Se lo has dicho a Grace? La dejé en la cama, dormida. Pensé que necesitaba dormir.

-Lo sabe; ya ha ido al hospital. No podía esperar a irse, pero nos ha pedido que viniéramos a buscarte para decírtelo.

-Debe estar feliz -dijo John, sonriendo-. Bueno, tengo que lavarme y cambiarme de ropa. No puedo ir así. ¿Vais a venir conmigo o en vuestro coche? -chasqueó los dedos y la perra se puso en pie de inmediato, mirándolo con gesto de adoración.

Nerissa abrió la boca para decir que iría con él, pero Ben se lo impidió.

-No vamos a ir todavía. Vete tú primero; nosotros veremos a Philip más tarde.

Nerissa le lanzó una mirada furiosa. Estaba harta de que Ben se entrometiera en su vida.

-¿Estáis seguros? -dijo John, mirándolos con expresión indecisa.

-Bastante seguros. Tu esposa y tú querréis estar un rato a solas con él, y es lo natural. Lo comprendemos, ¿verdad, Nerissa? -dijo Ben con calma-. Y supongo que en el hospital no querrán que Philip reciba demasiadas visitas en estos momentos. Supongo que tendrán que hacerle un montón de pruebas cuanto antes, para asegurarse de que está bien. Así que vete tranquilamente; nosotros iremos más tarde.

Los dedos de Ben se curvaron con fuerza en torno al brazo de Nerissa, ordenándole silenciosamente que no discutiera. Ella sintió su mirada lanzándole el mismo mensaje, pero se negó a mirarlo, a pesar de que lo que había dicho tenía sentido.

-Iremos después -le dijo a su tío, y sonrió-. Dale un beso de mí

parte y dile que me alegro de que haya despertado.

El rostro de John era una mezcla de confusas emociones; alegría, tristeza, culpabilidad, pena...

-Querida... -empezó a decir, y Nerissa tuvo que interrumpirlo. No podía permitirle hablar con Ben allí, escuchándolos, observándolos.

-Será mejor que te des prisa. ¡Tía Grace estará preguntándose dónde te has metido!

John Thornton se inclinó y la besó en la mejilla.

-Entonces, os veo por la tarde.

Se alejó a grandes zancadas, acompañado por su perra. Nerissa vio cómo se alejaba, embargada por la emoción.

Cuando su tío estuvo lo suficientemente lejos como para no oírla, se volvió bruscamente hacia Ben.

-¡No vuelvas a hacer eso! -exclamó.

-¿Hacer qué? -preguntó él con calma, aunque observándola como uno de los halcones que cazaban en las colinas.

-¡Ya sabes de qué estoy hablando! ¡Deja de entrometerte en mi vida!

-Ibas a salir lanzada hacia el hospital y he tenido que detenerte. Es obvio que no se te ha ocurrido pensar que podrías molestar, que los Thornton pueden querer estar a solas con su hijo -la voz de Ben tenía un matiz despectivo que irritó aún más a Nerissa.

-¡Pareces olvidar que he sido parte de su familia toda mi vida! No soy una desconocida entrometiéndose en un momento íntimo de su vida. Crecí con Philip y sé que les gustaría que estuviera con ellos; después de todo, me llamaron para pedirme que viniera. Así que, ¿por qué no me dejas en paz y te apartas de mi camino? Vuelve a Londres. No quiero que estés aquí.

-De eso estoy seguro. Ahora que tu querido Philip ha vuelto al mundo de los vivos quieres pasar todo el tiempo posible con él; a solas, por supuesto.

El sarcasmo que manifestó la voz de Ben hizo que Nerissa tuviera que apretar el puño para controlar el deseo de abofetearlo. Él se dio cuenta y alzó las cejas irónicamente.

-¿Te has quedado sin palabras, Nerissa? Veo que no lo niegas.

-¿Para qué iba a molestarme en hacerlo? -murmuró Nerissa-. Al parecer, sabes más sobre mí que yo misma; ¿para qué perder el tiempo contradiciéndote?

Ben le mostró los dientes, sonriendo.

-Entonces espero que no me contradigas cuando te diga que no sólo voy a quedarme hasta el fin de semana, sino que cuando vuelva

a Londres el domingo por la noche, tú vendrás conmigo.

-¡Ni hablar! -exclamó Nerissa, denegando con la cabeza. El viento que soplaba en la colina agitó su negra melena.

-¡Por supuesto que vendrás, Nerissa! -Ben había dejado de sonreír. Su rostro adquirió una expresión dura, distante, como si ella fuera una desconocida que no le gustara.

Ben creía conocerla muy bien, y, sin embargo, Nerissa estaba convencida de que apenas la conocía. Y, al Parecer, lo que conocía no le gustaba.

Había visto aquella expresión en su rostro otras veces, en el juzgado, cuando interrogaba a un testigo hostil, mostrando su helado sarcasmo ante cualquiera que se atreviera a contradecirle. Debería haber recordado que Ben sería capaz de usar cualquier arma para ganar un caso; lo que le importaba era ganar, en su profesión y en su vida.

Ella era su esposa. Ben pensaba en ella como una de sus posesiones; incluso lo había admitido. Había dicho que aún deseaba su cuerpo, y que mientras fuera así no la dejaría ir.

Nerissa sintió un escalofrío. Estaba tan alterada que sintió que tenía que alejarse de él. Iría a dar un paseo por el páramo a solas; para tratar de pensar con calma.

Se volvió y empezó a caminar sin decir una palabra más.

-¿A dónde crees que vas? -preguntó Ben, sujetándola por el brazo.

Nerissa lo miró al rostro.

-Necesito pensar. Voy a dar un paseo.

-No vas a ir a ningún sitio sola -Ben miró en torno a las desoladas colinas que los rodeaban-. ¿Estás loca? No hay un alma viviente a la vista en muchas millas. Si te sucediera algo podrían pasar horas antes de que alguien te encontrara.

-Conozco estas colinas como la palma de mi mano. Philip y yo solíamos pasar todo el día aquí -Nerissa contempló el horizonte. Sus ojos se nublaron con el recuerdo. Fue la época más feliz de su vida; crecer, enamorarse, saber que era correspondida... Con voz soñadora, más para sí misma que para Ben, dijo-: A veces veníamos con la comida, a pasear, a buscar moras en verano, arañándonos las manos y las piernas sin que nos importara y a tumbarnos en la alta hierba luego para comerlas, escuchando el zumbido de las abejas y el ruido de los saltamontes...

Se hallaba tan inmersa en sus recuerdos que olvidó con quién estaba hablando, hasta que Ben la interrumpió.

-¡Por Dios santo! Eso ya pasó. No puedes volver a esa época; esa

puerta está cerrada para siempre. ¡Deja de vivir en el pasado!

Nerissa lo miró, volviendo al presente, comprendiendo con amargura que, por unos momentos, había vuelto a vivir una época dorada y feliz y que Ben le había hecho salir de ella.

Ben observó con disgusto cómo cambiaba la expresión de Nerissa, cómo se oscurecían sus ojos y palidecía su rostro.

-Puede que me guste más el pasado -dijo ella con voz ronca.

-Te juro que a veces podría pegarte -dijo Ben entre dientes, y, como para enfatizar sus palabras, la agarró por los hombros y la zarandeó como si fuera una muñeca de trapo.

-¡Basta! ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Suéltame! ¡Maldito seas! -Nerissa trató de liberarse, pero Ben la atrajo hacia sí con fuerza, presionándola contra su duro cuerpo, obligándola a notar su excitación.

Nerissa se estremeció al sentir el contacto.

-¡No!

Su negativa fue como echar una cerilla a una lata de gasolina. Ben estalló; sus ojos parecían arder mientras la miraba.

-¡Estoy harto de vivir con el recuerdo de otro hombre entre nosotros! ¿Qué puedo hacer para sacártelo de la cabeza, Nerissa? Nunca podrás tenerlo. ¿Cuándo piensas enfrentarte con ello?

La sujetó por el pelo con una mano, tiró de él para hacerle echar atrás la cabeza y su boca cayó implacable sobre la de ella, en un beso rabioso, carente de ternura o pasión.

La rabia acumulada en el interior de Nerissa brotó al exterior como un chorro de petróleo, oscureciendo su mente.

Estaba enfadada porque sabía por qué la estaba besando Ben con aquella violencia. Había herido su orgullo al rechazarlo.

Esa era la única razón por la qué se había enfadado tanto. No la amaba; sólo sentía que la poseía. Ella era su esposa y no podía negarse a él si la deseaba.

La vida de Nerissa ya quedó destrozada una vez en el pasado por un estúpido orgullo. No estaba dispuesta a permitir que sucediera de nuevo.

Golpeó salvajemente. Ben se echó hacia atrás para evitar el golpe y cayó, pero al hacerlo, arrastró a Nerissa consigo.

Aterrizaron pesadamente contra el suelo. Nerissa se quedó sin respiración y se encontró tumbada de espaldas, contemplando el cielo azul.

Entonces Ben se colocó sobre ella, bloqueándole la visión, con el rostro tenso y los ojos brillando con una urgencia que hizo que el corazón de Nerissa latiera más deprisa y la boca se le secara de

miedo.

La garganta se le había cerrado, temblaba violentamente y no pudo pronunciar palabra. Agitó la cabeza, trató de apartarlo de sí, empujándolo con las manos contra los hombros.

Ben volvió a besarla, con más fuerza, obligándola a apoyar la cabeza contra la espesa hierba. Deslizó una mano posesivamente por su cuerpo y Nerissa se estremeció al sentir sus dedos entre la suave protuberancia de sus senos. Luego la mano se movió y tiró del jersey hacia arriba a la vez que Ben metía la rodilla entre sus piernas y le hacía separarlas, colocándose entre ellas.

No se iba a limitar a besarla. Horrorizada, Nerissa comprendió que pretendía violarla, que quería obligarla a tener relaciones sexuales con él allí y en aquel instante, quisiera ella o no.

-Aquí no -murmuró, moviéndose y retorciéndose debajo de él-. Por Dios santo, Ben, aquí no.

Ben alzó la cabeza y dijo con aspereza:

-¡Sí, aquí, Nerissa! ¡La próxima vez que pienses en estas colinas no le recordarás a él, sino a mí!

Capítulo 5

Nerissa miró a Ben, consternada. Estaba arrancándole sus recuerdos y destrozándolos uno a uno; .había empezado la noche anterior, haciéndole el amor con aquella insistencia casi salvaje en la casa, bajo el mismo techo donde ella y Philip crecieron juntos y se enamoraron. Ahora iba a hacerle el amor con la misma brutal exigencia allí, en la colina donde ella y Philip habían jugado, corrido, donde se habían tumbado en la hierba, hablando y riendo.

-¿Por qué estás haciendo esto? -preguntó, y vio en la mirada de Ben un destello de duda, como si no estuviera realmente seguro de por qué estaba destrozando de aquella manera sus recuerdos.

-Cuando accediste a casarte conmigo dijiste que lo olvidarías; dijiste que querías olvidarlo...

-¡Eso no es cierto! Nunca podré olvidar a Philip... ¿cómo podría? Sería como tratar de olvidarme a mí misma. Te dije que el pasado había terminado y es cierto, pero Philip forma parte de mí, como yo soy parte de él y siempre lo seré.

-Como hermano y hermana -dijo Ben a través de sus tensos labios-. Crecisteis así. Como hermano y hermana. Nunca debisteis soñar en convertiros en enamorados. Y Dios sabe que nunca volveréis a serlo.

-Eso ya lo sé -murmuró Nerissa, enfadada-. ¡Los dos lo sabemos! ¿Pero cómo podría olvidarlo? ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Lobotomizarme para arrancar mi memoria? ¿Negar toda mi vida? ¿No volver aquí nunca más? Son mi familia, esta es mi casa... perdería demasiado. Y aunque pretendía mantenerme alejada, todo cambió cuando Philip sufrió ese terrible accidente. Tuve que volver. Me necesitaban; esperaban que pudiera comunicarme con él... ¿por qué si no me llamaron? Pensaron que tal vez saldría del coma... por mí... -su voz se quebró y oyó que Ben soltaba el aliento con fuerza.

-Esa es otra cosa que no entiendo; ¿cómo pudieron pedirte que vinieras para eso? Después de lo que te han hecho... Esperaba que tuvieran más sentido de la decencia. A tu tía puedo perdonarla; siento gran respeto por ella y Philip es su único hijo, pero a su padre...

-No hables de él. No tienes derecho a usar ese tono cada vez que lo mencionas. Tía Grace es la única que tiene derecho a despreciarlo...

-¿Y tú? ¡Por Dios; Nerissa! Si yo estuviera en tu lugar sólo sentiría desprecio por ese hombre.

Ben no necesitaba decirle aquello; lo veía en sus ojos, en su frío rostro, en su gesto de desagrado, y sabia que John Thornton había visto aquella misma expresión en el pasado. Ben tenía la facilidad de transmitir lo que pensaba y sentía sin necesidad de hablar.

-Tú no eres yo-murmuró. Mirando al pasado, recordó cómo se sintió una vez, al principio; el dolor y el horror al descubrir que John Thornton no era el bondadoso y perfecto ser humano que siempre había creído. Le llevó un tiempo superar el haber descubierto que su querido tío tenía los pies de barro, que era capaz de hacer cosas en las que no soportaba pensar todavía. No logró comprender por qué lo había hecho y lo odió durante unos meses. Pero su amor era más fuerte, tenía raíces más profundas, y acabó por comprender que, aunque todo hubiera cambiado, algunas cosas seguirían siendo siempre igual. Quería a tío John y a tía Grace; eran los únicos parientes que podía recordar y le habían entregado su incondicional amor desde que era una niña.

-Esperas demasiado de la gente -le dijo a Ben-. Eres demasiado rígido.

Ben nunca perdonó a su primera esposa. Nerissa siempre había sentido curiosidad por Aileen, que se casó con su amante después de divorciarse de Ben. No había llegado a conocerla. Después de casarse, Aileen y su marido fueron a Japón, donde éste trabajaba para una empresa petrolífera; al parecer, habían tenido dos hijos. Nerissa también se preguntaba qué habría sentido Ben al saberlo.

Ben no guardaba fotografías de su primera mujer, pero Nerissa sabía que era rubia y tenía los ojos verdes, porque había visto una foto de los dos en la casa de la familia de Ben. Su madre había muerto, y su delicado padre, de setenta años, vivía con Jenny, su hija casada, el marido de ésta y sus tres hijos. Todos se trasladaron a la casa del anciano para cuidarlo; cuando éste muriera heredarían la casa, pues Ben había estado de acuerdo en no reclamarla. El ganaba mucho dinero, pero su cuñado era profesor y tenía un sueldo modesto. A Ben le pareció un reparto justo, sobre todo teniendo en cuenta que su hermana se hacía cargo de su padre y también cuidó a su madre antes de que muriera.

Nerissa había esperado que Jenny y ella se harían amigas, pero cuando la conoció comprobó que la hermana de Ben no estaba por la labor.

Jenny había ido a la escuela con Aileen; seguían siendo amigas y se escribían constantemente, sobre todo ahora que Aileen vivía en Japón. Pero no era culpa de Nerissa que el matrimonio de Ben hubiera acabado mal. Cuando se conocieron ya llevaba seis años

divorciados.

A pesar de todo, Jenny Lister se mostró muy poco amistosa cuando se conocieron, y el padre de Ben no pareció darse exacta cuenta de quién era Nerissa; no dejó de llamarla Aileen y de preguntarle si se había teñido el pelo. Al parecer, lo prefería rubio. La memoria empezaba a fallarle; echaba de menos a su esposa y había perdido interés por la vida.

-No te haría ningún mal olvidar todo eso -dijo Ben ahora-. Cierra la puerta al pasado, Nerissa. Vivir de los recuerdos no te hace ningún bien.

-No puedes apagar el amor como si fuera una vela -dije ella con tristeza.

-Ah, ya estamos de vuelta con Philip. Estoy harto de oír su nombre, ¿te enteras? -dijo Ben, exasperado-. Cállate de una vez. Deja de hablar de él, de pensar en él -tomó el rostro de Nerissa entre sus manos y sus ojos se encontraron. La mirada de Ben tenía el brillo de estrellas oscuras, y Nerissa sintió que su corazón empezaba a latir más deprisa.

-Voy a sacarlo de ti aunque sea lo último que haga -murmuró Ben, y empezó a besarla de nuevo, no con la misma furiosa brutalidad, sino lenta y pro fundamente, con ardiente sensualidad.

El cuerpo de Nerissa la traicionaba cuando Ben la acariciaba de aquella manera; reaccionó de inmediato con la habitual sensibilidad, balanceándose como la aguja de una brújula hacia el norte magnético, indefensa ante la ley de su propia naturaleza.

Cerró los ojos y se arqueó hacia él, gimiendo, deseándolo fieramente. El tumulto emocional de los días pasados necesitaba aquella liberación, la descarga de toda aquella energía frustrada. Ben logró lo que quería; consiguió hacerle olvidar todo, excepto lo que le estaba haciendo.

Hasta que fueron interrumpidos.

Ben fue el primero en darse cuenta de que ya no estaban a solas.

De pronto, se puso rígido, interrumpió el largo y apasionado beso y alzó la cabeza, gruñendo.

-¿Qué diablos...?

Nerissa estaba abriendo los ojos cuando sintió una lengua acariciándole el rostro. Una lengua cálida y húmeda. Y junto a ésta llegó el sonido de algo que la olía, una nariz husmeando entre la rizada mata de su pelo negro.

Abrió los ojos de par en par; vio una sedosa cabeza rojiza, unos grandes ojos marrones y una boca abierta llena de dientes que jadeaba alegremente y le sonreía.

Nerissa empezó a reír.

-¡Dios santo, me preguntaba qué era! ¿De dónde has salido tú, perrito?

Ben se había apartado de ellos y estaba sentado en la hierba, mirando al perro con cara de pocos amigos.

-¿Es uno de los perros de la granja?

-No, es del pub del pueblo -Nerissa acarició al perro y entonces vio la correa que colgaba del collar que llevaba puesto. La agarró-. Debe haberse escapado mientras Job lo sacaba a pasear. ¿No conociste a Job Nicholson la primera vez que viniste aquí? Es el dueño del pub; un hombre grande de pelo gris que no habla demasiado, aunque su esposa, Sylvia, lo hace por los dos. Este es su perro. Lo adora.

--No entiendo por qué -refunfuñó Ben, observando cómo se tumbaba junto a Nerissa y daba un profundo suspiro-. ¿Viene de visita a la granja?

-Sólo si consigue escaparse. Job lo sujeta con la correa cuando sale a pasear; el policía del pueblo le advirtió sobre lo que sucedería si no lo hacía. Este bobo se dedica a cazar ovejas. No las ataca, pero las hace correr, ladrando y asustándolas. Hace un par de años un cordero se partió una pata al huir asustado y tío John dijo que dispararía contra el perro si volvía a verlo persiguiendo sus ovejas. Job estará muy preocupado si piensa que ha venido aquí. Será mejor que lo bajemos a la granja y llamemos a Job.

-Si yo tuviera una escopeta le dispararía personalmente -.murmuró Ben, mirando al sonriente perro con el ceño fruncido.

-¿No te gustan los perros? -Preguntó Nerissa en tono deliberadamente inocente.

-No me provoques, Nerissa. Ya sabes por qué mataría a este estúpido animal. Ha llegado en el momento más inoportuno.

Para Ben, tal vez. Pero no para ella, pensó Nerissa. Si el perro no hubiera aparecido, ella habría dejado que Ben le hiciera el amor y ahora estaría amargamente arrepentida, con sus dulces recuerdos de Philip en aquellas colinas enturbiados por algo completamente distinto.

Ben era un buen psicólogo.

Nerissa deseó serlo también; deseó comprender mejor a su marido. El orgullo no parecía una razón suficiente para el enfado que mostraba constantemente hacia ella. Miró al perro e hizo una mueca. El orgullo podía hacer que la gente se comportara de forma extraña. Ella lo sabía muy bien. Su vida entera había sido arruinada por el orgullo de otras personas.

-¿Crees que ha estado cazando ovejas esta mañana? Tal vez deberíamos subir a comprobarlo -dijo Ben, y Nerissa denegó con la cabeza.

-Lo habríamos oído. No sólo los ladridos del perro, sino a las ovejas; hacen mucho ruido cuando están asustadas. Supongo que el perro iba camino de Great Meadow, hasta que se ha distraído con nosotros.

Nerissa se levantó sin soltar la correa del seter.

-Eso te enseñará a no ser tan curioso -dijo indulgentemente y el perro la miró, contento consigo mismo, meneando el rabo-. Pero eres un perrito encantador, ¿verdad? -añadió, acariciándole la cabeza-. Vamos, perrito. No recuerdo como te llama tu amo.

-A mi se me ocurre algún mote apropiado --dijo Ben irónicamente, haciendo reír a Nerissa mientras se ponían en marcha hacia la granja. .

Llegaron en la mitad de tiempo que habían tardado en subir.

-¿Por qué no llevamos al perro de vuelta al pub y comemos allí -sugirió Ben mientras entraban en la casa y Nerissa se dirigía al teléfono para llamar a Job Nicholson-. Preparan comida casera todos los días, ¿no?

-Y muy buena -dijo Nerissa mientras marcaba-. ¿Qué hora es? ¡Las once y media ya! ¿Cuándo quieres que vayamos? Yo quiero estar en el hospital a primera hora de la tarde.

-Tengo hambre después del paseo dijo Ben, añadiendo en tono burlón-: Y después de tanta emoción.

Nerissa simuló no haber oído lo último.

-Entonces le diré a Job que nos espere dentro de media hora, ¿de acuerdo?

Job se mostró muy agradecido al recibir noticias de su perro.

-Gracias por avisarme, cariño. Estaba muy preocupado pensando en lo que le haría tu tío si lo atrapaba persiguiendo a sus ovejas. Incluso he llamado para ver si estaba por ahí, pero no ha respondido nadie.

-Mis tíos están en el hospital y yo había salido a las colinas -explicó Nerissa-. Por eso me lo he encontrado. Se dirigía hacia la zona de los pastos pero todavía no había encontrado a las ovejas, así que no ha pasado nada. ¿Cómo se ha escapado?

-Yo estaba de paseo por el pueblo y me he encontrado con Sam Nidd. Estábamos hablando tranquilamente y, de pronto, el maldito animal ha salido disparado como un cohete. No he podido atraparlo. He dado algunas vueltas con el coche por la zona pero no lo he encontrado. Iré a recogerlo enseguida, querida.

-No hace falta, Job. Vamos a bajar a comer algo dentro de un rato; lo llevaremos con nosotros.

-Entonces os debo una buena comida por hacerme el favor.

-No hace falta que... -empezó a decir Nerissa, pero Job la interrumpió

-¡Insisto! Y gracias de nuevo, querida. Créeme. Si algo le pasara a ese perro me llevaría un gran disgusto.

Nerissa sonrió.

-Lo sé. De acuerdo, Job. Entonces, hasta luego.

Tras colgar, Nerissa fue a la cocina y vio que Ben le había dado al perro agua en un cuenco.

-Parecía sediento -dijo Ben, mirándola con cara de bueno-. De hecho, a mí tampoco me importaría beber algo.

-Sírvete tú mismo. Yo voy a cambiarme de ropa. No tardo.

Ben la miró, sonriendo desagradablemente.

-¿Vas a ponerte guapa para Philip?

Nerissa ignoró la pregunta y subió a su habitación. Se puso una falda negra, una blusa blanca y floja y una chaqueta de tiras blancas y negras cuya formalidad contrastaba con la suave feminidad de la falda. Luego se cepilló el cabello y se maquilló; pintó su generosa boca de rojo, se dio una sombra azul en los párpados, oscureció sus largas pestañas y se empolvó suavemente la cara.

El espejo le dijo que estaba muy atractiva. Cuando bajó, la mirada de Ben fue más explícita.

-¡Vaya! -dijo, enfadado.

-¿Vaya, qué? -preguntó Nerissa, alzando una ceja.

Ben había estado bebiendo. Tenía en la mano un vaso de whisky con soda y lo dejó violentamente sobre la mesa. Nerissa esperó que no hubiera tomado más de uno. Iba a conducir. Tal vez debería ofrecerse a conducir ella. Pero no se atrevió a decirlo. Había un brillo en la mirada de Ben que la inquietaba. No era habitual que bebiera; normalmente era abstemio y muy disciplinado.

-Te das cuenta de que estás jugando con fuego, ¿no? -murmuró, mirándola de arriba abajo-. Si vas a verlo así conseguirás que le suba demasiado la temperatura. ¿Por qué no dejas tranquilo al pobre diablo?

Nerissa se sintió herida.

-¿Qué quieres decir con eso? Sabes muy bien que hace meses que no vengo por aquí, y la última vez estuve contigo.

-Pero todavía no has soltado a Philip, ¿verdad? -dijo Ben burlonamente-. Aún lo tienes sujeto al final de una cuerda y lo sabes. ¿Por qué si no enviaron sus padres a por ti cuando

comprendieron lo grave que era su estado? Tú misma lo admitiste; esperaban que reaccionara al oír tu voz, incluso aunque no reaccionara al oír las suyas. ¡Ellos saben que Philip no te ha olvidado, y yo sé que tú no lo has olvidado a él!

-¿Cómo íbamos a... ? -susurró Nerissa; pálida como la tiza. El destino había hecho imposible que Philip y ella culminaran su amor, pero no podía matarlo; tenía raíces demasiado profundas.

Ben la agarró por los hombros y la zarandeó, enfadado.

-¡Tienes que olvidarlo; Nerissa! Deja de vivir en ese mundo de ilusiones. No puedes tener a Philip y eso te está matando; no podéis seguir así, ninguno de los dos. ¿No se te ha, ocurrido pensar en el accidente que tuvo? Ayer hablé con su padre; la policía dice que fue incomprensible, que no debió suceder. Philip no estaba borracho y a su coche no le pasaba nada. Al parecer conducía como un loco; estuvo a punto de chocar contra otro coche y se empotró contra un muro. La policía habló con tus tíos para tratar de averiguar si tenía algún motivo para conducir así. ¿Se había peleado con alguien? ¿Le preocupaba algo? Sus padres dijeron que no, por supuesto.

-Por supuesto -susurró Nerissa.

-Su orgullo otra vez -dijo Ben.

-Su orgullo -repitió Nerissa con tristeza-. Odian la idea de que se hable de ellos, de que la gente se entere... ¡Preferirían ser desmembrados por caballos salvajes que decírselo a alguien!

-¡Y por eso te alejaron a Londres, poniendo a su hijo al borde del suicidio!

Fue como recibir un puñetazo en el estómago. Nerissa se quedó sin aliento, mirándolo.

-¡No! ¡No puedes decir eso! No hay evidencia...

-Philip se habría asegurado de eso. No habría querido que nadie murmurara sobre su muerte; a fin de cuentas, su querido orgullo familiar debe quedar protegido por encima de todo, ¿no?

Nerissa se mordió el labio con tal fuerza que se hizo sangre.

A pesar del lápiz de labios rojo, Ben lo vio. Soltó sus hombros, se inclinó y lamió con delicadeza el labio herido de Nerissa.

Ella tembló al sentir el breve contacto de su lengua. ¡No podía creer que hubiera hecho aquello! Aquel perverso e inquietante gesto tuvo un extraño efecto sobre ella. Su pulso se aceleró; se sintió a la vez helada y febril. No por primera vez, especuló sobre la oscuridad interior de Ben. No había duda de que tenía una personalidad compulsiva, poseída por una fuerza interior que lo empujaba a repetir patrones de respuesta, de comportamiento, de deseo.

Eso era lo que lo convertía en un abogado tan brillante. Podía

deslumbrar en las salas de los juzgados, sorprendiendo a los testigos, exprimiéndolos para obtener la información que buscaba, pero también era un hombre metódico y meticuloso, que trabajaba horas y horas en sus casos, investigando, buscando, tomando notas. No dejaba de indagar hasta que encontraba lo que buscaba.

Ben era una persona obsesiva. ¿No era ese el motivo por el que estaba reaccionando con tal violencia en el caso de Philip? Estaba repitiendo con ella la rabia que sintió cuando encontró a su esposa en la cama con su mejor amigo.

Nerissa recordaba las palabras que utilizó cuando le contó lo sucedido.

-Parece un argumento de revista musical, ¿no crees? Siempre aparece el mejor amigo del marido en esos triángulos, la persona en la que más confía. A menudo me he preguntado quién dio el primer paso, si Aileen o él. Aunque suele ser el hombre el primero, por supuesto.

Su orgullo no le permitía aceptar que podía haber sido su esposa la que empezó el asunto.

A Nerissa no le habría sorprendido demasiado que hubiera sido así. La foto que vio de Aileen le hizo pensar que podía ser la clase de mujer que llegara a aburrirse de la rutina del matrimonio y que buscara algo más a su alrededor para divertirse.

De todas formas, trató de ser justa.

-Es posible que no pudieran evitarlo -sugirió con calma, y vio que el rostro de Ben se tensaba.

-No creo que haya casi nada inevitable -dijo él con aspereza-. Ellos sabían distinguir perfectamente entre lo que estaba bien y lo que estaba mal.

-No siempre está tan claro -protestó Nerissa.

-Lo estaba para ellos. Ella era mi esposa, y se suponía que él era mi amigo.

-Pero... ¿y si se enamoraron?

Ben le lanzó una mirada helada.

-¡No trates de excusarlos! Ni siquiera los conocías

En aquellos momentos tenía la misma expresión fría, distante. Y hablaba sobre la familia de Nerissa en el mismo tono.

-Philip es su hijo -continuó Ben-. Ha heredado su orgullo, o ha aprendido a ponerlo por encima de todo. Así que cuando no pudo soportar más la vida, salió de la casa un día y trató de matarse de manera que no se produjera ningún escándalo.

-¡Fue un accidente!

Ben se encogió de hombros despectivamente.

-No creo en esa clase de accidentes. No cuando sacan a alguien de una situación que consideran intolerable. No digo que lo planeara todo a sangre fría, pero vivía en una especie de infierno y no podía aguantarlo más. Salió y condujo como un loco hasta que se estrelló. Si consideras que eso es un accidente, de acuerdo, lo fue. Yo prefiero llamarlo suicidio.

Nerissa agarró a Ben por el brazo y lo miró con gesto suplicante.

-No les digas nada de esto a sus padres, por favor. Ni siquiera lo sugieras. Los destruiría.

-Oh, no te preocupes. No lo haré -murmuró él, contemplando la pálida mano de Nerissa en la manga de su camisa. Miró la hora en su reloj-. Será mejor que nos vayamos, ¿no?

Nerissa también miró su reloj distraídamente, aún temerosa de que Ben hablara de aquello con sus tíos. Si éstos llegaban a pensar por un momento que Philip había tratado de morir... Se sobresaltó al pensar en lo que les haría eso, especialmente a su padre, cuyos ojos estaban siempre ensombrecidos por la culpa y el arrepentimiento.

-¿Vienes o no? -preguntó Ben.

Nerissa asintió.

-Sí, por supuesto.

Metieron al seter en la parte trasera del coche de Ben y unos minutos después salían de la granja. Aún lucía el sol en el cielo, pero, se había levantado viento y las hojas de los árboles no dejaban de caer y arremolinarse como una lluvia dorada. El típico olor a las hogueras para quemar rastrojo llegó hasta ellos mientras atravesaban el pueblo. Cuando salieron del coche, el viento despeinó a Nerissa, echándole el pelo sobre le rostro.

-Está refrescando -dijo, entrando rápidamente en un antiguo edificio de piedra. Encima de la puerta colgaba la señal de la taberna, pintada a mano; mostraba a un hombre mirando a través de una máscara de hojas verdes. Hacía siglos que había allí una taberna de Green Man; pero había cientos de tabernas de Green Man por toda Inglaterra; probablemente, aquel era el nombre más común. Cuando era niña, Nerissa miraba a menudo aquella señal, preguntándose qué significaría. ¿Por qué se escondía el hombre tras las hojas? ¿O le crecían las hojas a él? Para ella, aquel cartel tenía algo siniestro.

Sólo cuando creció averiguó qué el Green Man era un fragmento de la historia de Inglaterra que se remontaba a los tiempos paganos, a la antigua religión en la que los dioses habitaban los árboles, los ríos, los animales. En algunos lugares, los hombres aún se vestían

con hojas y ramas y celebraban algún tipo de ritual una vez al año. Las antiguas costumbres tardaban en morir, como las antiguas creencias y los antiguos amores, pensó Nerissa con tristeza mientras entraba en el agradable bar.

Entregaron el perro a su agradecido dueño, que le acarició la sedosa cabeza, murmurando:

-¿Qué has hecho, mal bicho? ¿Te das cuenta de que podían haberte disparado? ¡Por supuesto que no te das cuenta! ¡Eres bobo!

El perro jadeó, empujando a su amo con la cabeza.

-¿Te crees muy listo, verdad? -el dueño de la taberna agarró la correa y se la dio a su esposa, que lo observaba con los labios fruncidos-. Mételo en la cocina, querida, por favor.

-¡Espero que la próxima vez le disparen! -dijo la mujer, tirando del animal, que no quería alejarse de su amo.

Nerissa y Ben ocuparon una mesa junto a una ventana que daba al jardín. Comieron el plato del día; ternera asada con patatas, zanahorias y guisantes, una comida inglesa tradicional.

No hablaron mucho. Ben no parecía precisamente de buen humor y Nerissa se sentía incómoda y nerviosa. Quería pedirle que le dejara visitar a Philip a solas, pero no se atrevía; sabía que se negaría, y también sabía cómo la miraría cuando se lo dijera.

Cuando llegaron al hospital encontraron a Grace Thornton en la sala de espera, bebiendo un café y comiendo un sandwich. Parecía diez veces más feliz que los días anteriores.

-He salido para que el médico examine a Philip -explicó-. John ha vuelto a casa. Tiene mucho que hacer, y ahora que Philip ha salido del coma piensa que debe avanzar lo más posible. Yo tampoco voy a quedarme todo el día; dicen que Philip va a necesitar mucho descanso. Entraré a verle un rato cuando termine el sandwich y luego volveré a casa para dormir un rato.

-¿Está bien? -preguntó Nerissa, y su tía asintió.

-Por lo que yo sé, está perfectamente normal, pero hasta que los médicos vean las radiografías y los encefalogramas y le hagan todas las demás pruebas que dicen que tienen que hacerle no podrán saber exactamente qué pasa en su cerebro. Pero, de momento, todo va bien, y... -Grace se interrumpió, mirando hacia la puerta de la habitación, que acababa de abrirse-. Oh, ahí está el doctor. ¿Por qué no entras, Nerissa? Yo volveré dentro de cinco minutos.

Nerissa caminó hacia la puerta sintiendo que se le secaba la boca a causa de los nervios, consciente de que Ben caminaba a su lado, observando con dureza su perfil.

Philip estaba solo cuando empujaron la puerta. Estaba despierto,

apoyado contra unas almohadas, mirando en dirección a la ventana. Al oír que se abría la puerta volvió la cabeza. Su rostro permaneció impasible por unos segundos, pero se iluminó de pronto al ver a Nerissa, como una luz surgiendo en medio de la oscuridad de la habitación.

Ni siquiera dijo su nombre; se limitó a alargar una mano hacia ella.

Nerissa se precipitó a la cama y se sentó en una silla, tomando la mano de Philip entre las suyas, acariciándola, sonriéndole a los ojos.

No necesitaron decir nada. Siempre habían podido leerse las mentes mutuamente.

Ben permaneció tras Nerissa, observándolos con el ceño fruncido. Philip no dio muestras de haberlo visto; pasó un minuto antes de que apartara los ojos de Nerissa y lo mirara, haciendo un gesto de saludo con la cabeza.

-Hola.

-¿Cómo estás? -preguntó Ben, sin sonreír.

-No muy mal -Philip no trató de mostrarse amistoso; tampoco Ben.

-¿Qué ha dicho el médico? -preguntó Nerissa, y los ojos de Philip se volvieron rápidamente hacia ella.

-No ha dicho nada; son muy cautos. Mañana me tienen que hacer un montón de pruebas. Hoy estoy de descanso.

-No nos quedaremos mucho rato.

Philip estrechó con fuerza los dedos de Nerissa.

-No te vayas todavía.

Habían pasado casi toda su vida juntos en la aislada granja; pensaban igual, e incluso se parecían, aunque el pelo de Philip era rubio y rizado, y el de Nerissa mucho más moreno. Los dos tenían ojos azules y la forma de sus rostros era igual. El parecido físico era sorprendente, y parecían tener la misma edad. Un desconocido habría preguntado enseguida si eran hermanos gemelos. Sólo se llevaban nueve meses.

-¿Sabías que habías estado en coma cuando has recuperado la conciencia? –preguntó Nerissa, y él sonrió, moviendo la cabeza.

-Ha sido como despertarse por la mañana. Supe enseguida que había estado mucho tiempo dormido. Incluso tenía vagos recuerdos de haber oído voces; la de mamá y papá, la tuya... Pero me sorprendí mucho cuando la enfermera me dijo cuantos días llevaba así. Curiosamente, también recordaba su voz; no sentí que fuera una desconocida, aunque no la había visto nunca.

-Es muy agradable -dijo Nerissa, aún consciente de la oscura presencia de Ben-. Un día te hablé de ella, te dije que te afeitaba y que lo hacia muy bien.

Philip rió y se pasó una mano por la barbilla.

-Mmm... parece que está bien.

Sonreía y hablaba con facilidad, pero bajo todo ello yacía algo diferente. Miraba a Nerissa desde una gran distancia. La primera alegría de verse el uno al otro se había esfumado y ahora eran conscientes de que flotaban en dos témpanos de hielo que se alejaban irremediablemente; la distancia que los separaba había crecido desde la última vez que se vieron.

Al oír las explicaciones que había dado Ben sobre las causas del accidente de Philip, Nerissa había temido ver desesperación y sufrimiento en su mirada, pero había algo muy diferente. Sí había un matiz de tristeza, pero también de resignación, de aceptación.

La puerta se abrió y entró Grace Thornton.

-Hola, mamá -saludó Philip-. ¿Has comido?

-Unos sandwiches -dijo Nerissa, soltando con suavidad la mano de Philip y levantándose-. Siéntate en mi silla, tía Grace.

-Ben puede traernos otra -dijo Grace, sentándose a la vez que la enfermera Courtney entraba en la habitación.

-Ya saben que no se permiten más de dos visitantes a la vez -dijo la enfermera-. Uno de ustedes tendrá que salir un rato, y pronto tendrán que irse todos. El paciente necesita descansar; mañana tiene que someterse a un montón de pruebas.

-No nos quedamos -dijo Ben con frialdad -No queremos cansarlo. ¿Podemos venir mañana por la tarde?

La enfermera asintió.

-Muy bien. Las tres puede ser una hora adecuada -fue hasta la cama de Philip y le agarró la muñeca entre el dedo índice y el pulgar-. Aunque ahora que está fuera de peligro vuelven a aplicarse las reglas del hospital. Recuerden que sólo se permiten dos visitantes a la vez, y, por favor, no le traigan comida ni bebida ni se queden más de una hora.

-Es muy mandona -dijo Philip, mirando a la enfermera mientras ésta le tomaba el pulso.

-¡No hable! -dijo la enfermera, frunciendo el ceño con gesto de concentración.

Colocó la mano de Philip de nuevo sobre las mantas y fue hasta el extremo de la cama, donde anotó en un gráfico la tensión que había tomado.

-Las pulsaciones han subido --dijo-. ¡Es debido a la excitación de

tener demasiadas visitas! ¿Ven por qué hay que hacer caso de las normas?

-Ya, ya -dijo Philip.

-Debernos irnos -dijo Nerissa. Quiso besarlo, pero no pudo, de manera que se limitó a mirarlo desde la distancia que los separaba. Philip le devolvió la mirada.

--Adiós -dijo, con su mirada cargada de melancolía.

Se habían despedido otras veces, pero ninguno de los dos lo había tomado en serio. No querían creer que no había esperanza ni futuro para ellos; no habrían sido capaces de vivir sabiéndolo. De pronto, Nerissa vio que aquello había cambiado para las dos. Habían renunciado a luchar contra los dictados del destino; aceptaban lo inevitable.

Los largos dedos de Ben se cerraron en torno a su brazo con feroz rabia.

-Nos vemos en la granja -le dijo a Grace Thornton, y empezó a caminar hacia la puerta, tirando de Nerissa. Esta no necesitaba ver su rostro para saber que estaba enfadado con ella.

Ben la metió era el asiento del coche como si fuera una niña que se hubiera portado mal y luego ocupo su asiento frente al volante.

-Ya has visto que nada ha cambiado -murmuró con dureza mientras conducía de vuelta a la granja.

-Todo ha cambiado -dijo Nerissa con voz ronca.

-El hecho de que Philip haya estado enfermo no cambia lo fundamental. Estás loca si creías que ibas a salirte con la tuya. En primer lugar, yo no te dejaría. Y tu tía tampoco; supongo que lo sabes. Es una mujer de principios; no lo permitiría.

-Lo sé -dijo Nerissa.

-De hecho; es una especie de santa.

-Eso también lo sé.

Ben la miró de reojo, con gesto cínico.

-Te pareces mucho a ella.

-Mi madre era su hermana; nos es extraño.

La mirada de Ben se endureció.

-¡Eso es lo que hace todo el asunto tan increíble! ¡Su propia hermana! ¿Cómo puede vivir consigo mismo John? Después de hacer lo que hizo, ¿cómo puede mirar a la cara a su esposa? ¿Cómo pudo ella perdonarlo?

Pálida, Nerissa miró por la ventanilla del coche.

-¿Nunca has hecho nada de lo que después te arrepintieras, Ben? -preguntó, con las manos temblorosas sobre su regazo-. ¿No has cedido nunca a un impulso en un momento de debilidad y después

has deseado no haberlo hecho? Supongo que has pasado mucho tiempo en los juzgados viendo cómo pagan otras personas el precio de su debilidad; debes haber olvidado que tú también eres humano. Pues tengo noticias para ti: tú tampoco eres perfecto. Ninguno lo somos. Todos tenemos algún defecto, oculto o a la vista.

Ben hizo girar el coche en el sendero que llevaba a la granja.

-Sé muy bien que no soy perfecto. Pero también sé lo que tratas de hacer, Nerissa. Buscas un arma con la que atacarme porque no quieres enfrentarte a la verdad sobre tu padre.

Nerissa se quedó sin aliento.

-No....

-¿No, qué? -espetó Ben-. ¿Que no lo llame así? Es tu padre Nerissa, quieras admitirlo o no. Deja de llamarlo tío John. Es tu padre biológico, y por tanto, Philip es tu hermano biológico, y nada de lo que digas podrá cambiar ese hecho.

Capítulo 6

En cuanto Ben aparcó el coche frente a la casa, Nerissa abrió su puerta y salió a toda prisa, pero Ben la alcanzó antes de que llegara a la entrada principal.

-¡Deja de huir de ello! ¡Ya lo has hecho demasiado tiempo!

Al pensar que John Thornton podía estar cerca, oyéndolos, Nerissa se enfadó y se puso nerviosa. No quería que supiera lo que Ben pensaba de él. Desde luego, debía haberlo adivinado por la forma en que lo miraba de vez en cuando, pero Nerissa sabía que se sentiría dolido si llegara a conocer la intensidad del desprecio que sentía Ben por él.

-¡No quiero hablar de ello! -trató de liberar su brazo de la mano de Ben, que lo agarraba con firmeza, pero no lo consiguió.

-¿No te das cuenta de que eso es un problema? Tuvieron que decirte la verdad cuando supieron que tú y Philip queríais casaros; y en cuanto os la dijeron volvieron a enterrar el tema, y vosotros lo aceptasteis. De hecho, os unisteis a la conspiración de silencio. Pero eso es una locura. Ocultar la verdad no le hizo ningún bien a nadie. Lo único razonable que se puede hacer es sacar el tema a la luz, hablar de ello, enfrentarse a lo que significa.

-¡Ya nos hemos enfrentado a lo que significa! ¿Por qué crees que me fui? Tenía que ser yo la que se fuera. Philip era necesario en la granja; yo no. Pero no podíamos soportar seguir viéndonos. No después de saber la verdad -la voz de Nerissa se rompió y se cubrió el rostro con las manos-. Fue... insoportable...

Ben la rodeó con sus brazos y le acarició suavemente la espalda con una mano mientras con la otra le hacía apoyar la cabeza contra su hombro.

-Shh... no llores...

Nerissa se tragó las lágrimas que amenazaban con caer y se apartó de él, mirándolo con gesto desafiante.

-¿Por qué no me dejas en paz? Si no dejaras de molestarme no me sentiría disgustada -se alejó de él -y trató de abrir la puerta de la casa. Al comprobar que estaba cerrada, sacó la llave de su bolso y entró, con Ben siguiéndola de cerca.

Ambos se detuvieron, escuchando el silencio reinante; sólo se oía el solemne tic-tac del reloj de pared de la entrada. Nerissa fue a la cocina; estaba totalmente recogida y vacía. Llenó un cazo de agua y lo puso a calentar:

-Voy a hacer té. ¿Quieres? -preguntó por encima del hombro, sin

mirar a Ben.

-Sí, por favor -Ben fue hacia la ventana y la abrió, dejando que el viento del otoño entrara en la habitación, trayendo su aroma a tierra y a hojas caídas, el rumor de las ovejas en las colinas, el lejano ladrido de un perro.

-Jess -dijo Nerissa, escuchando, aliviada al comprobar que John Thornton estaba lejos de la granja y no podía oír nada de lo que Ben pudiera decir sobre él.

Ben contempló la línea del horizonte, la oscura y amenazadora presencia de las colinas sobre la casa.

-Veo a alguien allí, en lo alto, donde estábamos esta mañana; supongo que es John. No distingo lo suficiente como para estar seguro. Lleva una chaqueta de tweed y un perro blanco y negro corre delante de él, conduciendo un rebaño de ovejas.

-Dijo que iba a llevarlas a Great Meadow cuando terminara de arreglar el muro.

Nerissa sacó las tazas, puso el agua en la tetera, sirvió un poco de leche en una lechera y colocó el recipiente del azúcar en la mesa.

Ben se volvió para observarla y Nerissa sintió que su amenazadora presencia era tan inquietante como las colinas que vigilaban la casa día y noche.

-Esa actitud de perdón que adoptas no es muy real, Nerissa -dijo él - No puedo creer que no ardas de resentimiento por lo que le hizo a tu madre, a ti, a tu tía.

-Ya te he dicho que al principio me enfadé con él -Nerissa se sintió destrozada, horrorizada, incrédula al saberlo-.Creo que lo odié. No quería volver a verlo; creía que no se merecía ni mi desprecio -miró a Ben irónicamente, haciendo una mueca-. Supongo que durante una época pensé lo mismo que tú ahora. Pero entonces tía Grace habló conmigo.

Sirvió el té y se sentó a la mesa, rodeando la taza con sus manos, mirando al suelo.

-Trató de hacerme comprender cómo había sucedido todo. ¿Sabes que sus padres murieron poco después de que ella se casara? Mi madre, su hermana Ellen, sólo tenía diecisiete años entonces; estaba haciendo su último año en la escuela y vino a vivir aquí. No había más parientes y no tenía otro lugar al que ir, pero aquí había sitio de sobra y podría hacer compañía a su hermana Grace. Ya has visto lo aislada que está la granja; a veces, al principio, tía Grace echaba de menos tener a alguien alrededor. Acabó acostumbrándose a estar sola la mayoría del tiempo, pero en los primeros años de matrimonio tío John estaba trabajando fuera casi todo el tiempo y

ella no tenía nadie con quien hablar. Se alegró de que viniera su hermana, sobre todo porque estaba embarazada y era un alivio tener a otra mujer en la casa.

-Supongo que estaba embarazada de Philip, ¿no? -preguntó Ben mientras ella daba un sorbo a su té.

Nerissa asintió, agradeciendo el calor del té. Aunque en la cocina no hacía frío, aún se sentía destemplada y no dejaba de temblar.

-Philip nació ese verano. Fue un parto difícil; tía Grace tuvo que ser llevada al hospital y lo tuvo allí. Estuvo a punto de morir durante el parto. Por eso no volvió a quedarse embarazada; era demasiado arriesgado. Sin embargo, parece tan fuerte y saludable que uno se la imagina teniendo un montón de hijos. Pero le advirtieron que no tuviera más; corría el riesgo de que se presentaran las mismas complicaciones, y no sobreviviría a un segundo parto. Se disgustó mucho cuando se lo dijeron, al igual que tío John. Estaba sólo aquí, con Ellen. Tía Grace dijo que estaba enfermo de preocupación por ella, por el bebé, y...

Nerissa se interrumpió, encogiéndose de hombros. Ben la miró con frialdad, arqueando las cejas.

-¿Fue esa su excusa para seducir a una adolescente que además era su cuñada? ¿Porque estaba preocupado por su esposa?

Nerissa percibió el sarcasmo y el desprecio que había en su tono de voz. Lo miró, enfadada.

-No me dio ninguna excusa cuando nos lo contaron y no creo que le diera ninguna a tía Grace cuando ésta lo averiguó. Sólo dijo que lo sentía terriblemente; no podía explicar por qué había sucedido. No tenía excusa; sólo rogó que lo perdonara y juró que no volvería a suceder. Y no fue una aventura amorosa; sólo sucedió una vez.

-¿Sólo una vez? -repitió Ben-. ¿Fue eso lo que dijo? ¿Y ella lo creyó?

-No sé si al principio lo creyó o no; estaba demasiado disgustada y enfadada con los dos. Pero entonces habló con el doctor. Este lo sabía todo al respecto, por supuesto; también era el medico de Ellen. Era un hombre joven, que en aquella época se encargaba de las visitas a las granjas. Hace años se fue a Estados Unidos y ahora trabaja en Nueva York. Era listo y ambicioso, y bastante moderno para la época; sabía algo de psicología y tenía una mente abierta. Habló a menudo con tía Grace al principio, le explicó que aquellas cosas sucedían mucho más a menudo de lo que la gente creía...

-De eso puedo dar fe –dijo Ben en tono mordaz-. Mi esposa y mi

mejor amigo, tu tío y su cuñada... Sí, estas cosas suceden todo el rato. Pero eso no hace que sean más fáciles de perdonar.

Nerissa lo miró, observando la tensión que reflejaba su rostro, la dureza de su mirada. ¿Cuánto de aquel amargo desprecio era debido a que la retorcida historia de su familia le recordaba a su matrimonio y a la traición que terminó con él?

Ben hablaba con tal desprecio del orgullo... El orgullo que había hecho que la familia de Nerissa se esforzara por mantener su secreto, el orgullo que tanto daño les había hecho a ella y a Philip cuando crecieron y se enamoraron, sin saber que eran hermano y hermana. Sin embargo, Ben también era guiado por el orgullo; la traición de su esposa y su mejor amigo habían herido profundamente su orgullo y aún no se había recuperado de ello.

-A veces, la única forma de curarse es perdonando -dijo Nerissa con calma.

Ben la miró sin cambiar de expresión y ella suspiró. No iba a escucharla, o, si lo hacía, no iba a tomar en serio lo que dijera. Su orgullo era monolítico, inamovible.

-El médico de tía Grace le explicó que los maridos sienten casi tanta tensión como las esposas durante el proceso de tener un bebé -continuó al cabo de un momento-. Antes no se les dejaba estar presentes en el parto; todo era un misterio femenino y el padre no tenía lugar en él.

-Debo admitir que eso me resulta intolerable -dijo Ben seriamente-. Me gustaría estar presente cuando naciera mi hijo; es un momento especial que me gustaría compartir.

Nerissa sintió que su corazón daba un pequeño brinco y se sorprendió. ¿Por que le hacía sentirse extraña aquel comentario de Ben? Se había casado con él, había dormido con él, pero nunca se le había ocurrido pensar que algún día podría tener un hijo suyo. ¿Quería tener hijos Ben?

¿Qué aspecto tendría un hijo suyo? Moreno, alto, con aquellos ojos grises...

Nerissa interrumpió el pensamiento y volvió a lo que estaba diciendo.

-Al parecer, cuando el bebé nace, algunos hombres se sienten abandonados, ignorados; de pronto; sus .esposas ya no tienen tiempo para ellos, están demasiado absorbidas por el recién llegado, y después de toda la adrenalina empleada para la espera del bebé sufren una terrible sensación de bajón. Se deprimen pero nadie les hace caso; nadie se da cuenta de cómo se sienten. Y suele ser entonces cuando buscan consuelo en otra parte.

Ben mantuvo su fría y sardónica expresión. Estaba sentado a la mesa, frente a ella, apoyado contra el respaldo de su silla, sin beberse el té, moviendo impacientemente el pie.

--Todo eso me suena a una especie de excusa inventada por hombres. Si mi esposa tuviera un hijo yo no iría por ahí buscando otras mujeres.

-Eres más fuerte que tío John...

-¡Deja de llamarlo así! -espetó Ben-. ¡Sólo sirve para prolongar la mentira!

-¡No puedo llamarlo de otra manera! -replicó Nerissa; enfadada-. Lo he llamado así toda mi vida porque eso es lo que es: mi tío. No podría empezar a llamarlo de otra forma, y, si lo hiciera, provocaría los comentarios de la gente. Nadie de por aquí sabe la verdad; el médico no se lo dijo a nadie y mi madre se fue... De hecho, se fue sin decirle a nadie que se iba. Fue a Londres y consiguió trabajo, y allí fue donde conoció al hombre con el que se casó, el hombre que siempre creí que era mi padre.

-¿Sabía él que ya estaba embarazada?

Nerissa asintió.

-Tía Grace me dijo que su hermana le contó la verdad y él dijo que no le importaba, que se haría cargo de los dos. Quería mucho a mi madre; tía Grace dice que habría hecho cualquier cosa por ella. Cuando murió, quedó destrozado; su muerte lo cambió todo para él. Por un lado, no podía ocuparse de mí por su cuenta -Nerissa hizo una pausa, mordiéndose el labio-. Y no creo que quisiera tenerme consigo. Yo era un recuerdo de su pérdida. Si hubiera sido un chico tal vez habría supuesto un consuelo para él, pero... El caso es que no se sintió responsable de mí y me trajo aquí, donde tía Grace me crió. Mi padre no habría vuelto nunca a recogerme, aunque no hubiera muerto.

-Le dijera lo que le dijera a tu madre, debía estar celoso de John Thornton -dijo Ben.

Nerissa apartó su taza vacía y bajó la vista.

-Debía estar enamorada de él -murmuró con voz ronca.

-¿De su marido? -preguntó Ben con gesto de duda.

-De tío John.

Ben la miró con sus penetrantes ojos grises.

-¿Es eso lo que te contó tu tía?

Nerissa denegó con la cabeza.

-Nunca trató de explicar los motivos del comportamiento de su hermana. Yo tampoco se lo pregunté. Lo deduje por mí misma, por lo que sé sobre tío John y tía Grace.

--¿No es evidente que no los conoces en absoluto?- preguntó Ben secamente.

Nerissa tragó, nerviosa.

-Sé una cosa con certeza; mi tío nunca habría forzado a una jovencita, así que ella debió querer que sucediera.

Ben hizo una mueca.

-Puede que tengas razón. Pero ella era joven e impresionable; John pudo seducirla; es posible que ella no se diera cuenta de lo que estaba pasando...

-Sospecho que debió ser al revés -dijo Nerissa con tristeza-. Y creo que tía Grace piensa lo mismo. Creo que mi madre estaba enamorada de él y lo sedujo, tal vez sin pretenderlo, sólo siguiendo sus instintos... No lo sé, pero no creo que tío John diera el primer paso. No es su carácter; tía Grace siempre ha sido la persona dominante de la pareja.

-¿Tú madre se parecía a ella?

Nerissa denegó con la cabeza.

-No. Era muy diferente; pequeña, bastante frágil: Murió de leucemia. Es probable que sufriera esa enfermedad mucho antes de que descubrieran que la tenía. A veces me pregunto si no fue ese el motivo de que fuera tan imprudente, de que sucediera lo que sucedió. Tal vez intuía que iba a morir joven y quiso vivir intensamente mientras pudo.

--¿Qué edad tenía cuando murió?

-Sólo veintiún años -Nerissa se oyó decirlo y de repente comprendió lo joven que era su madre cuando murió; ella era mayor en esos momentos.

El rostro de Ben se ensombreció.

-Pobre chica -miró a Nerisssa, frunciendo el ceño, buscando en su rostro-. ¿Y tú eres coma ella? Es cierto, eres delicada, te enfrías fácilmente y no eres muy fuerte; pero en otros aspectos te pareces a tu tía. Tienes su fuerza interior, su habilidad para enfrentarse a las cosas.

La mirada de Nerissa se suavizó.

-Me siento halagada; quiero a tía Grace. Si ella no hubiera sido capaz de perdonar lo que sucedió, si no me hubiera acogido... Puede que hubiera acabado en un orfanato y hubiera tenido una infancia desgraciada.

-Sí -dijo Ben lentamente-. Es una mujer maravillosa. La admiro; ojalá tuviera yo su fuerza de carácter. No me resulta fácil perdonar las ofensas.

Nerissa no necesitaba que se lo dijera. Sabía lo duro que era el

orgullo de Ben y hasta dónde llegaban las raíces de su amargura.

-No creo que a mi tía le resultara fácil; creo que tuvo que esforzarse para lograrlo. En ningún momento culpó a nadie cuando me habló del asunto. Sólo me contó lo sucedido y trató de explicarme por qué. Por eso estoy segura de fue mi madre la que tomó la iniciativa. Sentí que tía Grace lo creía así. Me dijo que tío John estaba sólo y preocupado, y que perdió la cabeza. Pero se arrepintió en cuanto se dio cuenta de lo que había hecho, porque él siempre ha amado a tía Grace.

-Eso no me lo creo -dijo Ben con frialdad-. Si amaba a su mujer, ¿pudo acostarse con su hermana? Oh, no me cabe duda de que eso fue lo que le contó a su esposa, pero eso no me convence. Creo que la verdad es que él estaba aquí, solo, con una chica bonita que dejó muy claro que le gustaba mucho, y la tentación fue irresistible; pero si hubiera amado realmente a su esposa no se habría sentido tentado.

Nerissa pensó lo mismo al principio. Pero tía Grace había perdonado a su marido y lo había seguido amando; ¿podía ella negarse a hacer lo mismo?

-Mi tío es débil-dijo con tristeza-. Cayó en desgracia...

-Como Lucifer, el ángel negro -dijo Ben irónicamente.

Nerissa sonrió a medias; la descripción estaba muy lejos de encajar con su tío.

-No estoy segura de eso. A diferencia de Lucifer, tío John es humano, y en cuanto empezó la aventura con mi madre la interrumpió porque amaba a tía Grace. La verdadera tragedia fue que para entonces mi hermana ya estaba embarazada.

-Debió llevarse una terrible sorpresa cuando se enteró.

Nerissa asintió.

-Sobre todo porque ella no dijo nada hasta tres meses después.

-¿Tres meses? -repitió Ben.

-No olvides que mi madre sólo tenía diecisiete años; al parecer, no se dio cuenta de que estaba embarazada hasta que pasó bastante tiempo, y le dio miedo ir al médico cuando empezó a sospechar. No se lo dijo a tío John hasta que estuvo embarazada de tres meses. Cuando él se recuperó del susto, comprendió que debía decirle a su mujer la verdad. Fue entonces cuando le confesó lo sucedido a tía Grace. Fue ella la que llevó a su hermana al médico. El embarazo fue confirmado y unos días después mi madre se fue. Dejó una nota y desapareció, y no supieron dónde buscarla. Escribió meses después, diciendo que se casaba. También les avisó de mi nacimiento, pero nunca volvió por aquí. La primera vez que me

vieron mis tíos fue cuando me trajo mi padre tras la muerte de mi madre.

-¿Los avisó de su muerte?

-No. Al parecer, él fue el único asistente a su entierro, y a la mañana siguiente me trajo aquí sin advertir a mis tíos que veníamos. Supongo que temía que si los avisaba le dirían que no viniera, o buscarían alguna excusa para no hacerse cargo de mí.

Ben la miró con el ceño fruncido, como tratando de imaginar el aspecto que habría tenido en aquella época. Nerissa recordaba aquel día a menudo, el primer día que vio Lantern Farm o la familia que vivía en ella. Le parecía que había pasado un siglo, pero también le parecía que fue ayer.

-Debió ser duro para ellos enterarse de que Ellen había muerto -dijo Ben lentamente.

Nerissa asintió.

-Tía Grace quería a mi madre; a pesar de lo sucedido, nunca dejó de quererla. No creo que la culpara más que a mi tío; trató de comprender y perdonó. Eso es lo que hace de tía Grace una persona tan especial; nunca guarda rencores ni trata de vengarse por nada.

-Una mujer sin orgullo -dijo Ben en un tono extraño de voz; Nerissa no supo distinguir si era un tono de admiración o de desprecio. Entonces añadió con suavidad-: Una rosa sin espinas.

-Tiene orgullo -dijo Nerissa-. Pero no es la misma clase de orgullo que el tuyo, eso es todo. Tía Grace tiene mucho orgullo, de hecho, demasiado como para negarse a perdonar a quien pide disculpas, o como para mantener un resentimiento durante años. Siempre dice que la vida es demasiado corta; dice que guardar rencor es como tener una espina bajo la piel; no puede comprender por qué lo hace la gente. Son ellos los que sufren. Sufren todo el rato y se niegan a olvidar y a perdonar. Por eso no dudó un instante; le dijo a mi padre que se quedaría conmigo, que me criaría como a su propia hija, aunque no había tenido tiempo para pensarlo. No necesitaba pensar. Me dijo que no lo hizo sólo porque fuera la hija de su marido, sino también de su hermana. Pertenecía a la familia. Así que el marido de mi madre me dejó con ella y se fue.

-¿Lo recuerdas?

-Apenas. Era demasiado pequeña como para recordar muchas cosas; casi acababa de empezar a vivir cuando vine aquí -Nerissa miró su taza-. ¿Quieres más té?

-No, gracias.

Nerissa se levantó y lavó automáticamente las tazas. Luego

recogió la cocina.

-Voy a hacer algo de limpieza en la casa para tía Grace -dijo, pensando en alto-. Le preocupa no haber podido quitar el polvo ni haber pasado la aspiradora -miró a Ben-. ¿Qué vas a hacer esta tarde? ¿Por qué no vas a cabalgar? A tío John no le importará que vuelvas a montar su caballo; ya te prestó una vez a Oliver. Tu mismo puedes ensillarlo, ¿no?

Ben asintió y sonrió burlonamente.

-¿No he dicho que eras como tu tía? Un minuto estás hablando sobre una tragedia familiar y al siguiente decides ponerte a hacer las labores de la casa mientras me dices lo que tengo que hacer.

Nerissa se encogió de hombros, sonriendo.

-Si no quieres cabalgar no lo hagas. No me importa lo que hagas.

Sintió que la atmósfera cambiaba, que la temperatura entre ellos bajaba de repente. Miró con aprensión a Ben y vio que su pequeña sonrisa había desaparecido.

-Eso ya lo sé -dijo él con dureza.

Nerissa lo miró, desconcertada, preguntándose de qué estaría hablando. Últimamente parecía una veleta. Cambiaba de estado de ánimo de un segundo a otro, sin advertencia previa ¿Qué había dicho ahora para que se enfadara?

-No te importa lo que haga en ningún sentido, ¿verdad, Nerissa? -mientras hablaba, Ben avanzó hacia ella y Nerissa dio un paso atrás sin pensarlo-. ¡No te apartes de mí! -murmuró él entre dientes, y Nerissa se quedó petrificada en el sitio, trató de que no notara que estaba temblando. Ben se paró frente a ella, mirándola, y Nerissa bajó la vista, sintiendo que su corazón latía aceleradamente.

-¡Deja de meterte conmigo, Ben! -dijo con voz ronca-: ¿Qué te pasa? Sólo ha sido un comentario sin importancia; no pretendía ser desagradable contigo. Sólo he dicho que...

-Sé lo que has dicho y lo que tratabas de insinuar. La verdad se manifiesta en esos comentarios sin importancia. Has dicho que no te importa lo que haga, y esa es la verdad. Si desapareciera mañana no moverías un dedo; no más que por el hombre al que considerabas tu padre. Ojos que no ven, corazón que no siente. Aún estás obsesionada con tu medio hermano; nunca has dejado de pensar en él. En cuanto has tenido una excusa has venido corriendo, sin ni siquiera molestarte en decírmelo. Estoy empezando a pensar que en realidad no quieres olvidarlo, a pesar de que no dejas de decir que sabes que no hay futuro para vosotros. Hoy os he visto juntos y me he sentido enfermo viendo lo que aún sentís el uno por el otro.

Nerissa lo miró con gesto dolido. Fue en ese momento cuando

comprendió lo lejos que estaba Ben de la verdad. La revelación llegó como un relámpago. ¿Por qué no se había dado cuenta antes?

Ya no estaba enamorada de Philip.

Oh, lo quería, por supuesto; siempre lo querría. Era su hermano, su amigo, la persona más cercana a ella en la tierra. Habían pasado gran parte de su vida juntos, subiendo a las colinas, nadando en el río, montando a caballo... Philip era su otro «yo», su imagen en el espejo, su gemelo.

Pero no estaba enamorada de él.

De hecho, era esa cercanía la que la había confundido tanto tiempo. Había confundido un profundo afecto por algo distinto, y eso le hizo malinterpretar el intenso deseo que sintió por Ben cuando se conocieron.

Se dijo que era simple química, un instinto físico, un empuje sexual que no tenía nada que ver con las emociones. Quería a Ben porque era un hombre atractivo, no porque estuviera enamorada de él.

Estaba tan convencida de que el único hombre para ella era Philip que no pudo ver nada más. ¿Por qué había tardado tanto en quitarse la venda de los ojos?

Ahora había caído. Podía ver la verdad y se sintió anonadada por ella; como una superviviente de un bombardeo, estaba ciega, sorda y atontada por el impacto, avanzando a tientas en un mundo que había enloquecido.

Estaba enamorada de Ben. Lo había estado mucho tiempo.

-¡Por mí puedes irte al diablo! -dijo Ben con brusquedad-. Yo vuelvo a Londres. Ven o quédate. Haz lo que quieras; pero si te quedas, nuestro matrimonio habrá terminado -giró sobre sus talones y salió de la cocina, encaminándose directamente a las escaleras.

Nerissa permaneció donde estaba, con sus azules ojos oscurecidos por la sorpresa.

Cuando oyó que Ben bajaba de nuevo las escaleras, salió rápidamente al recibidor. Vio que llevaba su maleta y sintió una punzada de consternación al darse cuenta de lo que significaba; Ben se iba de verdad.

-Escucha, Ben... No puedo irme ahora. Me necesitan. Pero...

Ben volvió su severo rostro hacia ella.

-Nada de peros, Nerissa. He hablado en serio. Estoy harto de esta farsa de matrimonio. No puedo soportarlo más.

Un momento después salió de la casa dando un portazo. Nerissa fue incapaz de moverse. Oyó el motor del coche poniéndose en marcha y el ruido de las ruedas en la gravilla mientras se alejaba.

Ben la había dejado.

Capitulo 7

Cuando tía Grace volvió unas horas después comprobó que Nerissa había limpiado la casa de arriba abajo y estaba en la cocina, preparando la cena.

Nerissa la oyó entrar y puso agua a calentar. Grace apareció en el umbral de la puerta unos momentos después y dijo:

-¡Veo que has estado ocupada! Eres una buena chica. Venía pensando que mañana tendría que ponerme a limpiar la casa, pero tú ya la has dejado limpia como una patena.

Nerissa logró dedicarle una sonrisa y luego se inclinó para probar la sopa que estaba preparando en un gran recipiente.

-Hay té en la tetera; acabo de hacerlo.

-¡Me muero por una taza! -Grace Thornton se sentó dando un suspiro de alivio y se sirvió una taza de té-. ¿Qué estás cocinando? Huele muy bien.

-Tío John ha dejado un montón de tomates pasados en la mesa y he supuesto que quería que los usáramos esta noche, así que he preparado sopa con ellos; le he añadido un poco de albahaca.

Grace asintió.

-Este año tenemos exceso de tomates. Es una buena forma de usarlos. Si tuviera tiempo haría salsa y la guardaría en botes de cristal, como antes, ¿te acuerdas?

-Sí -dijo Nerissa distraídamente, pensando en Ben; cuando captó lo que su tía acababa de decir, añadió-: Si quieres, mañana puedo preparar la salsa mientras tú visitas a Philip.

-Puede que Ben quiera sacarte de paseo. Se va a aburrir mucho aquí, sin hacer nada -Grace dio otro sorbo a su té y luego dijo-despreocupadamente-: He notado que su coche no está fuera. ¿Ha salido a pasear un rato?

-Ha vuelto a Londres -contestó Nerissa de espaldas a su tía mientras abría el horno para ver cómo iba el cordero que estaba asando.

-¿Va a volver? -la voz adquirió un matiz de preocupación; había captado algo en el tono de Nerissa.

-No -Nerissa echó salsa a la carne y dio vuelta a las patatas. Luego cerró la puerta del horno y se irguió.

-¿Qué sucede, Nerissa? -Grace Thornton la observaba atentamente. Nerissa mantuvo su rostro vuelto, tratando de que su voz sonara tranquila mientras contestaba.

-Está muy ocupado; tenía que volver a Londres.

Había pensado en lo que diría mientras trabajaba en la casa. No quería que sus tíos supieran que su matrimonio estaba en peligro, o que adivinaran que Ben le había dado un ultimátum, que le había exigido que eligiera entre él o su familia. Ya tenían bastantes problemas encima.

No necesitaban más.

-Pensaba que iba a quedarse el resto de la semana.

Nerissa supo que no estaba engañando a su tía; Grace Thornton tenía una gran facilidad para captar los estados de ánimo de los que la rodeaban.

-Esa era su intención... -Nerissa se interrumpió con la voz rota. Hablar de Ben significaba pensar en él, y eso dolía.

-¿Qué sucede, Nerissa?

Al oír a su tía, Nerissa fue incapaz de ocultar su tristeza. Se cubrió el rostro con las manos, sin poder controlar los estremecimientos de su cuerpo.

Tía Grace se acercó a ella rápidamente y la rodeó con sus brazos.

-No llores, pequeña mía. No puede ser tan grave.

Nerissa se apoyó en ella un minuto; luego se apartó, conteniendo los sollozos.

-¡Me ha dejado, tía Grace!

Grace tomó a su sobrina por la barbilla y le secó las lágrimas con firmeza, como si tuviera cinco años. Luego miró sus húmedos ojos azules como si tratara de leer en ellos.

-¿Por qué, cariño? ¿Qué ha sucedido entre vosotros?

Nerissa movió la cabeza con impotencia. No podía dar explicaciones; era demasiado personal, demasiado complicado.

-¿Es por Philip?

La sagaz pregunta de su tía la dejó sin aliento. No respondió, pero tampoco fue necesario; Grace observaba atentamente cada expresión que cruzaba su rostro.

-Lo es -concluyó Grace, frunciendo el ceño. Dio un largo suspiro-. No deberíamos haberte pedido que vinieras.

-¡Por supuesto que sí! -dijo Nerissa, reaccionando-. Es mi hermano. ¡Teníais que decirme lo mal que estaba y yo tenía que venir! ¡Si hubiera muerto, nunca me habría perdonado no estar aquí!

Era la primera vez que llamaba hermano a Philip, y el rostro de Grace registró el hecho.

Asintió lentamente.

-Sí, tenías derecho a saberlo. Pero Ben se ofendió... ¿No quería que vinieras?

Nerissa asintió.

-Cree que aún... -se interrumpió, mordiéndose el labio. No podía expresarlo en palabras; no a la madre de Philip, a la esposa de su padre. Todo aquel asunto era demasiado delicado; temía lo que pudiera desencadenar si decía demasiado.

Grace le tomó una mano y se la palmeó cariñosamente.

-Por supuesto, sabe lo de Philip... ¿Y sospecha que aún sientes lo mismo?

Nerissa dejó escapar una risa cercana a la histeria. Tía Grace lo sabía. ¿Por qué había tratado de ocultar sus sentimientos? Debería haberse dado cuenta de que no necesitaba expresarlos con palabras; tía Grace siempre oía lo que no decías; leía los pensamientos en tus ojos, en el tono de tu voz. A pesar de la poca gente que veía en aquel remoto lugar Grace Thornton se las había arreglado para llegar a ser una experta en observar a las personas. Le gustaba la gente, ese era su secreto, pensó Nerissa. Le gusta y se preocupaba por ella; no estaba cegada por su propio yo, corno la mayoría de las personas.

«Como me ha sucedido a mí», pensó Nerissa «He estado tan obsesionada por lo que quería, por lo que sentía, que no he sido capaz de ver nada más».

«No he visto a Ben, no he pensado en sus sentimientos; no sé nada de lo que pasa dentro de él. He vivido meses con él, ha sido mi amante, mi marido, y sin embargo, no sé casi nada sobre el hombre que hay tras la fachada que ve el resto del mundo».

-Ve tras él -dijo Grace y Nerissa la miró, sorprendida, denegando con la cabeza.

-¡No puedo!

-¿Por qué no? -Grace parecía impaciente, lo que no era habitual en ella. Era una de las mujeres más pacientes que Nerissa había conocido.

-No puedo dejar a Philip. Aún está enfermo.

-No te preocupes por Philip -dijo Grace con energía-. Se va a recuperar perfectamente ahora que ha salido del coma. He visto a su especialista esta tarde, antes de venir. Cree que va a recobrar rápidamente la salud. Philip es joven y fuerte. No tienes por qué preocuparte por él. Y, en cualquier caso, eso no es lo más importante para ti. Pero sí lo es tu marido. Vete tras él -Grace Thornton hizo una pausa y la miró fijamente-. A menos que no lo quieras. ¿Le amas, Nerissa?

Nerissa permaneció en silencio, mordiéndose el labio. Al cabo de un momento, su tía añadió:

--Os he visto juntos y creo que sí. Si lo amas, no lo dejes escapar, Nerissa. Lucha por él.

Nerissa suspiró profundamente.

-¿Es eso lo que hiciste tú?

Grace asintió, sonriendo.

-Y no creas que me resultó fácil, porque no lo fue. Cuando John me contó lo que había sucedido entre él y Ellen, quise matarlos a los dos.

-Lo comprendo perfectamente.

Grace Thornton hizo una mueca.

-Me sentí terriblemente celosa, y muy enfadada. Pero, gracias a Dios, tuve mucho sentido común y no seguí mi primer impulso, que fue decirles a los dos que se fueran y pedirle a John el divorcio.

Aquello sorprendió a Nerissa y Grace sonrió al ver la expresión de su rostro.

-¿Acaso creías que era una santa? No, muchacha; para serte sincera, tuve ganas de pegarles una buena paliza a los dos. Estuve a punto de echarlos de casa y decirles que no quería volver a verlos. No sé cómo me contuve. Pero tenía cosas prácticas que hacer; llevar a Ellen al médico y asegurarme de que estaba embarazada, y también tenía que ocuparme de mi bebé. Estuve demasiado ocupada como para dedicarme a rumiar mi desgracia. Y antes de que decidiera lo que iba a hacer, Ellen se fue y yo comprendí que, a pesar de lo que hubiera hecho, yo aún amaba a John y no quería perderlo. La pobre Ellen me facilitó las cosas; en cierto modo decidió por mí. Creo que ella también lo amaba o nunca hubiera hecho lo que hizo.

Nerissa miró a su tía con incredulidad.

-¡Siempre pareces tan tranquila al respecto! ¿Cómo puedes ser tan objetiva?

-¿Después de veinte años? Ya sabes lo que se dice: el tiempo lo cura todo. Te aseguro que al principio no fui objetiva, pero cuando quieres a alguien eres capaz de tragarte tu orgullo y dejar la rabia a un lado. Tienes que hacerlo si vas a seguir viviendo con alguien. Es imposible convivir con alguien a quien odias; es destructivo.

-De todas formas, supones que es tan fácil decirlo que hacerlo.

-Yo no he dicho que fuera fácil, cariño. Sólo que tienes que tomar una decisión; si lo amas, tenéis que resolver el asunto entre los dos. Al principio es difícil contener la lengua y el genio, pero según pasan los días resulta más y más fácil. La clave está en amar, Nerissa. Tienes que querer que funcione.

-Quiero -admitió. Nerissa con voz ronca.

-Entonces tendrás que ser tú la que corra tras él. Ahora es demasiado tarde, pero mañana John te llevará a la estación para que tomes el primer tren a Londres.

Nerissa aún dudaba.

-Apenas he tenido oportunidad de hablar con Philip. Debería verlo una vez más, decirle adiós...

-Yo se lo diré por ti -dijo Grace con firmeza.- Es mejor, cariño. Para los dos. Tú lo sabes. Creo que ambos lo habéis superado, pero es demasiado pronto para estar a salvo; debéis mantener la distancia entre vosotros. Algún día podréis encontraros como hermano y hermana y no volver a recordar nunca más cómo fueron las cosas.

Nerissa asintió con tristeza.

-Lo siento, querida -dijo su tía en voz baja, palmeándole la mano-. Todo fue por nuestra culpa. Debimos contaros la verdad cuando erais pequeños, pero nunca se nos ocurrió que pudiera llegar a ser un problema. La culpa fue mía. Fue por proteger mi orgullo por lo que nunca revelé que eras hija de John. A él le habría encantado decir a todo el mundo que eras su hija.

-¿En serio? -la boca de Nerissa sonrió a pesar de que sus ojos reflejaron la duda que le produjo la afirmación de su tía. Grace asintió con la cabeza insistentemente.

-Te quiere; eso ya lo sabes. Lo mantuvo en secreto por mí. No culpes nunca a tu padre, cúlpame a mí. El sabía que me sentiría muy herida en mi orgullo si todos los vecinos y la familia se enteraran de su aventura con Ellen. Me habría sentido humillada; habría pensado que todos se reían y murmuraban a mis espaldas. Lo puse como condición para perdonarlo. Fue un error por mi parte poner, condiciones, pero lo hice. Le dije que olvidaría lo sucedido pero que nadie debía enterarse nunca de lo sucedido. Él estuvo de acuerdo. A ninguno de los dos se nos ocurrió pensar en la posibilidad de que Ellen muriera tan pronto y tú vinieras a vivir con nosotros.

-Debió ser difícil para ti aceptarme -dijo Nerissa, mirando a su tía al rostro.

-No puedo decir que lo fuera -dijo Grace, sonriéndole afectuosamente.- Eras una niña preciosa, y parecías perdida el día que llegaste: Mirabas a tu alrededor en busca de tu madre; ni siquiera sabías que estaba muerta. Mi corazón tendría que haber sido de piedra para no aceptarte. Pero debí tener el coraje necesario para decirte que John era tu padre. Ojalá lo hubiera hecho. Pero nunca quise perjudicarte, Nerissa. Te quiero; lo sabes.

-¡Por supuesto que lo sé! Nerissa abrazó impulsivamente a su tía-. No te culpes nunca; comprendo lo sucedido. Estoy segura de que me habría sentido exactamente como tú en esa situación. Y no creo que hubiera sido tan generosa. Eres la única madre que recuerdo y me proporcionaste una infancia maravillosa, a mí y a Philip. Eres una persona muy especial, tía Grace, y te quiero.

Nerissa apenas durmió esa noche; estaba poseída por imágenes de Ben, torturada por recuerdos de los meses que habían estado juntos. ¡Cuánto tiempo había pasado! ¡Si al menos pudiera recuperarlas!

Deseó haberse ido con él. Debería haber hecho las maletas después de hablar con tía Grace y haberse ido de inmediato. Si Ben había hablado en serio, su matrimonio había terminado; se divorciaría de ella.

¿Pero lo habría dicho en serio? Nerissa no cejaba de recordar el tono áspero de su voz, la dureza de su rostro, la sensación de finalidad que la invadió cuando se fue dando un portazo: Se sintió enferma. Ben sí había hablado en serio. Ya era demasiado tarde para arreglar las cosas.

Pero no podía renunciar a la esperanza; todavía no. Debía tratar de recuperarlo; no pensaba dejarlo ir tan fácilmente.

A la mañana siguiente se despidió de su tía dándole un fuerte abrazo y John Thornton la llevó a la estación para que tomara el tren de vuelta a Londres.

Era un expreso que sólo paraba en las estaciones grandes. Llegó a Londres después del mediodía y tomó un taxi. Según se acercaba el momento de ver a Ben empezó a sentirse más y más nerviosa. No le había avisado de que iba; lo que tenía que decirle sólo podía decírselo cara a cara.

El sol brillaba cuando giraron para entrar en la calle en laque había vivido con Ben los pasados meses. Seguía exactamente igual que el día que se fue a escondidas de Ben, pero Nerissa la veía ahora con ojos diferentes.

-¿Cuál es? -preguntó el taxista por encima del hombro.

-La segunda a la izquierda -contestó Nerissa, mirando con inquietud las ventanas de la casa. ¿Estaría Ben dentro? ¿La estaría viendo? ¿Qué pensaría? ¿Cómo la recibiría? ¿Qué diría?

Tras pagar al taxista, sacó la maleta y caminó hacia la puerta de entrada con el pulso acelerado, esperando que se abriera, que Ben apareciera.

Había imaginado aquel momento muchas veces, pero aún no sabía cómo iba a reaccionar al verla.

Dejó la maleta en el suelo, escuchando atentamente por si oía ruido de pasos tras la puerta. No oyó nada. No esperaba que Ben hubiera salido. Había estado demasiado concentrada en la idea de volver a verlo.

Lentamente, sacó sus llaves y abrió la cerradura. Siguió sin oír nada.

Entró en la casa, volvió a dejar la maleta en el suelo y permaneció quieta escuchando el silencio reinante. Al cabo de un minuto fue a la cocina; estaba inmaculada, no había nada fuera de su sitio, ni señales de que alguien hubiera usado una taza o un plato por la mañana.

Miró en las otras habitaciones de la planta baja. Tampoco había señales de que nadie hubiera pasado por ellas; ni libros en las mesas, ni periódicos, ni sillas movidas.

Tampoco era uno de los días en que acudía la asistenta. No podía haber estado allí aquella mañana, recogiendo después de que se fuera Ben.

Frunciendo el ceño, Nerissa subió a su habitación. La cama estaba perfectamente hecha. Si había sido utilizada la noche anterior, alguien había vuelto a hacerla, y no podía creer que hubiera sido Ben.

Miró en el armario, rebuscando entre la ropa de Ben. La que había llevado a Lantem Farm no estaba allí, ni tampoco en el cesto de la ropa sucia, donde miró a continuación. El baño estaba totalmente seco y era evidente que nadie había utilizado las toallas.

No había señales de su maleta en la pequeña habitación que utilizaban para guardar la ropa de cama, las maletas y otras cosas que sólo se usaban de vez en cuando.

Tras comprobar que lo mismo sucedía en las demás habitaciones, Nerissa permaneció en el descansillo de la planta de arriba, atando cabos.

Ben no había estado allí la noche anterior. ¿A dónde pudo ir tras dejarla.

¿Y si había tenido un accidente? ¿Y si estaba herido o moribundo en algún hospital? ¿Le daría a alguien su nombre para que la avisaran?

Ben pensaría que aún estaba en Lantern Farm. Y, por lo que a él concernía, su matrimonio había terminado; ella había elegido quedarse con Philip.

«¿Qué puedo hacer?», se preguntó Nerissa, desesperada.

Debía averiguar si Ben había vuelto a Londres o no. Sin duda, se habría puesto en contacto con su bufete; no podía desaparecer así como así sin decirles dónde estaba.

Bajó corriendo las escaleras y fue al despacho. Antes de llamar desconectó el contestador y apretó el botón para escuchar los mensajes. Era posible que Ben le hubiera dejado alguno.

El primero era de Helen Manners, su secretaria.

-Ben, llámame cuanto antes. Necesito hablar contigo urgentemente. Estaré en el despacho hasta las seis y luego en casa.

¿Cuándo habría dejado aquel mensaje?

¿Serían mensajes antiguos o de ese día? Había varios más, todos de colegas de Ben. Nerissa tenía pocos amigos; la mayoría, esposas de compañeros y amigos de Ben.

Helen Manners había vuelto a llamar.

-Soy Helen otra vez; dijiste que escucharías los mensajes y pensaba que te pondrías en contacto conmigo, pero no lo has hecho. Es muy importante que hablemos. Llámame enseguida, por favor.

Eso era todo. La cinta se detuvo y se rebobinó automáticamente.

Nerissa dudó, mordiéndose el labio. Finalmente llamó al despacho de Ben y preguntó por él sin dar su nombre, esperando que no la reconocieran.

La recepcionista que contestó le dijo amablemente que no estaba en el bufete y que no sabía cuándo volvería.

-Se ha tomado la semana libre para visitar a unos parientes en el norte -admitió finalmente.

Nerissa preguntó por su secretaria; era posible que ella supiera algo más. Pero que Helen Manners le revelara algo a la esposa de Ben era un asunto distinto. Aún se mostraba muy hostil hacia Nerissa.

-Tampoco está aquí -dijo la recepcionista-. Llamó esta mañana para decir que se tomaba el resto de la semana libre, ya que su jefe no la va a necesitar.

Nerissa colgó el auricular y permaneció junto a la ventana, mirando al jardín de la casa. Aquella tarde tenía un aspecto melancólico; las hojas secas se amontonaban por la hierba llevadas por el viento, el sauce desnudo parecía lánguido y abandonado en su rincón, el musgo empezaba a crecer en el rostro de la estatua que se hallaba junto al pequeño estanque al final del césped.

Si Ben no había ido a trabajar y no estaba en casa, ¿dónde estaba?

El corazón de Nerissa se encogió dolorosamente. ¿Se habría arrepentido y habría vuelto a la granja a buscarla?

Se puso a marcar de nuevo rápidamente. Grace Thomton respondió al teléfono y Nerissa supo de inmediato que Ben no había vuelto por allí al oír el tono sorprendido de su voz.

-Oh, hola, querida... ¿Va todo bien?

-Llamo sólo para decirte que el viaje ha ido bien y que ya estoy en casa -dijo Nerissa rápidamente, sintiendo que la ansiedad volvía a apoderarse de ella al comprobar que Ben no estaba allí.

-¿Has hablado con Ben?

-Todavía no. Está trabajando -mintió Nerissa-. ¿Qué tal está Philip?

-Bien. He pasado un par de horas con él esta mañana, y volveré al hospital dentro de un rato.

-Dale un beso de mi parte, y también a tío John. Volveré a llamar. Adiós.

Colgó el teléfono y permaneció junto a la ventana, mirando al exterior. Ben no estaba en el despacho, ni en casa, ni en la granja; ¿dónde estaba?

Si había oído los mensajes del contestador habría llamado a Helen Manners; por supuesto. Parecían bastante urgentes.

Nerissa abrió la agenda de teléfonos de Ben y buscó el teléfono de su secretaria.

Helen vivía en Highgate, cerca del famoso cementerio en el que yacían los restos de Karl Marx y de otros personajes famosos. Su apartamento daba a un lado del cementerio y se había trasladado recientemente a él. Para celebrarlo, dio una fiesta a la que fueron invitados Ben y Nerissa.

Nerissa dudó un momento antes de marcar el número de la secretaria de Ben. Aquella mujer no le gustaba y no le hacía ninguna gracia que se enterara de que no sabía dónde estaba su marido; no se hacía ninguna ilusión respecto a cuál sería la reacción de Helen. Sacaría la conclusión más evidente: que se habían peleado y que su matrimonio estaba al borde del fracaso.

Desde el momento en que se conocieron, Nerissa sospechó que Helen estaba enamorada de Ben. Era la única explicación para su helada hostilidad. Nerissa la había visto hablar y relacionarse con otras personas y había comprobado que Helen podía ser encantadora y muy agradable de tratar.

Pero nunca se mostraba así con ella. La razón era evidente, y Nerissa se sentía reacia a dejar que Helen supiera que no tenía idea de dónde estaba Ben.

Pero si alguien podía saberlo, era ella.

Descolgó el teléfono y marcó rápidamente. No contestó nadie.

Helen no estaba en casa. Nerissa volvió a colgar, pálida. ¿Y ahora qué? ¿Podía haber vuelto Bien a La Haya sin avisar a su bufete? Eso no era posible. ¿Dónde estaba? ¿Dónde podía haber ido? ¿A casa de su hermana? Él y Jenny no mantenían un trato especialmente cercano. Ben apenas la visitaba, pero siempre existía la posibilidad de que hubiera ido a su casa. Pero Nerissa no se sentía capaz de llamar a su cuñada; habría sido aún más duro que llamar a Helen. Habría sido más humillante aún; su orgullo no le permitiría hacerlo.

¿Quién más podía saber dónde estaba? ¿Alguno de sus amigos? Algunos fueron muy amables con ella y una o dos de sus esposas se mostraron especialmente amistosas, pero no tenía la confianza suficiente con ellas como para admitir abiertamente que había perdido a su marido. Harían preguntas, y luego... Parpadeó al pensar en los comentarios que despertaría.

No podía hacerle eso a Ben. No podía herir su orgullo exponiéndolo a la curiosidad de sus amigos.

Apartó la mirada de la foto de su boda, que se hallaba sobre el escritorio de Ben, y salió del estudio sin saber a dónde ir o qué hacer.

Entró en el cuarto de estar y se acercó a la ventana. Mientras contemplaba la calle londinense en la que vivía, pensó en los pocos amigos que tenía en la ciudad. No tenía nadie a quien confiarse, nadie a quien pedirle consejo. Desde que se casó con Ben tenía un montón de conocidos, pero no había hecho verdaderos amigos. Por un lado, ella era demasiado tímida, y por el otro...

Cerró los ojos, enfadada consigo misma. La verdadera razón por la que no tenía y no podía confiar en nadie era que su cuerpo había estado en Londres, pero su corazón y su mente habían estado obsesionados con Philip. Había vivido con Ben, había dormido en su cama y había hecho el amor con él, pero, en cierto sentido, siempre estuvo en otro sitio, en las colinas azotadas por el viento de su infancia.

¡Pero eso iba a cambiar de ahora en adelante! Iba a acercarse a la gente, a tener amigos, a crearse una nueva vida en Londres. Sí Ben volvía...

Tenía la mirada fija en la calle pero no veía nada.

Un coche se detuvo frente a la casa. El cerebro de Nerissa registró lentamente su color y su forma. Entonces se dio cuenta... ¡Era el coche de Ben! Se abrió la puerta del conductor y Ben salió del vehículo.

El corazón de Nerissa empezó a latir frenéticamente. Ben parecía estar en perfecto estado. Rodeó el coche y abrió la puerta de

pasajeros.

El corazón de Nerissa se detuvo abruptamente al ver a quién había llevado Ben a su casa.

Helen Manners deslizó sus largas y suaves piernas del coche y salió de éste, perfectamente peinada y maquillada, con un vestido rojo cuya delicada tela se amoldaba como un guante a las líneas de su cuerpo.

Tenía un aspecto fabuloso. Nerissa la odió.

Ben cerró la puerta del coche, fue a la parte trasera, sacó su maleta, cerró el coche y luego caminó junto a Helen por el sendero que llevaba a la casa, hablando, riendo, totalmente centrados el uno en el otro, en una intimidad que excluía al resto del mundo.

«Ha estado con ella toda la noche», pensó Nerissa. ¿Por qué si no tenía la maleta consigo? Era evidente que no había pasado por la casa todavía.

Había ido al apartamento de Helen. Se había quedado con ella. Toda la noche.

Los celos se aferraron con fuerza a Nerissa, como un animal atacándola y clavándole las garras y los dientes en la carne. Sintió que moría mientras la mente se le llenaba de imágenes de ellos juntos; Ben desnudo en la cama de Helen, acariciándola, moviéndose sobre ella.

« Oh, Dios», pensó. «¿Cómo voy a poder soportarlo?»

Capítulo 8

La llave de Ben sonó en la cerradura y, al cabo de un segundo, Nerissa oyó que Helen Manners decía:

-Ya sabes que siempre me ha gustado esta casa, Ben.

Nerissa apretó los dientes. «¡No vas a quedártela!», pensó, sintiendo que le hervía la sangre. «¡Ni a él tampoco! ¡Si Ben piensa que puede divorciarse de mí y casarse contigo tan fácilmente, será mejor que se vaya olvidando! Tía Grace tiene razón; voy a luchar por él; no voy a soltarlo así como así».

-Es espaciosa y confortable, ideal para convertirse en un auténtico hogar -dijo Ben.

-Se podrían hacer tantas cosas en ella... -dijo Helen-. Me gustaría tener la oportunidad de transformarla. Puedo imaginar el aspecto que tendría con un buen trabajo de diseño interior.

Estaban justo fuera del cuarto de estar y sus voces se oían claramente.

-Gracias por la noche pasada, Helen -murmuró Ben-. Tuve suerte de poder contar contigo; te estoy muy agradecido.

Nerissa aspiró secamente. Dios. Tenía razón. Ben había pasado la noche con Helen. El dolor se intensificó y tuvo que morderse el labio para no gemir en alto. En cualquier momento entrarían y la verían; debía controlarse, ocultar lo que estaba sintiendo en su interior.

No debía dejarles ver lo que le importaba.

-No lo olvidaré, Helen -dijo Ben y Helen rió con suavidad.

-Yo tampoco.

¡Malditos!, pensó Nerissa, con los ojos brillantes por los celos. Ya era suficientemente malo saber lo que había pasado como para encima oírles hablar en aquel tono.

Ben también rió.

-Espero que no te vengues por haberte despertado.

Nerissa se quedó sin respiración, incrédula.

-Puede que sí -dijo Helen con voz divertida-. ¿Qué te parece si para empezar me preparas la taza de té que me habías prometido?

-Pondré el agua a hervir -dijo Ben, encaminándose a la cocina.

Nerissa esperó hasta oír que la puerta se cerraba tras ellos. Entonces subió a la habitación procurando hacer el menor ruido posible. No quería que supieran que estaba en la casa. No podría soportar un enfrentamiento con los dos en esos momentos; no quería mirar el rostro de Helen Manners y ver el triunfo, la

satisfacción y la burla que habría en él.

Una parte de ella quería agarrar la maleta y volver rápidamente a Lantern Farm, con las personas que la amaban y a las que ella amaba. Otra parte la impulsaba a quedarse y luchar, pero no sabía si tendría fuerzas suficientes para hacerlo. Se tumbó en la cama y miró el techo, sintiendo que su mente era un campo de batalla. La casa volvía a estar silenciosa. Ellos seguían en la cocina. Bebiendo té... sonaba tan doméstico y hogareño, tan inglés y delicado...

Pero el adulterio no tenía nada de delicado y hogareño. Significaba la destrucción de un hogar; desgarraba el tejido de un matrimonio. Nerissa recordó que Ben dijo algo así. La había acusado amargamente de cometer adulterio en su corazón, con Philip. Ella no podía negarlo. Desde el día de su boda habían sido tres en la cama.

Si pudiera volver atrás el tiempo, empezar de nuevo... ¿Por qué no había descubierto antes que amaba a Ben? Si al menos...

Pero no podía borrar el pasado. Era irrevocable; nadie podía alterar ni parar el tiempo.

Lo único que podía hacer era enfrentarse a las consecuencias, del pasado, y, en esos momentos, la consecuencia era que Ben había pasado la noche con Helen.

¿Habría descubierto que estaba enamorado de ella?

Nerissa se estremeció ante ese pensamiento. Si era así, tendría que dejarle ir; no podía tratar de retenerlo si amaba a otra. Por mucho que le doliera, tendría que dejarlo ir.

¿Pero le habían parecido dos personas enamoradas? Frunció el ceño, pensando en lo que había escuchado. No creía haber percibido demasiada emoción en sus voces. Diversión, cierta intimidad; sí, pero no amor.

¿Pero cómo sonaba el amor?, se preguntó, enfada, sin encontrar ninguna respuesta racional. Era un asunto de intuición. Había sospechado a menudo que Helen quería a Ben, pero no había captado una profunda emoción en la voz de éste hacía un momento.

«Y si no la ama no pienso dejar que se vaya», pensó Nerissa. «No dejaré que lo aparte de mi lado; lucharé contra ella con todas mis fuerzas. No creo que ella pueda hacerle feliz. Yo sí».

Su corazón dio un salto, como el de un salmón luchando por subir contra la corriente.

Miró al futuro con un destello de esperanza. Si pudiera recuperar a Ben...

«Ahora que sé que lo amo nuestro matrimonio será diferente»; pensó. Siempre había sido apasionado; de echo, el sexo lo había

sido todo en su matrimonio, y eso le había preocupado más y más con el paso del tiempo. El sexo no era suficiente. Una mujer necesitaba más que eso. El vacío de su relación la había vuelto inquieta, difícil de tratar. Todo aquello había cambiado repentinamente al comprender que amaba a Ben.

¿Por qué no se había dado cuenta un día antes? Ben no la habría dejado; no habría acudido a Helen y ella no estaría tumbada allí, angustiada, mientras él estaba abajo con otra mujer.

¿Y si subían a la habitación para acostarse, para hacer el amor?

Nerissa se sentó en la cama, con las rodillas dobladas contra el pecho y la cabeza apoyada en ellas, balanceándose atrás y adelante, gimiendo con suavidad.

Ben no sería capaz. No allí. No en su habitación, en la cama que habían compartido desde el día de su boda...

La mente de Nerissa se llenó de imágenes que le hubiera gustado desechar. Conocía todas las formas de hacer el amor de Ben. Sabía el aspecto que tenía y cómo sonaba en la agonía del amor. El mero hecho de imaginarlo con otra mujer la ponía enferma.

Un sonido procedente de la planta baja la dejó petrificada. Oyó sus voces de nuevo en el recibidor. Bajó las piernas de la cama y se volvió a mirar la puerta, con los oídos latiéndole debido a la tensión.

El sonido de un portazo le hizo dar un brinco. Tardó unos segundos en comprender que había sido la puerta de la entrada al cerrarse.

Se iban. Oyó pasos, el sonido del coche poniéndose en marcha y luego alejándose. Un frío silencio volvió a apoderarse de la casa.

Corrió a la ventana para mirar fuera y vio el coche girando al final de la calle.

Por un segundo se sintió aliviada. Afortunadamente, no habían subido a la habitación; no tendría que enfrentarse a ellos.

Entonces comprendió que Ben se había ido con Helen y un montón de preguntas empezaron a formularse en su cabeza, volviéndola loca. ¿A donde habían ido? ¿Volverían? ¿Y si Ben se había ido a vivir con Helen?

Era tan fácil conseguir un divorcio en aquella época... Bastaba con vivir separados dos años mientras hubiera un acuerdo entre las partes.

Probablemente, ella se quedaría con la casa, aunque, como no tenían hijos, era seguro que tuvieran que venderla y dividir los beneficios. No estaba segura de los detalles legales del divorcio; pero Ben era abogado y estaría al tanto. Además, ya se había

divorciado una vez.

Nerissa frunció el ceño, recordando sus cortantes comentarios sobre Aileen, que para divorciarse exigió la casa, el coche y una fuerte suma de dinero. Debido a su adulterio, Ben logró pararle los pies, pero se vio obligado a venderla y a darle la mitad de los beneficios. Su primer matrimonio había hecho de Ben una persona amargada y cínica.

«Y yo sigo pagando por Aíleen», pensó Nerissa con amargura.

Pero no quería nada de él. Ni la casa, ni dinero. No quería seguir viviendo en la casa que habían compartido; sería demasiado amargo.

¿Sentiría Ben lo mismo? Tal vez prefiriera otro lugar, uno libre de recuerdos.

Eso dolía. Casi todo en su vida le había producido dolor desde que se hizo mayor pensó Nerissa con tristeza. Se había enamorado dos veces y las dos veces le había producido angustia. No quería, volver a enamorarse nunca más. Nunca. Ya se había curado del amor. ¡Habría que estar loco para querer volver a sentirse así una tercera vez.

Se arrojó en la cama bocabajo, tratando de alejar la luz, deseando que la casa se desmoronara en pedazos sobre ella y la enterrara para siempre, estremeciéndose por los sollozos.

Sus lágrimas acababan de empezar a remitir cuando un sonido a sus espaldas le hizo volver repentinamente la cabeza. Su negro pelo cayó sobre su pálido rostro, húmedo por las lágrimas.

Ben estaba de pie junto a la cama, mirándola con gesto asombrado.

-Creí haber oído a alguien rondando por arriba... Pensaba que eras un ladrón -dejó caer a un lado el palo de golf que sostenía en una mano; cayó de lado sobre una silla y Nerissa lo miró sin pensar realmente en ello-. He venido preparado -explicó Ben, y añadió bruscamente-: Has estado llorando. ¿Ha empeorado?

Nerissa tardó un segundo en comprender que se refería a Philip.

-No.

-¿Entonces a qué vienen esas lágrimas? -preguntó Ben con aspereza-. ¿Ya lo echas de menos, o qué?

Nerissa se estremeció y Ben dejó escapar un sonido de impaciencia.

-Oh, olvídalo --dijo-. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

-Llegué hace una hora. ¿No te has ido con Helen?

¿Por qué se había ido Helen sin él? ¿Por qué se había llevado su coche?

Ben no se molestó en contestar a su retórica pregunta.

-¿Has estado aquí arriba todo el rato? -dijo, frunciendo el ceño, preguntándose sin duda, qué habría oído, qué habría adivinado.

Nerissa no se molestó en contestar.

-¿Va a volver? -preguntó-. Supongo que sí, ya que se ha llevado tu coche.

-No es mi coche -dijo Ben, impaciente-. Era su coche; ella me ha traído hasta aquí.

-¡Parecía tu coche!

-Tiene el mismo modelo.

-Y del mismo color -dijo Nerissa sarcásticamente- ¿No es curioso? Me pregunto por qué compró un coche idéntico al tuyo.

-No lo sé. Supongo que le gustaba.

-¿El coche o su dueño? -preguntó Nerissa, incapaz de ocultar los celos que sentía.- ¿Y dónde está tu coche? ¿En su apartamento? ¡No me mientas, Ben! No soy ninguna estúpida. ¡Sé que pasaste la noche con ella!

Ben se puso rígido.

-¿Qué?

Estaba buscando evasivas. Nerissa conocía aquella expresión cautelosa. Ben el rápido, el cuidadoso... había aprendido todos los trucos de su profesión: cuándo permanecer callado y dejar que un testigo se delatara; cuando cae hacerlo trizas... Pero a ella no la engañaba. Lo conocía demasiado bien.

Se irguió en la cama con el rostro ruborizado y lo miró con desprecio.

-¿Es la primera vez? ¿O es tu amante desde hace tiempo? ¿Incluso antes de que te conociera? Siempre supe que le gustabas, pero nunca pensé que te acostaras con ella.

Ben entrecerró los ojos.

-No te habría molestado que así fuera, ¿verdad? ¡No te importa nada lo que haga ni con quién lo haga! ¿Por qué has vuelto? ¿Para que no mencione a tu hermano en mi petición de divorcio? ¿Les has dicho que te he amenazado con eso? ¿Te han mandado detrás de mí para asegurarse de que no lo haga? Eso es lo único que te preocupa, ¿verdad, Nerissa? ¡La amenaza del escándalo, de que el gran secreto de tu familia salga a la luz!

-¡No trates de cambiar de tema! Esto no tiene nada que ver con Philip. Además, sabes muy bien que no podrías mencionarlo en el proceso de divorcio. ¡Nunca te he sido infiel desde que nos casamos!

-¡Físicamente! -dijo Ben con desprecio.

-¡La ley no trata sobre emociones! -replicó Nerissa-. Sólo se ciñe a los hechos. Tú mismo me lo has dicho muchas veces. No importa lo que piensas o sientes, solo lo que haces. El único culpable en este divorcio serías tú, Ben -los celos enronquecieron su voz-. Tú te has acostado con ella. Yo nunca me he acostado con Plilip.

-Por eso sigues obsesionada con él -dijo Ben, torciendo el gesto-. Toda esa pasión frustrada alimenta tu obsesión, no la deja morir.- la tomó por los hombros, zarandeándola-. ¡Despierta, Nerissa! Despierta y date cuenta de lo que estás haciendo con tu vida, de las emociones que estás desperdiciando, de tu capacidad de amar... A veces me dan ganas de estrangularte.

Nerissa lo creía. La estaba zarandeando como si fuera a matarla en cualquier momento.

-¡Me estás haciendo daño! -protestó, y él le enseñó los dientes, gruñendo como un animal.

-Maldita sea ¡Quiero hacerte daño! Haría cualquier cosa con tal de que despertaras. Llevas dormida demasiado tiempo. ¡Ya es hora de que empieces a vivir en el mundo real!

-¿Por eso has pasado la noche con tu secretaria? -dijo Nerissa, rabiosa-. ¿Para hacerme daño?

----¿Te ha hecho daño? -preguntó él con voz extrañamente ronca, asustándola. Nerissa lo miró, pálida, temblorosa.

-¿Qué quieres, Ben? ¿Sangre?

-Sólo la verdad -dijo él, sin apenas separar los labios.

-Primero dime si te has acostado con ella -dijo Nerissa, removiendo el cuchillo en su propio dolor. Tenía que saberlo; por mucho que le doliera. No podía soportar la duda que la corroía.

Ben denegó con la cabeza.

-No, Nerissa. No me he acostado con Helen. Nunca lo he hecho y nunca he querido hacerlo. Es una buena secretaria, muy buena, pero nunca ha significado otra cosa para mí.

Nerissa inspiró intensamente, aliviada. ¿Pero podía creer a Ben?

-¿Entonces, dónde has estado toda la noche? Sé que no has dormido aquí. Todo estaba recogido. Has pasado la noche en el apartamento de Helen. Te he oído decirle lo agradecido que estabas.

-Le estoy agradecido; pero no he pasado la noche en su apartamento. He pasado la noche en un motel en la carretera. Anoche me encontré con una espesa niebla mientras venía, pero no estaba de un humor lo suficientemente razonable para frenar un poco la marcha. De hecho, conduje como un maníaco y estuve a punto de chocar contra la parte trasera de un remolque que iba muy despacio.

Nerissa dejó escapar un grito ahogado.

-¡Oh, Ben! ¿Cómo pudiste ser tan estúpido? ¡Podías haberte matado!

-Pero no fue así. Por suerte vi el remolque a tiempo y pude desviarme. El coche se salió al arcén derecho, se elevó y volvió a caer.

-¿Te hiciste daño? -Nerissa deslizó ansiosamente la mirada por su cuerpo, buscando alguna señal. Ben hizo una mueca.

-No. Tuve mucha suerte. Si no hubiera llevado puesto el cinturón de seguridad habría salido disparado por la ventanilla y me habría matado. Sólo acabé zarandeado contra la puerta. Tengo algunos moretones y me duele todo el cuerpo, pero, por lo demás, estoy perfectamente.

Nerissa suspiró, aliviada. Se habría sentido culpable si Ben se hubiera matado, o si le hubiera pasado algo como a Philip. Desde el primer momento en que tuvo noticias del accidente de Philip sospechó que ella había tenido algo que ver, aunque sólo fuera indirectamente.

Philip conducía a lo loco por que no se sentía feliz. Ahora Ben...

-El coche quedó bastante malparado -dijo Ben-. Un tipo muy amable se detuvo al ver lo sucedido. Me ayudó a salir y me llevó hasta el teléfono más cercano para llamar a una grúa. Luego me acercó al motel más cercano.

-¿Y dónde encaja Helen en todo esto? -preguntó Nerissa.

-La llamé para decirle dónde estaba en caso de que me necesitaran para algo en el bufete. Se ofreció a venir a recogerme y traerme a Londres. Podría haber alquilado un coche, pero Helen insistió en venir.

-¡Seguro! –murmuró Nerissa, y los ojos de Ben volvieron a entrecerrarse, lanzando un destello. Nerissa se ruborizó al ver su mirada y preguntó rápidamente-. Así que fue al motel por la noche. ¿También durmió allí?

-Pensó que podía sufrir alguna conmoción de efecto retardado y le pareció más prudente que no condujera. Puede que tuviera razón. Agradecí no tener que volver a conducir enseguida. Y si Helen hubiera esperado a esta mañana para ir a recogerme, no habríamos estado de vuelta hasta esta tarde, y era esencial que yo estuviera en Londres antes del mediodía. Helen había tratado de ponerse en contacto conmigo para decirme que había concertado una cita para comer con un euro-diputado que quería que me hiciera cargo de un caso.

-¿Es eso lo que has estado haciendo esta mañana? ¿Comer con

un euro-diputado?

Ben asintió.

-Es un caso importante, y podría suponer mucho dinero. Helen sabía que me interesaba mucho, y el cliente sólo iba a estar en Londres hoy. Era importante que lo viera, así que concertó la cita. Pero no consiguió ponerse en contacto con la granja y me dejó varios mensajes en el contestador esperando que los oyera con el mando a distancia.

-Lo sé; los he oído cuando he rebobinado la cinta.

Nerissa observó a Ben, preguntándose si sabría lo que sentía por él.

-Helen es una secretaria de primera clase -dijo él secamente.

-¡Y está enamorada de ti!

-No hay nada entre nosotros Nerissa. Si esperas poder utilizarla contra mí en nuestro divorcio, olvídalo. Ni siquiera la he besado una vez.

Nerissa permaneció en silencio.

Ben esperó, y luego dijo:

-¿Me has seguido aquí para proteger la reputación de tu hermano y de tu familia? No me digas lo que crees que quiero oír, Nerissa; dime la verdad.

-¡Nunca te he mentido!

Las cejas de Ben se arquearon sardónicamente.

-¿No?

-No, Ben. Te conté la verdad sobre mí y sobre Philip antes de casarme contigo. No te mentí.

-¡A veces deseo que lo hubieras hecho! -dijo él, suspirando con amargura y cerrando los ojos-. Pero sé muy bien que eso no habría hecho las cosas más fáciles. Tenía que saber la verdad. Si lo hubiera descubierto más tarde creo que me habría destruido.

Con los ojos cerrados, parecía una estatua labrada en piedra. Nerissa podía mirarlo sin que él viera su expresión, sin mostrar la necesidad que sentía de tocarlo, de tirar de él y tumbarlo en la cama junto a ella; ¿seria esa la manera de llegar a él en esos momentos? Siempre funcionó en el pasado entre ellos. Sus cuerpos se habían encontrado en la oscuridad de aquel cuarto noche tras noche, y mientras hacían el amor apasionadamente olvidaban todas sus diferencias, dejándolas fuera de la habitación, fuera de la casa

Ben abrió repentinamente los párpados y Nerissa se encontró mirando sus oscuros y profundos ojos. Su mirada era tan intensa que era como sentirse absorbido por un agujero negro del espacio. Tembló febrilmente, sintiendo que se le secaba la boca. Era como

si... casi como si Ben hubiera leído lo que acababa de pensar. Eso ya había sucedido antes. Siempre estaba leyendo su mente, sobre todo en momentos como aquel, cuando sus sentimientos la dominaban y no pensaba tanto como sentía.

-Siempre hemos tenido una forma de comunicarnos, ¿verdad? -dijo Ben, y el corazón de Nerissa empezó a latir desbocado en su pecho.

El puso las manos sobre sus hombros y la atrajo.

-¡No! -protestó Nerissa, tratando de impedirlo; no podía soportar la idea de que le hiciera el amor si no la amaba. Ya no; nunca más.

Hasta entonces nunca había importado; había dejado que el deseo de su cuerpo guiara sus acciones, pero entonces no sabía que lo amaba. Ahora lo sabía.

-¡No puedo? -gritó.

Los ojos de Ben despidieron llamas. La empujó hacia atrás, sujetándola por los hombros contra la cama, inclinándose sobre ella con una peligrosa expresión en el rostro.

-Te lo dije en la granja antes de irme, Nerissa; de ahora en adelante, este matrimonio tiene que ser auténtico. Basta de compromisos y de simulaciones. O te quedas o te vas, pero si te quedas quiero que arranques a Philip de tu mente y de tu corazón.

-No es tan fácil -dijo Nerissa. Ben dejó escapar un gruñido.

-No me importa si es fácil o no. Esos son los términos que te ofrezco.

-¡Es mi hermano, Ben! No puedo echarlo de mi vida; ni a él, ni a mi padre, ni a mi tía. Me ha llevado mucho tiempo asimilar la verdad. Al principio fue muy duro; no podía aceptarlo, pero en este último viaje lo he conseguido. Siempre lo querré, y recordaré nuestra infancia cromo una época muy feliz; pero no estoy enamorada de él. No sé si alguna vez lo estuve. Pero no había nadie más a mi alrededor; nunca viajábamos y conocía a muy poca gente, y Philip siempre estaba allí, y nos llevábamos tan bien, fue algo... algo tan natural... -Nerissa se interrumpió al pensar en la palabra que acababa de usar-. ¿Cómo podía saber que era precisamente lo contrario? Hasta que nos lo dijeron. Pero ahora todo eso ha terminado, para todos.

Ben la miró con severidad, buscó en su rostro.

-No fue esa la impresión que tuve cuando os vi juntos en el hospital.

Nerissa suspiró:

-Ese fue un momento muy especial. Yo sentí tal alivio al comprobar personalmente que todo iba bien... Sin embargo, creo

que también fue en ese momento cuando empecé a comprender... -Nerissa se interrumpió, ruborizada y sin aliento. Ben no apartó la mirada de su rostro.

-¿A comprender qué?

Ella buscó desesperadamente las palabras adecuadas para no traicionarse. No podría soportar que Ben supiera que estaba enamorada de él. Su orgullo ya había sufrido bastante.

-Que... había cambiado. -evitó mirarlo a los ojos, desesperada por ocultar sus sentimientos.

-¡Mírame, Nerissa! --dijo Ben con voz ronca.

Ella hizo lo que le decía y su corazón volvió a latir enloquecido.

-No lo estoy imaginando, ¿verdad? -susurró él.

-¿Qué? -preguntó Nerissa con labios temblorosos.

Ben bajó la cabeza y ella sintió su aliento contra su garganta, sus cálidos labios acariciándole la piel, su aroma provocaron sensaciones que despertaron cada nervio de su cuerpo.

-Que no eres tan indiferente hacia mí como solías serlo -dijo Ben con voz menos firme de lo habitual.

-Nunca he sido indiferente...

-No en la cama -Ben la acarició lentamente con la mano, siguiendo los curvados contornos de su cuerpo, que respondió de inmediato con temblorosa excitación.

-No, Ben -susurró Nerissa-. No, a menos que.... -se interrumpió, incapaz de acabar la frase, de admitir lo que quería, lo que necesitaba de él.

-¿A menos qué? -murmuró él contra su garganta, deslizando los labios hacia abajo, apartando las solapas de su camisa, explorando el suave valle entre sus senos, donde su corazón latía tan rápido...

Nerissa tuvo que detenerlo. No podía permitir que volviera a hacerle el amor, a menos que lo guiara algo más que el deseo o la búsqueda del placer. Apartó su cabeza de un empujón, e incluso entonces se estremeció su piel al sentir el contacto de su pelo contra la palma de la mano.

-No quiero seguir adelante con nuestro matrimonio -dijo, furiosa.

Ben se quedó petrificado y le lanzó una mirada con sus ojos grises que taladró el corazón de Nerissa. Así era como miraba cuando más enfadado estaba.

-¿Así que lo eliges a él? -masculló entre dientes.

-¡No! Esto no tiene nada que ver con Philip -la boca de Ben se curvó en un gesto tan desagradable que Nerissa gritó-: ¡No me mires así! Te estoy diciendo la verdad. Philip es mi hermano, nada más.

Esto se trata de ti y de mí.

Ben se puso rígido, mirándola, pálido.

-Trata de comprender, Ben -dijo Nerissa con suavidad-. El sexo no basta. Al principio pensé que sí; me gustabas mucho y disfrutaba haciendo el amor contigo. De hecho; durante mucho tiempo el sexo fue como una droga para mí; me ayudaba a sobrellevar la pérdida de Philip. Cuando haces el amor, todo lo demás desaparecía de mi cabeza. No me importaba lo que me pasara; no creía que pudiera volver a enamorarme nunca más.

-¿Y ahora crees que podrías? - dijo Ben lentamente-. ¿Quieres que te deje libre para empezar a buscar a otro?

Nerissa no supo como responder. Estaba harta de mentiras y medias verdades. Si Ben no la amaba, si todo lo que quería de ella era su cuerpo, no podía seguir con él. Sería como vivir en el infierno.

-¿Es eso lo que quieres? -dijo él con voz tensa y furiosa, poniéndola aún más nerviosa.

Nerissa no pudo soportarlo más.

-Si -susurró.

Capítulo 9

Ben no pareció reaccionar. Nerissa no sabía lo que estaba pensando. La expresión de su rostro era la que solía tener en el juzgado; remota, distante, fría.

¿Le importaría que lo dejara, o no? «Oh, Dios», pensó. «Se irá sin volver la vista atrás. No debería haberlo seguido a Londres. Voy a perderlo».

Entonces oyó que Ben hacía un áspero sonido con la garganta. Al fijarse en su rostro notó que había enrojecido. Hasta el aire pareció latir peligrosamente en torno a su figura.

Nerissa se sintió como si estuviera junto al cráter de un volcán, contemplando la palpitante lava.

El volcán estalló de repente, haciéndole dar un salto en la cama.

-¡Ni hablar! ¡Ni lo sueñes! -exclamó Ben, haciendo que el vello de la nuca de Nerissa se erizara como si acabara de agarrar un cable de alto voltaje-. ¿De verdad crees que iba a quedarme tan tranquilo viendo cómo sales con otros hombres, cómo te enamoras de algún otro? -se interrumpió, tragando con visible esfuerzo.

-Dijiste que querías el divorcio -susurró Nerissa, temblorosa-. Cuando te fuiste de la granja dijiste que...

-¡Sé lo que dije! -interrumpió Ben con brusquedad-. ¡A eso me has reducido! ¡A hacer amenazas vacías para forzarte a quedarte conmigo! ¿No te das cuenta de cómo afecta eso a mi orgullo? ¿No te das cuenta de lo que supone para mí tener que elegir entre hacer amenazas estúpidas o rogarte poniéndome de rodillas?

El corazón de Nerissa dio un vuelco mientras lo miraba, tratando de leer en sus ojos.

-Ben...

-¡Bueno, ahora ya lo sabes! -dijo él, mirándola ceñudo.

Nerissa no podía creer lo que estaba viendo en su cara, lo que percibía en su voz.

-¿Estás diciendo...? Ben, tú... ¿Qué estás diciendo..? -balbuceó, poniéndose pálida, sintiendo una dolorosa esperanza, temiendo estar imaginando aquello porque era lo que deseaba desesperadamente.

Ben la miró un momento.

-¡Oh, al diablo con el orgullo! ¡Mira lo que le ha hecho a tu familia!-dijo, respiró profundamente y luego dijo con voz ronca: -Estoy loco por ti, ¿de acuerdo?

Nerissa apenas podía respirar.

Ben apartó la mirada de ella y bajó la vista.

-Si te ríes, te mato.

-No lo haría, Ben... No se me ocurriría...

-No, por supuesto que no -dijo él-. Tú no eres como Aileen. Ella disfrutaba humillando mi orgullo. Después de lo que me hizo juré no volver a dejarme manejar por el poder de una mujer. No estaba dispuesto a que me hicieran daño dos veces.

-Yo nunca quise hacerte daño, Ben -dijo Nerissa y él suspiró.

-Te creo; pero ya conoces el viejo dicho: «El camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones».

Nerissa rió y Ben la miró suavizando su gesto.

-Eres una criatura tan femenina Nerissa. Eres mi opuesto en muchos aspectos. Para empezar eres suave y amable, pero mis clientes me pagan para que sea duro y tenaz cuando lucho por ellos. Tengo que tener una mente pragmática y afilada, pero la tuya es soñadora y romántica. Puede que valore tus cualidades femeninas porque son precisamente las que me faltan -su boca se curvó cínicamente-. Pero no fue eso lo que hizo que me enamorara de ti. No puedo pretender que fuera tu mente o tu corazón; fue tu precioso cuerpo.

El calor que había en la mirada de Ben hizo que la piel de Nerissa ardiera. Bajó la vista, temblando.

-Desde el primer momento que te vi, en la fiesta -continuó Ben con la voz espesa-. Te miré y te deseé. Me gustó tu forma de moverte, tu boca, tus grandes ojos azules, tu pelo negro y largo, tu aspecto melancólico... Me excitaste desde el primer momento. Después de mi divorcio no sentía deseos de mantener una relación seria con ninguna mujer; había decidido no volver a casarme, pero tú eras totalmente distinta a Aileen. Ella era dura y autosuficiente, pero tu parecías necesitar que alguien te cuidara, y eso era precisamente lo que yo quería hacer. Todo lo que veía me gustaba. Pero cuando me fijé en tu reacción comprendí que no había sido igual que la mía. Era evidente que no estabas interesada.

Nerissa no podía negarlo; en aquella época no sentía interés por nadie ni por nada. Pero se había fijado en él lo suficiente como para recordarlo cuando la llamó por teléfono.

Ben hizo una mueca, burlándose de sí mismo.

-Al principio pensé que sólo estabas haciéndote de rogar y decidí ser encantador, impresionarte con mi charla y todas esas cosas. Pero no lo conseguí, ¿verdad? ¡En realidad ni me veías! Y yo no conseguía que te fijaras en mí. Así que me dije que debía alejarme, olvidarte, pero no pude. Al final acabé llamándote. Pero temía que

me dijeras que no querías salir conmigo.

-Estuve a punto de hacerlo -recordó Nerissa, suspirando. No sabía que Ben se había sentido seriamente atraído por ella; no volvió a pensar en él después de la fiesta, hasta que la llamó pidiéndole una cita, y entonces no supo si aceptar.

Ben rió brevemente.

-Lo sabía. Incluso entonces. Me desprecié por perseguirte cuando estaba claro que no te importaba nada, pero tenía que volver a verte. Incluso traté de convencerme a mí mismo, de que si te veía, luego me resultaría más fácil olvidarte. Pero sólo empeoró las cosas. Una vez no me bastó. Tenía que seguir viéndote. Empezó a ser lo único que me interesaba en la vida.

Nerissa se quedó anonadada mirándolo, sin creer lo que oía.

Ben contempló su expresión e hizo una mueca.

-Y tú no lo sabías, ¿verdad?

Ella denegó con la cabeza.

-No, era evidente que no sabías lo que me estabas haciendo -dijo él con amargura-. Me dio una buena tunda a mi orgullo, pero no fue nada comparado con la que diste tú.

-Ben, ni siquiera imaginaba... -Nerissa se interrumpió y el gruñó.

-Esa es la cuestión. Yo te tenía en mi cabeza todo el rato. No podía librarme de ti. No dormía bien, no lograba concentrarme, no podía pensar. Supe que empezaba a convertirse en una obsesión, o, al menos, eso fue lo que me dije. No quería admitir que me había enamorado de ti; mi orgullo no me permitía usar esa palabra. Pero, lo llamara como lo llamara, tú habías entrado en mi vida como un terremoto. Pero era muy consciente de que yo ni siquiera había hecho que tú te estremecieras un poco.

-Yo también vivía con una obsesión -dijo Nerissa, mirándolo con aprensión, no quería que volviera a enfadarse.

-Me di cuenta -enseguida -dijo Ben-. Sabía que no salías con ningún otro hombre en Londres, así que deduje que tenía que ser alguien de tu pasado. Pensé que tal vez fuera un hombre casado y que te habías ido de casa para romper con él. Por eso insistí en visitar tu casa. Cuando fuimos a la granja, enseguida supe que se tratada de Philip. Al principio no podía comprender por qué habíais roto; no parecía haber ninguna razón por la que hubierais tenido que separaros. Viéndoos, juntos era evidente que los dos sentíais lo mismo.

-Sin embargo, ambos tratábamos de que no se notara -dijo Nerissa con tristeza-. Apenas nos dirigíamos la palabra; apenas nos mirábamos.

-Pero de forma demasiado evidente -dijo Ben-. Se notaba demasiado. De vez en cuando le lanzabas una rápida mirada, o él pasaba junto a ti y los dos os callabais de repente... y sus padres parecían tan suspicaces. El ambiente estaba tan cargado que se podría haber cortado con un cuchillo. Me pregunté si sus padres se negarían a que os casarais debido a vuestra relación de primos hermanos, y entonces fue cuando me di cuenta de lo parecidos que erais. Casi como si fueran gemelos, pensé, y de pronto tuve una intuición... ¿Podíais ser hermanos? Eso lo explicaría todo, pero resultaba increíble pensar lo que estaba pensando. Al principio no podía creerlo, pero no dejé de notar las miradas extrañas, las frases interrumpidas, la tensión que se palpaba cada vez que estabais en la misma habitación. Cuanto más os observaba, más seguro estaba de mi intuición.

-Supongo que has desarrollado esa intuición con los años, trabajando en los juzgados -dijo Nerissa.

-Supongo. En mi profesión es imprescindible desarrollarla -dijo Ben, sonriendo con tristeza.

-De todas formas, eres muy listo. Ninguno de nuestros vecinos lo había imaginado. Sabían, que era muy parecida a Philip, por supuesto, pero lo achacaban a que éramos primos.

--0s conocían de toda la vida y estaban acostumbrados a pensar en vosotros como primos. Pero no estaban con vosotros en casa, captando las emociones que había.

-Me sorprende que te casaras conmigo después de conocer a Philip; Ben…

-¡Olvidas lo arrogante que soy! Te quería tanto que habría hecho cualquier cosa por conseguirte, y cuando me enteré de su existencia decidí que seria fácil lograr que lo olvidaras.

-Si me hubieras dicho que me amabas...

-¡Habrías salido corriendo – dijo Ben en tono iró nico-. Ya me costó bastante convencerte de que nuestro matrimonio funcionaría basándose solamente en la atracción física que sentíamos. Y, en cualquier caso, mi orgullo no me habría permitido admitir lo que sentía cuando supe que tú no sentías lo mismo.

-El orgullo, de nuevo... – dijo Nerissa -. Sólo causa desgracias.

Ben asintió.

-En mi caso fue el legado de Aileen. Me enseñó a protegerme para no volver a resultar herido. Pensé que podría casarme contigo y esperar a que te enamoraras de mí. No pensé en lo qué significaría tener un rival invisible entre nosotros día y noche. Cada vez que hacía el amor contigo sentía que estabas pensado en él. A veces

permanecía tumbado en la cama junto a ti, despierto toda la noche, sabiendo que probablemente estabas soñando con él. Era insoportable.

-¿Amar y no ser correspondido? -dijo Nerissa suavemente.

Ben la miró a los ojos; estaba pálido. Ella notó que odiaba admitirlo; alzó una mano y le acarició la mejilla con ternura.

-Sé lo que significa, Ben. Me he sentido tan triste desde ayer, cuando me dejaste.

Ben permaneció muy quieto, mirándola intensamente, casi sin atreverse a respirar.

-No sé cuándo empecé a quererte -continuó Nerissa-. Supongo que hace mucho. Pero sólo lo comprendí cuando pensé que te había perdido para siempre.

Ben dio un largo suspiro, pero no dijo nada. Se limitó a seguir mirándola con la misma intensidad.

-Te amo -dijo Nerissa, tomando el rostro de Ben entre sus manos y mirándolo a los ojos, dejando que sus sentimientos afloraran a los suyos.

-Ojalá pudiera estar seguro... -murmuró Ben, y un pequeño tic palpitó en el borde de su boca.

Nerissa deslizó un dedo por sus labios.

-¿Cuántas veces quieres que te lo diga, Ben? Te amo -susurró.

-¿Y a él?

La aspereza con que Ben formuló la pregunta mostró a Nerissa lo celoso que se había sentido, que aún se sentía. Suspiró.

-Ya te he dicho que todo ha acabado. Acabó hace tiempo, Ben. Yo no habría podido desearte tanto si hubiera estado enamorada de otro. Debí darme cuenta de eso desde el principio, pero estaba confundida. Sabía que te deseaba pero pensaba que amaba a Philip. ¿Cómo podía amar a dos hombres? Así que me dije que lo que había entre nosotros era pura química, una mera atracción física que no significaba nada. ¡Después de todo, eso fue lo que tú me dijiste que sentías!

Ben gruñó.

-Así que piensas que si no te hubiera mentido no habrías tenido que pasar por un infierno de celos -frunció el ceño y denegó con la cabeza-. No, Nerissa; si te hubiera dicho lo que sentía desde el principio te habrías asustado. Lo último que querías en esos momentos era exigencias emocionales.

-Puede que tengas razón -dijo ella, dudando-. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que te amaba.- La mirada de Ben pareció inundarse de sentimiento.

-Nerissa... Oh, Dios; Nerissa... Tengo la sensación de haber esperado toda la vida para oírte decir eso.

La besó fieramente; y ella le devolvió el beso con pasión, arqueándose contra él, temblando de excitación cuando sus labios se encontraron, rodeándole el cuello con los brazos, moviéndose contra él, inquieta por sentirlo en su interior.

Ben rió roncamente contra su garganta.

-¿Tienes prisa, cariño?

-Sí -dijo ella, febrilmente, tirando de él hacia la cama-. Hazme el amor, Ben.

Un año después, Nerissa dio a luz un hijo al que Ben y ella llamaron John. Era un niño grande y saludable, con una espesa mata de pelo negro; ojos brillantes e inteligentes, de piel pálida y un buen par de piernas que utilizaba vigorosamente.

-¡Es como tú! -le dijo Nerissa a Ben.

-No, es como tú -dijo Ben.

Se parecía a los dos, por supuesto, y ambos lo consideraban extraordinario, el bebe más sorprendente que había nacido.

-Mira sus piececitos rosas -dijo Nerissa, acariciándolos-. Mira sus orejitas, Ben. ¿No son perfectas?

Era una fuente de continuas maravillas para ella; podía tenerlo en brazos horas, como Ben, aunque éste trataba de ser imparcial y dijo varias veces:

-Es sólo un bebé como todos los demás, querida.

-¡Ninguno es tan perfecto como Johny! - protestó Nerissa, y Ben rió.

-Bueno, puede que no.

Se burlaba cariñosamente de ella, y Nerissa lo sabía, aunque simulara estar enfadada con él. Era parte de su nueva intimidad, la habilidad para reírse el uno del otro, de hacerse burla. Se sentían muy cómodos juntos, El intenso deseo no había desaparecido, pero su, relación se había equilibrado. Encajaban como si fuesen hermanos siameses, y ambos disfrutaban con ello.

Grace y John Thomton viajaron a Londres un día después de que el bebé naciera, para verlo por primera vez. A última hora llamaron diciendo que iban a ir con Philip. Para entonces, Nerissa ya estaba de vuelta en casa, aunque tuvo el bebé en la maternidad del hospital local. No fue un parto fácil; era un poco delgada y estrecha de caderas, aún se estaba recuperando del esfuerzo realizado. El médico le había ordenado reposo, así que estaba en la cama, pero

sentada, con su pelo negro cepillado y brillando en torno a su sonrojado rostro, una chaqueta de punto sobre el camisón y el bebé en una cuna junto a la cama.

Estaban a comienzos del otoño. La casa había estado tranquila y silenciosa y Nerissa permaneció en la cama apaciblemente. De pronto, la casa se llenó de voces y movimiento. Oyó como subían, escuchó la voz profunda y segura de Ben y sonrió para sí.

Ben era feliz. Y ella también, incluso más feliz, porque sabía que estaba haciendo feliz a Ben. El bebé completaba su matrimonio, los convertía en una familia; sin disminuir su mutuo amor, dándole una nueva dimensión.

La presencia del bebé también había cambiado la casa. De ser una casa elegante y tranquila se había transformado en un hogar. Había ropa de bebé colgando en el tendedero y una de las habitaciones había sido adaptada como cuarto para el niño. Para ser tan pequeño ocupaba mucho espacio, y también hacía mucho ruido, sobre todo por las noches.

A Nerissa le preocupaba eso. A Ben le gustaba que la casa estuviera tranquila mientras trabajaba en alguno de sus casos. Cada vez que el bebé empezaba a llorar Nerissa lo tomaba en brazos, entonces, recordando lo que su tía le había dicho de los maridos que se sentían dejados de lado cuando tenían un hijo, le preocupaba que eso le sucediera a Ben, que lamentara haber tenido al pequeño Johnny.

¡Sobre tono teniendo en cuenta que llevaban varias semanas sin hacer el amor!

Durante la última fase el médico les había recomendado que no lo hicieran, y aún pasaría algún tiempo antes de que pudieran hacerlo.

Así que Nerissa se había tomado las molestias necesarias para asegurarse de que Ben no sintiera que toda la casa se movía entorno al bebé. Aunque tenía a Johnny casi todo el día en su cama, lo dejaba durante las tardes en su propia habitación. Y sobre todo, por las noches.

Aunque aún no podían hacer el amor, Ben se tumbaba en la cama junto a ella cuando volvía del trabajo. Se besaban y se abrazaban y se contaban mutuamente lo que habían hecho durante el día.

Nerissa descubrió todo un mundo de mujeres cuando se quedó embarazada. Sus consejeras y guías habían sido las esposas de los colegas de Ben, sobre todo las que tenían hijos. ¡Algunas incluso la habían convencido para que empezara a practicar haciendo de

canguro para ellas!

A los cinco meses de embarazo dejó su trabajo. Los constantes viajes que hacía hicieron casi imposible que continuara con él. Antes, el médico le había recomendado que descansara duraste el último periodo del embarazo.

Nerissa se sentía excitada por la llegada de su familia.

Tenía la sensación de que habían pasado siglos desde que los vio por última vez. Había hablado con tía Grace por teléfono durante el embarazo, habla escrito a casa contando las noticias y tía Grace le había contestado a sus cartas, diciéndole que Philip ya estaba en casa, que mejoraba día a día; que tío John estaba en buena forma y que la granja marchaba bien.

Tía Grace y tío John fueron a Londres a pasar unos días con ella y con Ben en primavera, y también en verano, pero Nerissa no había visto todavía a Philip, que se había quedado para cuidar de la granja.

Estaba deseando ver cómo reaccionaria su familia al ver por primera vez al bebé. Sabía que a tía Grace iba a encantarle.

De hecho, tía Grace fue la primera en entrar en la habitación, sonriendo, precipitándose hacia la cama para abrazarla.

-¡Tienes un aspecto estupendo, muchacha! Ben dice que ha sido un parto difícil, pero pareces estar muy bien, y seguro que ha merecido la pena, ¿verdad? -Grace miró de reojo la cuna, cuyo ocupante había empezado a moverse al oír su voz-. Y ahí está él... Oh, corderillo mío. Tiene tus ojos azules... y parece muy despierto, ¿verdad? ¿Puedo tomarlo en brazos?

Nerissa asintió, sonriendo, y Grace sacó al bebé de la cuna con manos experimentadas.

-¡Míralo! --dijo, arrullándolo--. Eres un bebé muy fuerte; tienes los huesos grandes, como tu padre. Vas a ser grande y ancho de espaldas. En eso no te vas a parecer a tu madre -Grace miró a su marido que había besado a Nerissa-. También se parece a ti, John. ¿Lo ves? Mira lo grandes que tiene los pies. ¡Yo sé muy bien de donde los ha sacado!

John empezó a reír.

Nerissa miró más allá de su tío, hacia la puerta: Philip estaba de pie en el umbral, sonriéndole. Tenía tan buen aspecto y estaba tan moreno... parecía el de antes. Nerissa le devolvió la sonrisa, encantada, y sintió la mirada de Ben sobre ella, atenta. Era posible que sus celos hubieran empezado a disiparse, pero todavía no habían muerto. Le lanzó una rápida y dulce mirada, asegurándole silenciosamente que no tenía por qué preocuparse; dentro de ella no

quedaba ningún rastro de la pasión que había sentido por su medio hermano.

-¿No te parece que tiene un aspecto estupendo, Ben? -preguntó y Ben asintió.

-Parece estar en plena forma.

Nerissa volvió a mirar a Philip y entonces notó que había alguien más tras él. Una chica de su misma edad con un vestido azul de lana ceñido a su pequeña cintura con un cinturón. Nerissa recorrió su rostro, mirándola.

-¿Enfermera Courtney? - ¿Qué diablos estaría haciendo allí?

-Megan -dijo Philip, y se volvió a mirarlo, con los ojos abiertos de par en par.

Siempre habían podido leerse los pensamientos.

Philip le dedico una lenta y cálida sonrisa.

-Megan y yo nos hemos visto mucho desde que salí del hospital. Nos comprometimos hace dos días. Mamá se moría por decírtelo por teléfono, pero pensé que sería mejor contártelo en persona.

Nerissa siguió observando el rostro de Philip sin preocuparse de las miradas de los demás. Lo único que le importaba en aquel momento era Philip; ¿sería feliz con Megan Courtney? ¿Se iba a casar con ella por despecho, porque estaba harto de estar solo, o era algo real? ¿La amaba?, preguntaron sus ojos, y Philip le contestó con su cálida mirada. Sí, le estaba diciendo que amaba a Megan. Y Nerissa vio que aquel amor hacía que emanara de ellos una especie satisfacción, de tranquila felicidad.

Suspiró, satisfecha.

Miró a Megan y alargó ambas manos hacia ella, sonriendo cálidamente.

-Bienvenida a la familia, Megan; qué noticia tan maravillosa. Espero que tú y Philip seáis muy felices.

-Todos nos llevamos bien con ella -dijo tía Grace, pasó el brazo sobre Megan-. Ella y Philip vendrán a vivir a la granja, pero ella quiere seguir trabajando una temporada antes de decidirse a tener hijos. Tú y el pequeño John tenéis que venir a pasar las navidades con nosotros; ¡este año podemos celebrar unas navidades verdaderamente familiares!

-Nos encantará, ¿verdad, Ben? -dijo Nerissa, lanzando otra mirada a su marido, que asintió.

-Seguro. Será muy divertida.

Tía Grace le dio el bebé a Megan.

-¿No crees que se parece a mi marido, querida?

-Mucho -dijo Megan-. Es maravilloso, Nerissa. Da ganas de

comérselo. ¿No te pace que los bebés huelen muy bien? -miró al bebé a los ojos y susurró-: Hola, Johny, soy tu tía Megan.

Nerissa supuso que Philip le habría contado a Megan la verdad sobre su nacimiento; Philip no querría que hubiera secretos entre él y su esposa. Había aprendido, como ella el dolor y la fuerza destructiva, que los secretos podían hacer.

Se recostó contra las almohadas mientras su familia se reunía en torno a la cama, hablando, riendo y admirando al bebé. Nerissa los observó a todos, deslizando la mirada de uno a otro, deteniéndose más en Ben. Nunca había sido tan feliz en su vida.

Fuera empezó a caer una ligera lluvia con oscuras nubes pasando por lo alto; pero en aquella habitación solo brillaba el sol.